

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

ACERCA DE LAS

C-5
MANIZOW OS

30

ISLAS CANARIAS

POR

JOSÉ WANGÜEMERT Y POGGIO

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Con un prólogo del Excmo. Señor

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ BÉTHENCOURT

De la Real Academia de la Historia.



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1900

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

D. José Wangüemert y Poggio, con una amabilidad que yo le agradezco mucho, aunque no tengan los demás por qué celebrarla, ha querido que fuera yo quien lo presentara á los lectores de este libro suyo.

Hase acordado bondadosamente de cosa que las más de las gentes de nuestra tierra tienen relegada de largo tiempo atrás al olvido: ha recordado que yo soy canario, y canario amante, como el que más lo sea, de la patria hermosa y lejana; canario entusiasta de la noble Historia del país en que hemos nacido y de su honrosísimo pasado, en loor del cual algo de

esta pluma modesta corre en letras de molde por el mundo. El Sr. Wangüemert ha distinguido perfectamente lo que yo no soy, á Dios gracias, de lo que soy, según la frase del progresista célebre, hoy más que ayer, mañana más que hoy. Yo soy canario, pero no soy político canario, y quizás por esto mismo sea tan apasionadamente patriota, sin otros lazos con la Patria que los inmateriales y nobilísimos del más desinteresado amor. No he de negar, pues, que por muchas razones me ha producido satisfacción muy viva esta designación no esperada del Sr. Wangüemert, eligiéndome, entre tantos hijos ilustres como hoy son gala de aquella tierra fecunda, para padrino, como quien dice, de este bautizõ de su primer hijo literario; aunque lamente que el recuerdo de mi pobre padrinzago tenga que reducirse á estos breves y mal hilvanados renglones.

Déjome, pues, arrancarme por este deseo de mi joven paisano, siquier por corto rato, de entre los caros viejos pergaminos, los confusos árboles genealógicos y los pintorescos blasones en cuya dulce y nada ingrata compañía paso

hace tantos años la vida, y allá voy á deciros algo, lectores pacientísimos, de la excelente impresión que la amena lectura de estas 200 páginas ha dejado en mi ánimo.



Quiere D. José Wangüemert vulgarizar con este su trabajo el conocimiento de la hermosísima provincia española que forman las Islas Canarias, no tan conocidas en la Península como debieran y como por tantas razones merecen. Y así, con mano hábil y criterio firmísimo y recto, ha recopilado en una veintena de párrafos cuanto los buenos historiadores más extensamente dejaron tratado y escrito, presentando en síntesis dignas del mayor aplauso los variados cuadros de la vida secular del país *Afortunado*. Arrancando naturalmente de los confusos momentos de la formación primera del misterioso Archipiélago, evocando las leyendas forjadas por la antigüedad clásica en derredor del pintoresco rincón, oculto entre los mares remotos, diserta el Sr. Wangüemert

sobre el origen probable de sus primitivos habitantes con sobriedad discreta; estudia con visible simpatía la vida tranquila de aquel pequeño pueblo *guanche*, destinado á no sobrevivir á su independencia perdida; relata con criterio más justo del que suelen ostentar los historiadores la epopeya de la conquista, prolongada maravillosamente casi un siglo; y ya Canarias cristiana y española, entona desde la página 157 hasta la conclusión del libro un verdadero himno de filial alabanza á todas las glorias del nuevo pedazo de España, que son naturalmente glorias españolas.

Él no cree, con razón, que deben gozar las Islas Canarias de eso que llamaba D. José de Viera *el fiero privilegio de carecer de historia*, sino que pueden ostentar con legítimo orgullo lo que el mismo Arcediano de Fuerteventura calificaba de *escuela de nuestros ejemplos familiares, donde aprender á estimar las acciones dignas de alguna gloria y á huir de aquellas que sólo pueden producir confusión*.

Yo he creído, leyendo la obra del Sr. Wagnemert, que reanudaba agradablemente vie-

jas íntimas relaciones, que tornaba á ver amigos de la infancia desde esos mismos tiempos ausentes, cuando he visto pasar por delante de mí, resucitados por su pluma, á tantos y tantos personajes simpáticos del uno y el otro bando, de las filas de los conquistadores y de los conquistados, de entre los indígenas que defendían su suelo y de entre los europeos que llevaban allá la civilización y la Cruz. Debía yo la primera presentación de todos ellos á las cándidas relaciones antiguas de los Vianas, de los Abreu Galindo y de los Núñez de la Peña, á la magistral narración de nuestro incomparable Viera y Clavijo, siempre fresco, siempre joven, moderno en la buena acepción de la palabra, contemporáneo nuestro cuando no aparece delante de nosotros el mismo siglo que nosotros le adelantamos. Guadarfía, Doramas, Tenesor Semidan, el gran Bencomo, Tanausú, y enfrente de ellos Juan de Béthencourt y Gádifer de la Salle, Pedro de Vera y Alonso de Lugo, conocidos eran y amigos míos, mucho tiempo hacía perdidos de trato y de vista. En mis juveniles años me habían interesado pro-

fundamente las desdichas de los unos, la intrepidez y el valor de los otros. Habíame conmovido la triste conclusión de los desventurados Guanartemes, tanto como me produjeran entusiasmo los nobles hechos del gran señor normando que tengo la honra de contar entre mis abuelos; yo los había conocido y querido bien á todos, esos muertos que viven con nosotros, según M. de Vogüé; las circunstancias me habían alejado de su dulce recuerdo, y hé aquí que el Sr. Wangüemert me pone de nuevo en cariñoso contacto con todos ellos. ¿Qué placer mayor que el de volver á verse, y á abrazarse de nuevo, tras de tan largos años, los seres que se han amado en el comienzo de la vida?

*
* *

Pero estoy tratando demasiado de las impresiones que la lectura de este libro ha producido en mi propio ánimo, y no es ello, naturalmente, el objeto de estos renglones. De que el Sr. Wangüemert ha escrito un buen libro, el

lector va á enterarse por si mismo sin más demora, pues voy á ser muy breve; pero al propio tiempo conocerá que ha hecho una buena obra, lo cual es aún más meritorio. Los libros bien escritos abundan, por desgracia, mucho más que las obras buenas.

Y obra por todo extremo honrada y plausible es, precisamente en estos días perturbados, esa valiente y enérgica profesión de fe profundamente española que este pequeño libro sobre Canarias encierra. Recordar á la Metrópoli lo que aquel noble país ha sido y es para la madre España; recordar al país lo que en más de cuatro siglos ha debido á la gran nación que lo puso generosa á la sombra salvadora del Cristianismo, cosiéndolo, como quien dice, á su extenso manto triunfal y sumándolo á las huestes de la civilización universal que ella á la sazón presidía, obra es que no puede encontrar más que calurosos aplausos en los unos y en los otros, en todo buen canario y en todo buen español. Sus indicaciones, sus advertencias, sus consejos, encaminados á que los lazos estrechísimos de tantos siglos se estre-

chen más y más, nacidos son del sentimiento más puro y más grande que puede abrigar el alma humana: el sentimiento sublime del patriotismo, á que el Sr. Wangüemert rinde el sagrado culto que merece, honrando tanto á la Patria como á sí propio. Estos días de decadencia horrible por que tan trabajosamente pasamos, atreviéndose á todo en su menguada insolencia, ¿cómo no habían de atreverse contra la Patria? Fingiendo un amor por la humanidad que no sienten, incapaces de más amor que el de la destrucción general, intentan ciertas escuelas—algún nombre se les ha de dar—borrar de los corazones ese poderoso sentimiento, que ha hecho casi la historia del mundo, que ha formado los grandes pueblos y producido en todos tiempos los hechos heroicos que constituyen el mayor honor del ser humano; el sentimiento de la Patria, á cuyo calor se engrandecen á nuestra vista, crecen prodigiosamente ante nosotros las naciones que figuran hoy, con indiscutible derecho, á la cabeza de la vida universal. Cuando estas ideas cunden más ó menos, sin que la indignación ó el des-

precio las ahoguen en su nacimiento; cuando la madre España, antes señora del mundo y apenas al presente señora de sí misma, llora sus infortunios recientes, luchando penosamente por resucitar de una vez los grandes ideales que yacen en perezoso sueño, y sin los cuales siente que le es imposible la vida, el Sr. Wangüemert y Poggio aporta con este libro una ofrenda valiosa á sus altares. En algún lugar lo he dicho, y en momentos para mí solemnes é inolvidables, y nunca me cansaré de repetirlo: hay que aumentar nuestro amor apasionado para con la Patria, en razón misma de sus adversidades y de sus penas; hemos de amarla más, mientras es ella más desgraciada; ha de crecer nuestro culto hacia esa Madre insigne, en proporción de la grandeza de sus dolores, sólo comparable á la de sus pasados triunfos, á la de sus hechos inmortales.

Todo esto es lo que hay, sin momento de descanso, que sembrar y que arraigar en el alma canaria, hasta ahora generosa y honrada, hasta el presente no picada del aguijón de la

indiferencia venenosa y mortal. Hay que recordar al hijo de Canarias que todo cuanto es lo es por hijo de España; que el nombre de español, para el nacido en cualquiera de las siete islas hermanas, como para el nacido en Castilla, en Asturias, en Andalucía, en Cataluña, en Aragón, es la mejor y la más preciada ejecutoria, todavía en el mundo entero conocida y respetada; porque la desgracia y la pobreza no son las que manchan, á los pueblos como á las familias y á los hombres, sino el deshonor. Hay que estrechar por todos los medios ese invisible lazo que la tradición común y el amor mutuo pueden solamente formar entre la España peninsular y ese hermoso pedazo suyo, conservado más allá de las columnas de Hércules para recuerdo de sus épicas empresas y de sus maravillosas expediciones por la mar. Y si es imposible forjar todos los cañones y armar todos los barcos que exigiría su defensa, consérvese por el amor lo que por la fuerza no sería fácil á nuestra flaqueza presente, y resulte siempre que en esas islas Canarias, objeto al parecer de tantas criminales codicias, colocadas en

medio del Atlántico por evoluciones maravillosas de la naturaleza, siempre dócil á la voluntad de Aquel que hace y destruye los mundos, que ensalza y deprime á los pueblos, que llena de gloria á las naciones y borra hasta sus nombres de la memoria humana, en esas islas Canarias, colocadas allí para ser como prolongación de la Europa, como centinela del África, como antesala de la América, sólo viven y vivirán españoles.

*
* *

Iba á decir algo de cómo está escrita la obra del Sr. Wangüemert, sin tener en cuenta aquellas palabras de Plinio: *Historia quoquomodo scripta delectat*, con las que diré de paso que no me siento absolutamente conforme. Iba á decir al lector que el Sr. Wangüemert, ya de antemano conocido por sus numerosos trabajos literarios en la prensa canaria y peninsular, ha puesto al servicio de su noble pensamiento un estilo siempre claro, elevado muchas veces, con frecuencia elocuente; que ha

presentado su trabajo con plausible método y que ha logrado, en suma, que la forma y el fondo de su libro se den la mano y se completen de todo punto, con grata satisfacción del que lo lee; pero no quiero decir nada de esto, porque me temo que algún espíritu ruin, algún *amigo* del Sr. Wangüemert ó mío—¿quién carece de estos *amigos*?—interprete piadosamente esa parte de mi modesto juicio como inmediata recompensa de las frases amables con que en los finales de este mismo libro aparece mezclado mi nombre.

Nada de esto digo, pues; y, terminado mi papel de padrino, de padrino modesto y sin pretensiones, juzga tú por ti mismo, lector amigo, porque ahora va de veras, y aquí termino.

F. FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT.

Madrid 28 Octubre 1900.

HISTORIA DE ESTAS PÁGINAS

El acendrado amor á las patrias peñas fué, en primer lugar, lo que trajo á mi mente la idea que ha llegado á su completo desenvolvimiento en las páginas de este modesto libro.

Yo no sé qué le pasa al insular, pero es el caso que deja el país natal por largos años, y muchas veces para siempre, obligado por las circunstancias de la vida, y lejos de aminorarse el entrañable cariño á la tierra nativa y de considerarse natural del sitio donde reside, como le acontece por lo general al hijo del continente cuando se traslada de lugar, va ese amor aumentando en los isleños en tales términos que llegan á forjarse una patria ideal.

Esto, tan común, se acentúa y particulariza

en los canarios, pues al comparar naturaleza con naturaleza, ninguna iguala en hermosura á las Islas Afortunadas, y aunque aquí también se manifiesta el humano ser con sus virtudes y miserias como en todas partes, la impresión del paisaje que en la ausencia se tiene eclipsa todo lo demás, y á tal distancia no se divisan ni los crímenes ni las cárceles, se prescinde del tallo del rosal con sus múltiples picos, y sólo nos recreamos en el bello capullo, que aguarda el rayo de sol de la primera aurora para abrirse en fragante rosa. Por eso yo no veo en mis Islas más que cielo azul, espumoso mar, que sirve de arrullo; elevadas montañas cubiertas de corpulentos árboles, prados de color de esmeralda, hermosos valles donde se mece la gentil palmera, poblaciones que parecen nacimientos, aires que embalsaman el ambiente que se respira, canoras aves en perpetuo concierto, fuentes y arroyos en eterno murmullo, é inocentes campesinos, con el candor de Abel, creyendo que Dios les ha dado la gloria por morada.

Tal impresión me hizo elegir por tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras el pensamiento que consigna este libro y que presumo haber desenvuelto, si no con la erudición que merece, sí con el mayor afecto que cora-

zón puede abrigar. ¡Lástima que mi pobre inteligencia haya obedecido tan poco á los impulsos de mi voluntad!

Me enorgullece haber sido el primero que ha tratado en la solemne investidura de Doctor un tema acerca de las Islas Canarias, para lo que tuve que pedir autorización al digno Decano de la mencionada facultad, quien con la galantería que le caracteriza me permitió no seguir la tradicional costumbre de consultar el cuestionario para tomar un punto de mis aficiones y aptitudes.

El ilustre Tribunal que oyó la lectura de mi trabajo, benévolamente lo calificó de sobresaliente, nota que en realidad no merecía quien coordinó las ideas allí expuestas en forma de discurso, pero sí la virtualidad de las mismas; así, pues, tan alta como honrosa recompensa no se me dió á mí; yo no fui más que el medio trasde que se valieron mis sabios maestros para mitirla á mis islas, que es á quienes pertenece.

Pasado el último acto oficial de mi carrera, sólo veía las emborronadas cuartillas perderse con el tiempo en el archivo universitario; las horas de trabajo que á ellas consagré se convertirían en un depósito más de polvo, y, con sinceridad sea dicho, no las consideraba dignas de otra cosa.

Los ilustrados ponentes, me invitaron á que, hechas ciertas correcciones y ampliadas algunas de sus partes, diera forma de libro á mi trabajo, y á pesar de animarme á ello estas autorizadas opiniones, pronto decaía mi entusiasmo, volviendo al escepticismo y pasividad habituales.

Mi querido amigo Luis Maffiotte, que conocía mi discurso, pues no pocos datos debo á él, poniendo á mi disposición su completa biblioteca canaria, constantemente influía en mi ánimo para que le diera á la publicidad, y tanto ha trabajado en este sentido, que ha sido el principal motor en la decisión, pues sus vastísimos conocimientos en historia y literatura canaria me daban un salvoconducto y en parte justifican mi atrevimiento.

Una vez decidido, es mi propósito, después de tributar la expresión del cariño á la región natal, vulgarizar la historia de la provincia de Canarias, desconocida para la inmensa mayoría de los españoles é ignorada por muchos de los propios isleños.

Depende esto de no haberse publicado hasta ahora (1) ningún libro que, en pocas páginas y

(1) No cometeré la injusticia de omitir en este lugar el nombre respetable del Sr. D. Juan de la Puerta

á poco precio, suministre tales conocimientos, pues los historiadores canarios han consagrado sus laboriosas tareas á tratados por lo general magistrales, y esta clase de obras no está al alcance ni de todas las inteligencias ni tampoco de todas las fortunas.

Bien es verdad que, si directamente estas ilustres personalidades no han popularizado la historia canaria, sus obras sirven de base y en ellas tienen que inspirarse los tratados elementales. Estos manan de esas fuentes, y tienen por misión hacer descender tales tesoros de la docta Academia á la escuela rural.

Seguramente ha de extrañar la división de la materia que trato; pero, una vez expuesta la

Canseco, que ha consagrado su vida á la enseñanza, con tanto provecho para la juventud canaria. Su *Compendio de la historia de Canarias* en parte realiza los propósitos de este libro; pero su ilustrado autor llevaba sólo por mira la preparación de las tiernas inteligencias y esto le impedía extenderse en consideraciones y particularizar detalles, que no corresponden á una obra de carácter elemental.

También es autor el Sr. de la Puerta Canseco de un precioso libro titulado *Descripción geográfica de las Islas Canarias*; en él pone de manifiesto sus condiciones pedagógicas, prestando á la vez al Archipiélago Canario un gran servicio, pues en amenas y cortas páginas se ocupa de la geografía de las Islas.

razón que la motiva, se echará de ver un método lógico y no un fútil capricho que rompe la costumbre en esta índole de trabajos.

En brevísimas líneas se da una noción de la geografía de las Islas; luego se mencionan las teorías más importantes respecto á la geología del país; á continuación los conocimientos que la antigüedad tuvo de las Canarias y sus diversas denominaciones, á la vez que las expediciones antiguas y medias, formando esto lo que pudiéramos llamar la primera parte del libro. Los dos primeros capítulos nadie los excluirá del lugar que ocupan, pero no así desde el tercero hasta el sexto inclusive.

Yo los comprendo en la primera parte, y antes que el estudio de la raza y de la historia interna de los aborígenes, por llevar en sí mucha parte mítica, que en otro lugar perdería toda novedad, pues conocida la historia el interés de la leyenda desaparece.

La que pudiéramos denominar segunda parte, ya está indicada en el párrafo que precede, por más que si pecáramos de rigurosos en el método, el estudio de la raza y de la historia indígena debiera ir al final; pero entonces el período de la conquista no se haría tan interesante. Así conocemos en su intimidad los dos pueblos que lucharon en las Canarias por idea-

les sagrados, y aunque el triunfo de las armas españolas fuera conveniente para los destinos de la civilización, no por eso hay que dejar de aplaudir y contemplar con admiración al pueblo *Guanche*, modelo de lealtad y heroísmo.

La tercera y última parte se ocupa de la conquista, donde se sintetiza la sangrienta epopeya comenzada por Béthencourt y terminada por Lugo, finalizando mi humilde trabajo con ciertas consideraciones que, si alterásemos el plan, tal vez no tendrían cabida.

Si Dios me concede la dicha de contribuir á popularizar la historia canaria, y logro decir á mis paisanos: «Nuestras peñas son más hermosas de lo que nos figurábamos y sus moradores de todas las edades más leales y valientes de lo que creíamos», despertando á la vez la gratitud que á la gran madre España debemos, mis esfuerzos se verán coronados, pues valiéndome de la verdad histórica, he armonizado dos tendencias que si algunas regiones han hecho antagónicas y peligrosísimas para la suerte de esta noble nación, para mí son dos ríos hijos de la misma nube que afluyen á la mar, donde confunden sus aguas; dos latidos de un mismo corazón que ponen en circulación idéntica sangre, y sólo veo amor donde alguien

mezquinamente no distingue más que odios y rencores.

La madre, sin olvidar al hijo muerto y consagrándole sin cesar lágrimas y suspiros (que si el dolor resucitara él no sería cadáver), quiere más que antes al hijo que vive. Por triste experiencia sabe cuánto supone perderle. Esto pasa hoy con Canarias, despojada inicuamente España de su legítimo imperio colonial. En tales momentos viene á la publicidad este libro, con todos los defectos que se quiera, pero sincero y patriótico, preciándose de señalar eficaces remedios para evitar días de infortunio.

Tienda sus alas protectoras el Estado, no olvide los rudos desengaños de ayer y tenga toda la habilidad diplomática y toda la entereza de épocas más gloriosas, para que Canarias sea siempre española, que eso anhelamos con toda el alma los hijos de aquel bello archipiélago.

I

Si algún país puede ostentar una geografía interesante, es el Archipiélago que conocemos hoy con el nombre de Canario. La poesía de estas islas Atlántidas inspiró á la humanidad clásica hasta el extremo de creerlas la mansión de los bienaventurados, creencia que sobrepuja en belleza y atractivo á aquellas otras que han colocado el terrenal Paraíso en distintos lugares del planeta. Más tarde, la investigación científica ha consagrado sus racionales trabajos á estas peñas que, si en la antigüedad fueron admiradas y en la Edad Media y parte de la Moderna invadidas, son hoy codicia de extranjeras garras.

El Archipiélago de las Canarias se levanta en el Océano Atlántico, correspondiendo su si-

tuación á la zona templada y hallándose sus islas entre los paralelos $27^{\circ} 38'$ y $29^{\circ} 25'$ de latitud Norte y entre los $7^{\circ} 8'$ y $11^{\circ} 58'$ de longitud Oeste del meridiano de San Fernando, teniendo enfrente los cabos Jubu y Nun, y distando de veinte á ochenta leguas de la costa africana por la parte conocida vulgarmente con el nombre de Biledulgerit (país de los dátiles), que fué en otro tiempo territorio de la Mauritania Tingitana.

Lo forman siete islas habitadas y seis desiertas, que miden una superficie de 7.260 kilómetros cuadrados, de los cuales precisamente 7.167 corresponden á las habitadas y los 93 restantes á las desiertas.

Sus nombres, partiendo de E. á O., son: Lanzarote, rodeado de los islotes Roque del Este, Roque del Oeste, Graciosa, Montaña Clara y Alegranza; Fuerteventura, con su pequeño islote de Lobos, y las restantes Gran Canaria, Tenerife, Gomera, San Miguel de la Palma y Hierro.

II

Formada ya una idea de la geografía del Archipiélago, fijémonos en las observaciones de los geólogos, que son muchas y diversas, diciendo Lyell (1) que estas islas han brotado desde el fondo de los mares en la época terciaria, en el período mioceno superior, y aquí se nos presenta este hermosísimo Archipiélago surgiendo de los mares como la Venus mitológica de la espuma, dándose el armónico caso de que una ficción tan poética tenga por fundamento una verdad científica, y de que una imaginación volando por esos mundos seductores sea muchas veces precursora de la reali-

(1) *Principios de geología.*

dad, al modo que un Séneca profetizó á Colón y un Lope á un Volta.

Consideran algunos la formación de las islas Canarias y de todas las del globo terrestre como originarias del Diluvio universal (1), guardando esta hipótesis evidente armonía con las que consideran á las Canarias separadas del continente de África en virtud de esa revolución geológica que hoy los modernos adelantos confirman, estableciéndose fraternidad completa entre la ciencia y la fe.

Esto no implica para que después haya sufrido esa porción de tierra desprendida del África transformaciones varias; los agentes naturales desconocen la inacción y con sus fuerzas poderosas están produciendo constantemente fenómenos que hacen que un mismo país, en el transcurso de los siglos, varíe de manera de ser.

Otros, teniendo muy en consideración la proximidad de las Canarias al continente africano, han dado en suponer que no son otra cosa que la prolongación del Atlas; y en efecto, si á partir del cabo Guer se tira una línea hasta la Gran Canaria siguiendo la dirección

(1) Juan Woodward es partidario de esta opinión, creyendo que el Diluvio universal configuró nuestro globo.

del Atlas, esa línea pasará precisamente por el Roque del Este, Lanzarote, Tenerife y la isla del Hierro, hallándose cerca de ella Fuerteventura, Gran Canaria y La Palma, demostrando evidentemente sus montañas, sus picos y cabos que las islas son una prolongación del sistema orográfico vecino.

La cuestión tan debatida de la famosa Atlántida está íntimamente relacionada con la geología de las islas Canarias; autorizadas opiniones creen ver en este Archipiélago restos de aquel naufragio que conmovió al mundo, causando una revolución en el planeta. El ilustre académico D. Eduardo Saavedra (1) nos traza á grandes rasgos lo que el filósofo de la Academia divulgó sobre este particular, y á su vez procura buscar comprobación á esta leyenda ó historia en las observaciones que suministran los distinguidos geólogos que han fijado aquí sus miradas anhelando solucionar el problema, que permanece aún en pie y tal vez sea de aquellos que, solicitando siempre la inteligencia y actividad del hombre, nunca presente á éste su rostro francamente natural, y envuelto

(1) Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 17 de Febrero de 1891, con motivo del Centenario de Colón.

en dudas sea tan ingrato que se complazca en que el famoso «eureka» nunca lo descubra.

«Más allá de las columnas de Hércules—dice el Sr. Saavedra,—había cierta isla de extensión tan considerable como un gran continente, habitada por una nación llamada de los atlantes, cuyos diez reyes, coligados en estrecha alianza, se apoderaron de parte de Europa y de toda la Libia y fueron al cabo deshechos en choque formidable por los primitivos atenienses. Eran los atlantes gente que había alcanzado ilustración elevada, dominaban en varias islas vecinas á sus costas y hacían viajes marítimos á otro continente frontero de su tierra. Sus leyes y costumbres ofrecían modelo de organización política y de virtudes sociales; pero hacia los tiempos de su gran derrota cayeron en corrupción lamentable, y la cólera de los dioses en tremendo cataclismo hundi6 por siempre la desventurada Atlántida en el seno de los mares cuya superficie se llen6 de un lodo tan espeso, que fué ya imposible navegar por aquellos parajes. Los ge6grafos antiguos aceptaron sin oposici6n y duda la existencia y subsiguiente desaparici6n de la isla; pero los neoplat6nicos empezaron por dudar, despu6s negaron la veracidad hist6rica del relato, y ya se puede decir que estaba relegada al olvido cuando el

descubrimiento de América primero, y los adelantos de la geología y la hidrografía en la actualidad, han vuelto á poner la cuestión sobre el tapete. Salen cada día nuevas hipótesis para explicar histórica y científicamente la narración platónica, encaminadas á suponer en los antiguos unas reminiscencias de tierras por las que se comunicaban con los americanos, cuando no fueran estas mismas.»

«Platón, á continuación de sus libros de la República, se ocupa de los atlantes, y tanto en la famosa isla como en Grecia, por olvidar sus moradores las sabias leyes, ingresaron en la corrupción de costumbres y el Cielo los castigó, á la Atlántida desapareciendo en un terremoto, y á Grecia assolándola con inundaciones, no quedando más que rudos pastores y rústicos montañeses olvidados de las instituciones de sus mayores. Platón habló de todo esto buscando apoyo tradicional al sistema político que quería implantar. Pero ¿es todo ficción lo hablado por Cricias, ó es un cuadro de atractivos colores, pintado con figuras de alguna realidad efectiva? Yo creo, que sin reparo se puede asentir á la existencia de una gran nación occidental, constituida en fuerte liga que dominó á Europa y Africa, que conocía el arte de la navegación y que vino á estrellarse como hin-

chada ola contra la primera de las naciones de Oriente. Tampoco encuentro reparo en admitir la coincidencia de este inmenso desastre político con uno de esos movimientos de la corteza terrestre que llenan de luto á extensas comarcas; ni la existencia de más ó menos dilatadas tierras que el Atlántico oculta hoy bajo sus aguas; en un palabra, admito que los datos principales se deben estimar como ciertos, pero la trama tiene mucho de fantástico.»

Gaffarel entiende que las Antillas, las Canarias y las Azores son los vértices de una inmensa isla triangular, que muy pasado el período terciario se hundió bajo las aguas á consecuencia de las contracciones de la corteza terrestre, dejando aquélla testigos de su existencia, y el humeante pico de Tenerife huella de la tremenda sacudida volcánica que acompañó tan colosal trastorno. Así se explica, según Gaffarel, cómo los americanos encontraron puente de comunicación con África y España, pero esto lo destruye la inmensa profundidad de 6.000 metros á que se halla el fondo del Océano á través del área comprendida entre los tres Archipiélagos.

El distinguido marino y publicista D. Pedro de Novo y Colson limita la Atlántida al número de las Azores.

No así el docto catedrático D. Salvador Calderón y Arana que sostiene que las islas del Atlántico, lejos de ser residuos de continentes desaparecidos, son más propiamente jalones de continentes que comienzan á formarse.

A Wilkins no le parece bastante un terremoto para tragarse la Atlántida, y entiende ser más natural que las ondas del Pacífico, levantadas á inmensa altura y con empuje hacia Oriente, saltaran por encima de los Andes de la América Central, barriendo al paso la Atlántida, cuyos materiales quedaron diseminados por la superficie del desierto de Sahara.

Opina Tournefort que tanto el mar Negro como el Mediterráneo eran inmensos lagos, poniéndolos en comunicación un crecimiento, que á su vez hizo que este mar rompiera sus primitivos límites, y al comunicarse con el Atlántico, aumentara de tal manera el caudal de las aguas que sumergió á la Atlántida (1).

Al tratar la cuestión tan debatida de la Atlántida, sería omisión imperdonable pasar por alto el importantísimo trabajo (2) del ilustrado com-

(1) Esta hipótesis, como la anterior, son hijas de calenturientas imaginaciones, y por su atrevimiento se han citado.

(2) Presentado al Congreso internacional de americanistas.

patriota nuestro D. Federico de Botella y de Hornos. Sólo trataremos en estas páginas la parte más saliente de tan sabia investigación, fijándonos con preferencia en aquellas que guardan directa relación con este libro.

Después de aprovechar el Sr. Botella las investigaciones de esclarecidos hombres de ciencia, expone sus propias observaciones: «Desde luego, al echar una mirada sobre el mapa geológico de nuestra Península, llama sobremedera la atención que, en tanto que la serie de los terrenos sedimentarios se halla representada en casi todo el largo desarrollo de sus costas, tanto orientales como occidentales, al llegar al extremo NO., desde Aveiro á Avilés, y sobre una longitud de más de 1.200 kilómetros, las orillas del mar se presentan cortadas por altísimos acantilados, accidentadas por numerosos *fiordos*, labrados unos y otros principalmente en aquellos elementos que formaron las primeras capas de nuestro globo, en corto trecho, en las que vinieron inmediatamente después.»

»Y como, sea cual fuere la intensidad de los agentes destructores, sus efectos no llegan nunca á borrar en su totalidad los vestigios de lo que fué, sin que aquí ó allá subsistan algunos restos que atestigüen su anterior existencia, queda por tanto patente y demostrado que

desde los albores de la existencia de nuestro planeta hasta nuestros días, lo que debía ser el territorio Galaico y parte de la Lusitania se presentó siempre dominando los mares con una extensión fácil de determinar hacia los rumbos de Sur y Mediodía, pero incierta hacia los que se prolongaban al Norte y Occidente, fuera de sus límites actuales que rebasaba sin embargo.»

Exactísimas llama el Sr. Botella las deducciones de Gaffarel ya indicadas, sin que esto entrañe que la Atlántida hubo de ocupar toda la inmensa superficie del Océano que limitan las Azores, las Canarias y las Antillas, ni tampoco que algunos de los principales grupos de estas islas existieran desde entonces en la forma que hoy los conocemos.

Y como consecuencia de tan luminoso estudio por lo que afecta á Canarias, después de aquel día en que una inmensa batería volcánica de más de 270 bocas principales tronó por vez primera, causando una revolución geológica y abarcando el globo entero con un triple reguero de volcanes, tuvo efecto, entre otros fenómenos, la depresión que hoy cubren las aguas del Atlántico, y que en su parte principal se atribuye con razón al relieve actual de la superficie.

El mapa del Atlántico, de Stieler, en el que se estudia la topografía submarina por medio de la sonda, permite esta ingeniosa hipótesis al Sr. Botella: «Si se verifica un movimiento de entumescencia en el fondo de todo el Océano, que no pasara de dos mil brazas, fijándonos en que esta altitud es relativamente pequeña, comparada con nuestras principales cordilleras, se verificaría que al variar los límites actuales los mares y continentes, por ese movimiento, Francia, Inglaterra, Irlanda, la Escocia y la Islandia aparecerían unidas con la Groenlandia, la Labrador, el Canadá y Terranova; el continente americano tomaría por límites orientales el canal de Bahama, uniéndose las grandes y pequeñas Antillas con las Barbadas y Venezuelas, y dividiéndose el Atlántico, surgiría una península inmensa que enlazaría las Azores con el continente Boreal; y nuestra España prolongaría sus costas hasta comprender las Canarias é islas del Cabo Verde, que unidas entre sí formarían parte de Africa, de la que parecen desprendidas, y clara y distintamente vendrían á dibujarse por cima de las aguas nuevos y extensos territorios, cuyas condiciones y relaciones especiales los colocarían en perfecta concordancia, así con la tradición como con las consideraciones anteriores.»

El Dr. Chil, hijo ilustre de la Gran Canaria, se expresa en estos términos al tratar la geología de su país: «Es indudable, y así lo ha evidenciado ya la ciencia, que todas estas porciones (Canarias, Azores, Madera, Salvajes) han salido del fondo de los mares, sufriendo, aun después de su levantamiento, otros accidentes más ó menos importantes. Las Canarias se puede decir, y las observaciones geológicas confirman esta idea, se han formado por la acción de dos fuerzas, la actividad volcánica y la erosión por el agua, tanto salada como dulce». (1)

Sea cual fuere la hipótesis que se admita como explicación científica de la geología canaria, es verdaderamente sublime la formación del Archipiélago al fijarnos en la titánica lucha sostenida por los elementos naturales, por esas fuerzas misteriosas creadas por Dios, que se nos manifiestan en hirviente lava, en imponente huracán y embravecido oleaje, proclamando esto la grandeza del Ser Infinito, por cuya virtud las cosas al parecer más contrarias se transforman en las más armónicas; y así aquel fuego destructor servía de maternal regazo, aquel desenfrenado huracán de delicioso y oxi-

(1) *Estudios*, t. 1, pág. 58, 1876.

genado céfiro, y aquellas montañas de agua de tranquilo y reposado Océano, cariñoso ahora con las playas que antes embestía, y mostrando al hombre las riquezas que atesora, le invita á que le surque y le utilice.

III

No fué olvidado el Archipiélago Canario por la antigüedad, y aunque esos remotos tiempos no conocieron la historia de las islas, todo lo que de ellas se decía en leyendas y fantasmagorías lo supo armonizar el inmortal Cairasco con lo verdadero en el *Arco de la Fama*, como hace notar el gran historiador Viera y Clavijo.

En el canto ó libro cuarto de la *Odisea* dice Homero, con relación á Menelao: «Los dioses le enviaron á los Campos Eliseos, que están en lo último de la tierra, donde pasan los hombres una vida tranquila y dulce, sin experimentar nieves, inviernos rigidos ni lluvias, sino un perenne aire fresco, nacido de las respiraciones de los céfiros que el Océano exhala» (1).

(1) Homero, *Iliada*, libro XVIII, verso 106; libro XX, v. 7. — *Odisea*, lib. II, v. 154 á 163, 600 y 638; libro IV, v. 563 á 568; lib X, v. 508; lib. XII, v. 1.

Los comentaristas del gran vate opinan que los Campos Eliseos eran las islas Fortunatas, donde el dios marino Proteo envió á Menelao para pasar una vida de completa felicidad.

Diodoro (1), en sus preciosas narraciones, llamaba á estas islas Hespérides, donde se guardaban numerosos ganados y frutos de gran valor; Hesiodo (2) las denominaba islas Afortunadas, destinadas á los héroes; Píndaro (3) se inspiró en las bellezas que se les reconocía, y pulsó la lira para cantar sus delicias; Estrabón (4) las llamó islas Bienaventuradas, y los Esenios (5), secta austera y contemplativa del pueblo hebreo, colocaban el Paraíso en unas islas, reputadas por tales las Canarias.

Los grandes poetas de Roma también las consideraban como una región encantada, y así Horacio, en su oda 16, libro V, invita á los romanos á que no presencien los desastres de

(1) Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, libros III y V.

(2) Hesiodo, *Las obras y los días*, canto I, v. 167 y siguientes — *Teogonia*, v. 517 y siguientes.

(3) Píndaro, *Olimpicas*, oda II.

(4) Estrabón, *Geografía*, lib. III.

(5) Flavio Josefo, *De bello judaico*, lib. III, capítulo XII.

la guerra civil y surquen el Océano en solicitud de las islas ricas en todos bienes, haciendo de ellas la siguiente descripción: «Allí la tierra produce por sí misma, sin necesidad de arado, todo género de frutos..... Júpiter separó esas regiones de lo restante del mundo para que sirviesen de asilo á la virtud. Allí no se siente jamás el calor ni el frío; y los animales dañinos ó ponzoñosos—reptiles—son desconocidos en aquel suelo privilegiado». Una traducción más lata de la misma oda contiene grandes hipérboles, como éstas: «Allí la miel destila sin cesar de los huecos de las encinas; las cabras vienen ellas mismas á presentar sus ubres henchidas de leche», y á este tenor una serie de encarecimientos tan inverosímiles que nada tienen que envidiar al más lisonjero sueño (1).

Virgilio, en el libro VI de la *Eneida*, describe las Afortunadas con la brillantez que caracteriza al eximio poeta latino: «Eneas y la Sibila—dice—llegaron al fin á los lugares alegres y verjeles apacibles de los bosques Afortunados, á las islas de los Bienaventurados, mansión de las almas dichosas. Su cielo es más puro y esplendoroso que el nuestro, y

(1) Nos manet Oceanus circumvagus; arva, beata
Petamus arva, divites et insulas, etc.

baña los campos con una luz purpúrea. Lo bienaventurados las conocen, y distinguen sus estrellas de las nuestras por ser aquéllas más claras y resplandecientes» (1).

Creían algunos que la tierra se hallaba dividida en dos partes por el mar que se llama Océano: la una es la parte que nosotros habitamos, y la otra, más allá del Océano, es la que se une con el cielo; en esa tierra era donde vivían los hombres antes del diluvio, y en ese punto también estaba situado el Paraíso (2).

Pero la descripción que deja atrás todas las ficciones de los poetas más visionarios es la que hace Luciano en su libro *De Veræ historiae* (3), cantando lo que vió en las Afortunadas. Dice así:

«Siempre en los campos de las islas Afortunadas está de asiento la primavera, y sopla sólo el viento céfiro ó agradable favonio. Y a la verdad aquel lugar verdea siempre con las flores juntas, con las plantas todas no ásperas y sombrías. Las viñas que allí hay dan frutos dos veces al año, y en cada uno de los meses

(1) Devenere locos lætos et amœna vireta
Fortunatorum nemorum, sedeque beatas, etc.

(2) Cosmos Indicupleustes.

(3) Cuya traducción sirve para que haga gala de su estilo el P. Luis Ancheta, jesuita canario.

pagan el tributo de sus uvas. Decían que los granados, manzanos y demás árboles frutales trece veces daban fruto en el año. Porque en el mes que entre los afortunados se llama Mignons, decían que fructificaban los árboles dos veces. Empero, en lugar de trigo arrojan las espigas panes preparados en su sumidad y corona, á manera de hongos. Las fuentes que tienen en su ciudad son: trescientas setenta y cinco de agua, otras tantas de miel, y quinientas de óleo bálsamo y diversos olorosos licores. Y estas fuentes son las menores, porque de leche hay siete ríos, y ocho de vino. Los convites se celebran fuera de la ciudad, en un campo que se llama Elisio, porque hay allí un prado muy hermoso, á quien rodea un bosque, plantado con todo género de árboles, que hacen sombra á los que están acostados. La carne, empero, la hacen de flores. Los vientos son los que sirven á la mesa, y traen todas las cosas juntas que se pidan: un solo oficio no hacen, es el de dar el vino, y es la causa que los convidados no tienen necesidad de él, porque cercan al lugar del convite unos árboles grandes y diáfanos de vidrio resplandeciente, cuyos frutos son unos vasos de toda hermosura, así en el arte como en la magnitud. Luego, pues, que uno llega al convite coge uno ó dos de es-

tos vasos, y lo mismo es ponerlos en la mesa que llenarse de vino. De corona y guirnalda sirven á los convidados los ruisseños y demás canoras aves. Las otras, cogiendo con su pico flores de los prados cercanos, revolotean sobre la cabeza de los convidados, uniendo en uno el vuelo y el canto. El modo de ungirse es en esta manera: nubes espesas beben á una licores olorosos de las fuentes y los ríos, espárcese luego sobre el lugar del convite, y poco á poco exprimiéndolos los vientos, exhalan de sí cierto licor muy sutil y delicado á manera de rocío.»

IV

Los portugueses, dejándose llevar del amor patrio, sentimiento nobilísimo, pero perjudicial la mayoría de las veces para depurar la verdad que se busca en la investigación histórica, se apropian el nombre de Afortunadas para su Archipiélago de las Azores y las islas de Madera y Puerto Santo, haciéndolo extensivo á las de Cabo Verde; mas el gran Camöens les desautoriza, diciendo claramente en la 5.^a estancia del canto V de sus *Lusiadas*:

«Passadas tendo já Canarias ilhas,
que tiveram por nome Fortunadas.....»

Las islas portuguesas vecinas de las Canarias claro está que participan de muchos atractivos, que han influido para que tal denomina-

ción se les diera á éstas; pero, indudablemente, donde la naturaleza se nos presenta blasonando de las infinitas hermosuras que posee es en el grupo que hoy se conoce con el nombre de Canarias: el Teide, en Tenerife, que se eleva á una altura absoluta de 3.711 metros, y la Caldera de Eceró ó de Taburiente, prodigioso cráter de ascensión, que es el más notable del globo y cuyo borde superior mide una circunferencia de 12 kilómetros por 5.000 pies de profundidad, maravilla de la naturaleza llamada por Buch, distinguen el Archipiélago Canario de los restantes del mundo, trasladando al viajero de una profundidad real, pero que parece fabulosa, á una colosal altura desde donde se contempla un paisaje sin rival en el planeta que habitamos, pues, como dice Viera, el destino del Teide ha sido en todos los tiempos el de ser considerado como el sitio de la tierra más á propósito para las observaciones del cielo.

Los expositores del Génesis y del libro de Ezequiel hablan de las Canarias, denominándolas las islas de Elisa ó Elisia, de donde se extraían el jacinto y la púrpura, circunstancia que también les dió el nombre de Purpurarias.

Merece asimismo alguna atención el de Hespérides, concedido á estas islas; pero hay

que tener en cuenta que Hesperia fué el nombre dado á todos los países de Occidente.

Pudieran ser también las islas Canarias el Jardín de las Hespérides, poblado todo el año de bosques de naranjos silvestres, opinión que se tuvo por inexacta al considerar que en Canarias no hubo tales árboles hasta después de la conquista; pero se rehabilitó esta creencia cuando el erudito Viera y Clavijo consigna que entre las hojas fósiles se hallan muchas de naranjos.

El nombre de Canarias es el que ha prevalecido, existiendo diversas opiniones sobre su origen.

Núñez de la Peña hace derivar el nombre de Canarias de Crano y Crana, quienes fueron Reyes de Italia, y luego, disgustados tal vez de la lista civil que allí se les ofrecía, se les ocurrió viajar, y, sin temer á los obstáculos de una navegación imposible, abor-daron felizmente á la Gran Canaria, á la que dieron su nombre, y se dedicaron tranquilamente á poblar las islas.

Afirma Viera que Núñez de la Peña, á pesar de haber tomado tan singular anécdota de Antonio de Viana, la exageró; éste deja tranquilos en Italia á Crano y Crana y sólo sus vasallos recorrieron los mares en busca de aventu-

ras, llegando hasta nuestras islas, y estableciéndose en una de ellas, la denominaron *Cranaria* en recuerdo de sus Príncipes, hasta que los españoles, respetando el nombre, pero adaptándole á las facilidades de su lengua, le mudaron en Canaria.

Más en armonía, como el mismo Viera hace notar, se halla con la imaginación del poeta una especie que indica para luego olvidar, al derivar el nombre de Canarias del verbo latino *cano*, que significa cantar, y éste de canora, siendo general la creencia que en Canarias se crían ciertos pájaros estimados por su canto conocidos con el nombre de canarios (1).

Dicen otros que el nombre de Canarias es latino y que le dió origen la abundancia en sus riberas de un arbusto que en el país se llama cardón, teniendo parecido con las cañas, y afirma Tomás Nichols que oyó decir muchas veces á los habitantes de estas islas que la designación de Canarias dimanaba de ciertas cañas de cuatro faces que crecen con abundancia en aquéllas, no quedando duda de que estas cañas son los cardones. (*Euphorbia canariensis*.)

La opinión más generalizada es que el nom-

(1) Jacob Savary dice que los pájaros tomaron el nombre de las islas y no éstas de aquéllos.

bre de Canarias se derivó de los grandes canes que los expedicionarios enviados por el Rey Juba hallaron, siendo los dos canes que sostienen el escudo de esta provincia española alusivos á dicha etimología.

Viera se extraña de que nadie se haya fijado en lo que, tratando de esta etimología, se fijó Mariana (1), ó sea en el cabo que Tolomeo y otros geógrafos llamaron *la última Caunaria*, y á esto añade que, hallándose las Canarias fronterizas á dicho cabo, tomaron este nombre; este cabo en la actualidad se llama Bojador, el reputado por el de Non, del cual se creía que el que tuviese la temeridad de doblarlo no volvía jamás.

La creencia más racional y clara es la admitida por Viera, y consiste en atribuir dicho origen á la gran resonancia que tuvo la conquista de Canaria, causa de que su nombre absorbiese los de las otras islas y se difundiera, haciéndose el genérico de todas, que hasta el siglo XV eran conocidas con el antiguo epíteto de Afortunadas.

(1) *Hist. de Esp.*, lib. II, cap. XXII.

V

Todos los pueblos antes que su historia tienen su leyenda, á la manera que se da primero en el individuo una edad puramente imaginaria y soñadora que la racional que más tarde impera en el hombre, y obedeciendo á esta constante y universal ley, las Canarias tienen su período fabuloso, que viene á ser precursor de la serie de expediciones que se disputaban en la antigüedad haber visitado las islas.

Héspero pobló las islas Afortunadas, y Hércules le ayudó á sostener la esfera celeste.

Hércules robó las manzanas de oro de las islas Hespérides, dando muerte al dragón que las defendía; hay quien opina que las tales manzanas eran naranjas (1), y que el Dragón,

(1) La naranja china se llamó en latín *malum aureum*, manzana de oro.

como dice Viera, tomó su origen del Drago, árbol especial de las islas, que tiene el tronco como el de una serpiente y su jugo una concreción como de sangre, propiedades que parecen transformar al árbol en bestia.

Se refiere una serie de hechos gloriosos, que los fenicios atribuyeron á un Hércules de su nación, remontándose el viaje emprendido por este héroe trescientos años antes de la famosa expedición de los Argonautas á la Colchide; atacó al célebre Anteón, Rey de la Mauritania, cerca de la embocadura del río Liseos, retirándose las naves africanas á los puertos de las islas Canarias, con el propósito de librarse de aquel monstruoso héroe.

Corre otra fábula respecto á cierta navegación que hizo á estas islas la armada de Hispalo, Rey de España, poblándolas con parte de su tripulación; pero esto, como hace notar el gran Viera, no deja de ser uno de tantos mitos sin fundamento histórico de ningún género.

Los griegos tuvieron conocimiento de las islas Afortunadas por los fenicios, y siendo como éstos hijos de un pueblo emprendedor y amante de surcar las olas, no es extraño que pasaran las Columnas de Hércules y visitaran las Canarias; pero estas suposiciones no suministran testimonio que así lo confirmen, y sólo

nos ponen de manifiesto el númen poético de los grandes vates helénicos que, impresionados tal vez por las referencias que les hacían los fenicios, designaban los Campos Eliseos como la eterna morada de sus héroes.

La primera expedición á las Canarias no está de un todo testificada, por más que los indicios del célebre viaje emprendido por los fenicios de orden de Nekao (que reinaba en Egipto por el año 610, antes de la Era Cristiana) con algún fundamento se disputa el haber arribado á las costas canarias. La curiosidad de Nekao de ver si la Libia se hallaba rodeada de mar excepto el istmo que le une al Asia (1), fué conveniente para que aquellos valientes navegantes acometieran un viaje tan interesante surcando las atlánticas olas, oceáno lleno de arcanos en la época á que nos referimos. Sabido es que el rumbo de la navegación antigua es la proximidad al litoral, y claro está que al pasar el cabo Juby penetraran en el canal que separa la costa africana del grupo oriental de las Canarias, pareciendo lógico que al hallarse tan cerca de estas islas, se alejaran de las áridas playas africanas, para buscar en las amenas Canarias el descanso que necesitaban.

(1) Herodoto, *Historia*, lib. IV, cap. XLII.

Todos dan como seguro que el pueblo fenicio no redujo su genio emprendedor y naviero á ser el rey del Mediterráneo, sino que pasó las famosas Columnas de Hércules descubriendo países y sosteniendo comercio, que era el fin que perseguían. Conveniales para sus miras guardar el mayor silencio; pero la intrepidez que les caracteriza en estas empresas, lo mismo que la situación geográfica del Archipiélago y la púrpura que además de obtenerse de las conchas marinas también se obtiene de la orchilla, planta que se produce sin cultivo en Canarias, los denuncian como visitadores (1).

Los Reyes de Persia pensaron más de una vez que sus escuadras doblaran el cabo de Buena Esperanza y explorasen todas las islas próximas al continente africano; pero algún accidente, según Huet, les hizo desistir del proyecto, por más que Herodoto afirma que Setaspes se embarcó en Egipto pasando el Estrecho, y que llegó hasta el promontorio Syloco, desde donde retrocedió (2).

El primero de los conquistadores, el gran Alejandro, tuvo en sus vastos proyectos de

(1) Estrabón, *Geografía*, lib. III.

Diodoro de Sicilia. *Biblioteca histórica*, lib. V.

(2) Herodoto, obra citada.

dominio cierta navegación, que de haberla realizado, con seguridad el hijo de Filipo hubiera sido el conquistador de las Canarias. Terminado el sitio de Tiro, pensó que del golfo Pérsico salieran sus flotas recorriendo toda la costa occidental de Africa é islas próximas al continente y doblasen el cabo de Buena Esperanza, entrando luego por las Columnas de Hércules, para hacer sentir su poderío á la Mauritania, Cartago, Numidia é Italia. Nada de esto pudo llevarse á cabo, porque la prematura muerte del helenizador del mundo hizo, como mil veces acontece, que las disposiciones del hombre distasen de los designios de Dios, y los Estados que el Magno ya veía subyugados por el influjo de la espada que se creyó omnipotente, fueran los herederos de su poderío, que después de desmembrarse por sangrientas guerras recobró su unidad cuando Roma dominó al mundo.

La república de Cartago, al soñar con la dominación universal, encomendó á Hannón la famosa escuadra, compuesta de sesenta naves y de treinta mil personas, entre hombres, mujeres y niños, hallándose la descripción de tan famoso viaje en su célebre Periplo depositado en el templo de Saturno (1). El rumbo era desde

(1) Polibio, *Historia general*.— Plinio, *Historia*

Cádiz á lo largo de la costa occidental de Africa, y escritores de la autoridad de Aristóteles, Mela, Plinio y Arriano dicen que fundaron colonias, y desde entonces empezaron á distinguirse dos islas Afortunadas conocidas con el nombre de Junonias, por ser Juno diosa de Fenicia. Otros no encuentran testimonios que faculten para afirmar que hicieran escala en Canarias y sostienen que gratuitamente los entusiastas de esta importante navegación encuentran analogías donde no existen.

En el *Libro de las Maravillas* (1) se refiere otra expedición realizada por cartagineses, cuyo relato no deja de ser interesante y original. Cierta número de aventureros cartagineses, imitando el arrojó de Hannón, ú obligados por una tempestad, pasaron las célebres Columnas y aportaron á una isla Afortunada, don-

natural —Bochart, *Geographia sacra*.—Dodwell, *Dissertatio prima*.—Gosselin, *Sur la géographie des anciens*.—Rennel, *Geography of Herodotus*.—Heeren, *Politique et commerce des peuples de l'antiquité*.—Bougainville, *Decouvertes de Hannón*.—Campomanes, *Antigüedad marítima de la República de Cartago*.—Antonio María Manrique, escritor canario, *Comentarios al Periplo de Hannón*.

(1) *Liber de Mirabilibus auscultationibus*, atribuído á Aristóteles, IV, cap. LXXXV.

de algunos se establecieron, á la par que otros retornaron á Cartago contando prodigios de aquella privilegiada naturaleza. La república ante el temor de que una emigración á tan decantada isla privase al Estado de hombres útiles, dió un decreto condenando á la pena de muerte al que intentase hacer un viaje, imponiéndoles la reserva, para que las naciones extranjeras ignorasen aquel asilo, que en sus tristes presentimientos tal vez tenía la patria de Aníbal designado para retirarse á llorar su adversa suerte, más sobrellevadera arrullada por las olas, espejo de su antigua grandeza, que proscrita de ver el Océano, como quiso Roma para dejar de temerla.

Roma, después de vencer á su rival Cartago, conservó el poder marítimo de la república vencida, pero sin preocuparle las aventuras que el espíritu fenicio siempre animaba en exploraciones de nuevos países.

Sertorio (1) tuvo noticias, por marinos llegados directamente de las Atlántidas, de unas islas dichosas, y atraído por la narración y á la vez considerándolas por su apartamiento como lugar seguro para librarse de sus enemigos, no sería extraño que arribase á

(1) Plutarco, *Vida de Sertorio*.

ellas, más bien parece natural, dado sus frecuentes viajes á la Mauritania. Lucio Floro (1) afirma que llegó á Canarias cuando la tempestad dispersó su escuadra en las costas de la Lusitania, la preparada para combatir á Annio, pues si bien hay quien designa como lugar de arribo la Madera y Puerto Santo, otros indican Lanzarote y Fuerteventura.

Poca novedad ofrecía el Mediterráneo después de hallarse colonizadas sus costas. Todas las empresas humanas, una vez realizadas, indudablemente prestan sus beneficios, pero despojadas de las ilusiones en que está envuelto el porvenir, la actividad humana anhela, obedeciendo á esa misteriosa ley que siempre nos impulsa al más allá, explorar nuevas cosas que vengan á completar las descubiertas, presentándonos á su vez otros horizontes. Así se explica que los marselleses pasaran el Estrecho encaminándose á las Canarias: Euthimenes, que llegó hasta la Equinoccial, y Pytheas que tomó su derrotero al Norte penetrando en la Islandia, como dejaron consignado en sus importantes obras (2).

(1) Floro, *De gestis Romanorum*, lib. III, capítulo XXII.

(2) Estrabón y Plinio conservan en sus libros algunos fragmentos de *La vuelta al mundo* y *El Océano*, obras de Pytheas, de Marsella.

La narración más auténtica fué la expedición enviada por Juba, Rey de la Mauritania Tingitana. Plinio nos conserva los datos de mayor estima del indicado viaje, y á la vez que nos describe las bellezas de aquel suelo privilegiado, trata, aunque brevemente, del estado político y social del Archipiélago.

Lo que es extraño es la siguiente afirmación del mencionado naturalista. Siempre se ha considerado á las islas Canarias como el país del mejor clima del mundo, y Plinio manifiesta que era insalubre, á causa de los animales muertos que las aguas traían á sus playas. (1)

(1) Plinio, obra citada, lib. VI, cap. XXXVII.

VI

La destrucción del Imperio romano de Occidente fué causa de que Europa prescindiera de las Canarias, pues hartó hacía con defenderse de la terrible invasión bárbara para entretenerse en aventuras y estando invadida hacer de invasora.

Los cristianos españoles no mencionan para nada las Canarias en los primeros períodos de sangrienta lucha con la media luna; preocupados con reconquistar la patria, sin cuidado les tenía la exploración de nuevos países; no así los árabes, que hacen de ellas referencia en sus obras, denominándolas Al-djezir al-Khalidah, que significa islas Afortunadas.

Estos, al conocer las obras de los griegos, tuvieron noticia de las islas Canarias.

El autor árabe Masudy (1), en su obra *Los prados de oro y las minas de piedras preciosas*, escrita en el siglo X, dice que las famosas Columnas que servían de aviso para detener al navegante, mostrándole la imposibilidad de seguir avanzando por ser innavegable el Océano, no están en el Estrecho, sino en unas islas de las cuales se cuentan maravillas. ¿Serán éstas las Canarias? El erudito portugués Joaquín José da Costa y Macedo (2) desmiente en absoluto que los árabes conocieran las Canarias por sí mismos, y la prueba está en que hasta el nombre con que los escritores árabes las designaban era el de *Fortunatae*, y como esto nada significa en su lengua, añadían la palabra «sahida», felices, donde bien claro se ve la influencia de los escritores griegos y romanos, que confirma la opinión sustentada por el escritor portugués, pues es raro que un pueblo impresionable como el árabe, visitando las Canarias y disponiendo de una rica lengua, no diese propio nombre á un país que por sus

(1) Véase á Guignes, *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque du Roi*, tomos I y VIII, y á Sprenger, *Historical Enciclopedia*, tomo I. Ambos compiladores traducen el texto árabe de El-Masudy

(2) Costa Macedo, *Memoria en que se pretende probar que os arabes nao conhecerao as Canarias*.

condiciones debía de ser para ellos predilecto, y aunque no tan bello, en algo parecido al paraíso que su Profeta les promete.

El viaje á las Canarias de Ben-Farrouckh no se debe omitir aunque no esté comprobado. El ilustrado escritor Sr. Ossuna lo cita, tomándolo de una traducción expuesta por Mr. Etienne. Cuando el poderío musulmán llegó á su apogeo, crearon una escuadra los árabes para defender sus costas de piratas, y á su vez para estrechar los lazos de unión entre los países conquistados por los mahometanos; se hallaba Ben-Farrouckh en las costas lusitanas vigilando á los normandos, cuando tuvo noticia de que en las regiones líbicas había unas islas de extraordinaria belleza, y dando rumbo á su nave en la dirección del lugar que se le describía, al poco tiempo llegó á Gran Canaria, anclando en la rada de Gando. Desembarcó, y poniéndose al frente de 130 hombres, va de Sur á Norte, teniendo que luchar con una naturaleza virgen y privilegiada, pues ya el espeso bosque, ya el profundo barranco, defendían el país de las invasiones. Llegó al fin á las llanuras de Galdar, residencia del Guanarteme ó Rey de la isla, á quien manifestó Ben-Farrouckh que un monarca poderoso solicitaba su alianza, entablándose benévolas relaciones

ventajosas para las naves árabes, pues así tenían un lugar de refugio al perseguir á los piratas si es que éstos en aquellos mares les ponían en aprieto.

Los árabes fueron obsequiados por Guanariga, que éste era el nombre del Guanarteme, en su propio palacio, sirviéndole los manjares más estimados, y después de recorrer Ben-Farrouckh las otras islas, regresó á España, diciendo, entre otras cosas, que la isla más culta era Gran Canaria (1).

El famoso geógrafo El-Edrisi, en su libro titulado *El deseoso de peregrinar la tierra*, hace la relación de un viaje efectuado en el siglo XI por aventureros árabes que salieron de Lisboa. Los Sres. Webb y Berthelot explicaron esas noticias diciendo que, después de Plinio, no se encuentra más documento sobre las Afortunadas que la relación de los árabes mogrebinos venidos de Lisboa á principios del

(1) Ossuna Saviñón, *Resumen de la Geografía física y política y de la Historia natural y civil de las islas Canarias*. Sobre el viaje de Ben-Farrouckh y del inexplicable extravío del original árabe citado por Ossuna, debe consultarse á Chil y Naranjo, *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias*; Sabino Berthelot, *Antiquités canariennes*, y Millares, *Historia general de las islas Canarias*.

siglo XIII; pero á pesar de todo lo dicho acerca de este viaje, que también fué objeto de estudio por el sabio orientalista Joubert, creemos que no se pueda afirmar cuáles son esas islas indicadas por los mogrebinos, por más que la denominación de isla de los dos hermanos mágicos puede aplicarse á Fuerteventura y Lanzarote, pues ambas estuvieron divididas (1).

Se suceden una serie de expediciones (hasta quedar definitivamente conquistado el Archipiélago Canario), que aportan un caudal de noticias á Europa, y despiertan entre las naciones que se disputaban el dominio los deseos de poseerlo. Comenzaremos por bosquejar la expedición genovesa llevada á cabo el año 1291; varios escritores, y entre ellos Agustín Giustiniani (2), refieren que en el mencionado viaje se equiparon dos galeras en Génova, al mando de Teodosio Doria y Hugolino de Vivaldo, con el objeto de explorar el Océano, perdiéndose las galeras sobre la costa occidental de África, y aunque nada terminante comprueba que to-

(1) Edrisi, *Geographie, traduite de l'arabe en français*, par Amedée Jaubert.

(2) Giustiniani, *Annali de Genoa* - Foglieta, *Historie Gennensis*.—Albano, *Conciliator controversiarum*.—Petrarca, *De vita solitaria*.

caran en Canarias, ya que pasaron por su litoral, parece natural afirmarlo.

La etimología del nombre de Lanzarote también nos pone de manifiesto cómo los genoveses visitaron las Canarias. El noble Lanciloto visitó una de las islas orientales, dándole su nombre, y por si alguien dudase de esto, dice un distinguido escritor: ¿qué proclama ver las armas de Génova en el mapa de Dulcert colocadas al lado de dicha canaria isla? (1)

Hay una relación del siglo XIV, contenida en un autógrafo del célebre Boccacio, que es uno de los documentos más curiosos acerca del particular. Extractaremos todo lo posible el manuscrito para formarnos exacta idea. «Este viaje fué dispuesto por el Rey de Portugal Alfonso IV, poniéndose al frente de las tres carabelas que salieron de Lisboa el 1.º de Julio de 1341 Angiolino dei Tegghia, dirigiéndose á las islas Canarias. Después de cinco días

(1) El mapa de Angelino Dulcert, mallorquín, construido en 1339, fué dado á conocer en 1887 por el Dr. E. T. Hamy. De las Canarias no comprende más que tres islas, á saber: *Insula de Lanzarotus Marocelus* (Lanciloto Maloxelo, Lanzarote), *Megi Marini* (isla de Lobos) y *La Forte Ventura* (Fuerteventura).

de navegación, llegaron á las islas, las que encontraron mejor cultivadas por la parte Norte; refieren que las mujeres eran hermosas, los hombres robustos, y que al verlos en los buques cerca de sus playas querían establecer comercio, según manifestaban por su mímica. Saltaron cinco hombres armados, y los isleños huyeron al ver las armas.

Visitaron sus casas, quedando prendados tanto de la construcción, hecha con piedra y madera, como de la limpieza interior, encontrando higos secos conservados en cestas de palma y un trigo más hermoso que el de Europa. Vieron además una capilla sin signo alguno; sólo había en ella una estatua con sus partes obscenas cubiertas y una bola en la mano, estatua de piedra que trajeron á Lisboa. La vista del Teide les causó asombro, lo mismo que el arribo á una isla, donde no desembarcaron por el número de isleños, que les impuso. Querían éstos establecer relaciones, y cuéntase que algunos fueron nadando hasta los buques. Cuatro de estos indígenas fueron aprehendidos para traerlos á Europa, encantando á todos el cariño que se profesaban, pues no se les daba ningún manjar que equitativamente no se repartiesen entre sí.

Consigna además que conocían el matrimo-

nio, que contaban como los europeos y vestían finísimas pieles teñidas por ellos (1).

Las noticias que sobre Canarias iban esparciendo las anteriores expediciones despertaron vivo interés en los Estados europeos de apoderarse de poseer dichas islas.

Ningún Príncipe pensó tan seriamente en poseer las Canarias como el Infante D. Luis de la Cerda, conde de Clermont, descendiente de la rama desheredada de Castilla y educado en las cortes de Aragón y Francia. La desairada situación en que quedaron los Infantes descendientes de la rama directa del Rey Sabio, por la desenfrenada ambición de aquel Sancho, que pospuso el sentimiento nobilísimo de amor filial á los títulos que duran un día, y que son los que muchas veces han ostentado los Soberanos de la tierra, que han encontrado lícitos todos los medios con el fin de empuñar cetro y corona, que el tiempo convierte en podredumbre y la historia en oprobio, le estimuló, animado de muy buenos propósitos, á buscar la influencia del Pontífice Clemente VI para que le confiriese la corona del reino de Canarias (2).

(1) Ciampi, *Monumenti d'un manoscritto autografo di messer G. Boccacio*.

(2) Los sucesores de San Pedro disponían de las

Dice Viera y Clavijo que el Santo Padre celebró un Consistorio público, y en él fueron erigidas las Canarias en reino, por más que las bulas originales manifiestan que se erigieron en principado á favor de Luis de España, apellido ó sobrenombre que también se le dió. Fué declarado feudatario de la Silla Apostólica, con la obligación de entregar á la Iglesia romana el feudo de 400 florines de oro. La bula se expidió en Aviñón á 15 de Noviembre de 1344, y la solemne investidura se verificó en la propia ciudad á fines de Diciembre.

El nuevo Monarca, el conocido también por Príncipe de la Fortuna, se dejó ver coronado, al frente de una cabalgata, por las plazas de la ciudad; pero una copiosa lluvia la disolvió, lo que se tuvo por mal presagio, según dice Francisco Petrarca, testigo presencial (1).

El Rey de España Alfonso XI, en carta fechada en Alcalá de Henares en 13 de Mayo de 1345, protestó de tal proclamación, fundándose en que las Canarias están comprendidas en la diócesis de Marruecos, sufragánea del

coronas y repartían las investiduras á su satisfacción; aún el cesarismo no había entablado lucha con el Pontificado.

(1) Petrarca, obra citada.

arzobispado de Sevilla. También elevó su protesta al Pontífice el Rey de Portugal; creía que las expediciones mandadas anteriormente y los preparativos que tenía hechos para la conquista de las islas, que no pudo efectuar por las luchas sostenidas con el Rey de Castilla y con los Principes sarracenos, le daban derecho á las Canarias.

El embajador inglés en Aviñón, mal informado de las pretensiones del de la Cerda, elevó una protesta, pues creyó erróneamente que las islas Afortunadas eran las Británicas (1).

El caso es que toda esta aparatosa investidura, que por sus resultados prácticos puede tacharse de ridícula, no dió el fruto que era de esperar; se reduce, según Jerónimo Benzoni (2), á que dos buques de D. Luis de la Cerda aportaran á la isla de la Gomera; pero al tratar de penetrar en el país fueron maltratados y rechazados con pérdidas. Hay quien dice que esta expedición se confunde con la mandada por el aventurero español Alvaro Guerra, siendo ambas infecundas para la causa de la civilización.

(1) Jorge Glas, *The history of the discovery and conquest of the Canary Islands.*

(2) Benzoni, *La historia del Mondo Nuovo.*

Las islas continuaban en idéntico estado, ó si se quiere, peor preparadas para la conquista. Estos aventureros despertaban el justo odio de los naturales, hacían cautivos á muchos indígenas, dejando hogares helados por la orfandad y padres privados en su ancianidad del báculo de sus hijos, que iban á ser vendidos como esclavos en los mercados europeos.

No han terminado aún las expediciones en esta edad. El capitán vizcaíno Martín Ruiz de Avendaño, de la marina real, el año 1377, fué por una borrasca lanzado á estas islas, y permaneció algún tiempo en Lanzarote, viviendo en armonía con los indígenas (1).

También un caballero gallego, llamado don Fernando de Ormel, Conde de Ureña, por igual accidente recaló con una galera sobre la isla de la Gomera, quedando los europeos prisioneros de los gomeritas cuando á éstos atacaron, concediéndoles después la libertad de reembarcarse (2).

La expedición más importante de este período fué la que concertaron en 1392 ó 1399 los armadores andaluces, vizcaínos y guipuzcoa-

(1) Abreu y Galindo, *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*.

(2) *Ibidem*.

nos, los que salieron de Sevilla é hicieron grandes estragos en Lanzarote, respetando la isla de Tenerife por el temor que les causó una erupción del Teide, llamándola por este motivo isla del Infierno (1).

Hagamos constar la nota humanitaria de estos isleños, que con sus actos demuestran sentimientos más elevados que los que abrigaba el corazón de los europeos, concediendo la vida y la libertad á sus agresores generosamente cuando caían prisioneros, no registrándose ninguna venganza miserable de las que otros indígenas con motivos mil de mayor progreso recientemente han realizado, lo que proclama la superioridad de aquella raza, hermosa, valiente y noble por excelencia.

(1) Marín y Cubas, *Historia de las siete islas de Canaria*.

VII

Nada tan difícil en la investigación histórica como el querer penetrar en el origen de un pueblo. A pesar de los progresos etnográficos hay que convenir en que aún falta mucho para que sus fallos sean infalibles, teniendo que contentarnos con sus apreciaciones y consecuencias, unas veces hijas del sincero estudio, pero otras varias de preocupaciones sistemática, que convierten un campo de paz en candente arena, trocando la flor y el fruto de la especulación científica en teorías é hipótesis que, despojadas del falso oropel que las envuelve, no hay que combatir las, pues ellas mismas se destruyen con sus múltiples contradicciones.

Todos los pueblos han procurado adornar sus cunas con seductoras galas; semidioses y

héroes han sido, según las leyendas, los que sentaron los orígenes de las naciones que han dominado al mundo, y si nos fijamos con algún detenimiento, bien pronto observaremos que, en medio de la inmensa variedad de orígenes, todas las leyendas se asemejan y fraternizan, reconocen al fin una madre común, que es el sentir unánime de la humanidad, que así como anhela un término ultramundano, también ha querido tener un principio sobrenatural y divino.

Á los poetas y á los gobernantes bien les vienen las leyendas; fuente inagotable de inspiración es tener Parnaso propio, y no menos ventajas reporta á los estadistas, que así no tienen que presentar á sus súbditos modelos extranjeros para que los imiten, sino á sus ascendientes, sangre de su sangre, los que por sus acrisoladas virtudes se hacían merecedores á las gracias del cielo. Pero ¿quién ignora que todo este derroche de imaginación aleja de lo verdadero? ¿No tenemos la prueba de nuestro orgullo y vanidad en las pretensiones de Augusto con Virgilio para que idealizara en su *Eneida* los orígenes de Roma?

La unidad de raza, probada por la ciencia, y la fraternidad humana, proclamada por Cristo y practicada por su Iglesia, dejan reducidas

estas leyendas á ilusiones y espejismos, efectos de luz puramente imaginativos. Ya no tienen los pueblos que enorgullecerse y convertirse en opresores de otros por reconocerse superiores, antes bien su verdadera misión es contribuir para que los que no se hallen en sus condiciones las vayan adquiriendo y sean partícipes de su cultura; el vínculo de amor fraternal lo impuso al hombre El que no se equivoca en sus mandatos, y conculcar los preceptos divinos ú olvidarlos es lo mismo para el Eterno Legislador, como si la flor, envanecida por la rica esencia que exhala y los colores que cautivan, menospreciara la tierra que le sirve de base y de sustancia de vida, madre que tiene poder para transformarla en pétalos más delicados y cálices de mayor hermosura. lo mismo que en pútrido cieno de donde brota la corona de maldición que la Historia reserva á los tiranos.

La anterior digresión consigna nuestra creencia sobre el origen primitivo de los pueblos; así es que ahora procede, respetando aunque no admitiéndolo, en un todo, decir algo sobre las diversas tradiciones del pueblo indígena canario, pues también tiene su cuna con los correspondientes blasones.

Ya está indicada, al hablar de la procedencia del nombre de Canarias, la de Crano y Crana,

descendientes de Noé. Cosa parecida le ocurre á Gomer, hijo de Jafet, cuyos servicios tuvieron por premio la isla de la Gomera, poblándola con doce hombres é igual número de mujeres, engrandecimiento que hizo se apoderasen de la isla del Hierro, donde reinó Hero, uno de los hijos segundos de Gomer, estirpe gloriosa descendiente del varón justo salvado en el arca santa.

La Palma fué poblada por españoles que transmigraron á esta isla, obligados por la terrible sequedad que sufrió toda la Península, en el fabuloso reinado de Habis ó Habides.

Los romanos visitaron á Tenerife; no á nación menos heroica corresponde fundar su población, construyendo las primeras viviendas en las inmediaciones de Icod.

Fuerteventura y Lanzarote fueron refugio de ciertos africanos que, hallándose en medio del Océano sin dedos y sin lengua, castigo impuesto por Roma á los que querían librarse de su opresión, providencialmente fueron arrojados á sus playas, siendo ellos los pobladores de las dos islas orientales (1).

(1) Bontier y Le Verrier atribuyen esto á la Gomera, fundándose en que el lenguaje de los habitantes de esta isla era con los labios como si no tuvieran

A lo expuesto sólo tenemos que añadir el comentario de Viera: «Si yo apoyase estas importantes noticias con la autoridad de Viana ó Núñez de la Peña, ¿me perdonaría alguna persona cordata este abuso de la razón? Entiendo que nada ha deslucido tanto nuestra historia de las Canarias como la fábula de semejantes pobladores».

Muchos expositores del capítulo x del Génesis y del xxvii de Ezequiel creen que las islas mencionadas en las Sagradas Escrituras con el nombre de Elisias eran las actuales Canarias, y conjeturan, como Benito Pereyra, que Elisa en persona ó sus descendientes pasaron el Mediterráneo, y atravesando el Estrecho, aportaron á las Islas Afortunadas, tomando éstas el nombre de Elisias, de su primer poblador, lo que dió margen á los poetas para que en sus fábulas dijese que allí estaba el sitio de los bienaventurados, los Campos Elíseos.

Muy bien, como hace notar el autor de las *Excelencias*, pudiera ser la Orchilla, aquella

lengua, siendo creencia que un Príncipe desterró á dicha isla á unos con las lenguas cortadas, pena impuesta por delitos cometidos, y por esto pregunta Viera: «¿Por qué los isleños de Lanzarote y Fuerteventura habían de recibir de mano de Núñez de la Peña una nota de infamia que no merecía su lenguaje?»

púrpura que menciona el Profeta, y que algunos han creído una dificultad para que se refiriese á las Canarias; pero, como dice el insigne Viera, esto no se puede sostener mucho tiempo de buena fe sin que se hallen las Canarias constituidas en la obligación de restituir sus pobladores á otras islas, y aun á la península del Peloponeso (1).

Ninguna prueba presentan aquellos que dan á estos primitivos pobladores origen hebraico; el pueblo indígena canario no tiene las semejanzas que requiere esta afirmación con el pueblo de Israel, para hacerlo descendiente de aquellas diez tribus que se llevó en cautiverio Salmanasar.

Cosa análoga se puede objetar á los que dicen que los cananeos se establecieron en las islas Canarias, fundándose en que, reducidos por las señaladas victorias de Josué, tuvieron que buscar en el mar nuevos países donde establecerse; pero esto no da ninguna solidez para opinar que los aborígenes canarios son cananeos: establézcase un paralelo entre am-

(1) San Jerónimo y Flavio Josefo dicen que Elisa pobló las islas llamadas Eolidas, entre Italia y Sicilia. Otros autores opinan que el nombre de Helenos procede de Elisa.

bos pueblos, y lo mismo en la parte esencial que en el más insignificante pormenor, nada, absolutamente nada viene á reconocerse idéntico, ni siquiera semejante, y ya sabemos que los pueblos, como los individuos de una misma familia, podrán sufrir mil variaciones que les hagan al parecer completamente distintos, pero siempre permanece en ellos algo, muchas veces inexplicable, que nos pone de manifiesto una sangre común, y esto no ocurre con los sibaríticos cananeos y los sencillos é inocentes canarios.

Varios autores han reputado como una reliquia de la Atlántida á los pobladores de las Canarias, lo que trae consigo la tan debatida cuestión de la existencia de dicha isla. Razones en pro y en contra hemos consignado ya en anteriores páginas; así es que aquí réstanos decir que surgen las mismas dudas, pudiendo sólo asegurar que estos indígenas, por su sencillez de costumbres verdaderamente patriarcales, habitaran las islas un largo número de siglos, y en este estado los encontraran los conquistadores del Archipiélago.

La proximidad de las Canarias al Africa ha persuadido á ilustres escritores de que los africanos de las costas fronterizas las poblaron; no obstante estas respetables opiniones, las con-

tradice Francisco de Gomara (1), señalando notables diferencias entre los habitantes de Canarias y los moros de Berbería, en religión, color, carácter, costumbres y trajes, y, sobre todo, no explicándose por qué se paralizó toda clase de comunicaciones entre ellos durante tantos siglos. Hay que reconocer el valor de estas objeciones de Gomara, pero también hay que ver los fundamentos que han conseguido en el terreno científico mayoría inmensa de adeptos, y éstos sostienen la afinidad de raza entre indígenas canarios y bereberes.

Los indígenas de la isla de Tenerife se denominaban *guanches*, palabra bereber que significa hijo mozo, y que se hizo extensiva á los habitantes de las otras islas, por pertenecer todos á la misma raza.

Esta misma palabra *guanche*, según algunos, se deriva de *guan*, que significa hombre, siendo muy análoga á la palabra *guancheris* ó *usanseris*, nombre de una tribu bereber del Cabo Tener, al otro lado del Chelif, en la Argelia.

El Edrisi menciona entre las tribus de los *uanschirs* á los *hauaritas*, nombre de los primitivos habitantes de la isla de la Palma, lo

(1) López de Gomara, *Historia general de las Indias*, cap. CCXXIV.

mismo que el nombre de Gomera y el de la antigua tribu gomerita.

Las observaciones filológicas del sabio Berthelot, á quien no le pagarán nunca las islas Canarias toda su inmensa labor para esclarecer su historia (1), ponen de manifiesto la analogía de raza entre los guanches y los bereberes, deduciendo, con su lógica investigación, que la población primitiva canaria procedía del continente vecino, perteneciendo á la gran familia bereber, pero á dos de sus numerosas variedades, berberiscos y árabes, predominando estos últimos en las islas orientales.

(1) En 1876 fué declarado Sabino Berthelot *hijo adoptivo* de Santa Cruz de Tenerife. El diploma del Ayuntamiento era el único de los muchos que poseía el ilustre autor de las *Antiquités canariennes* que encerrado en un marco se hallaba en el sitio más visible de su gabinete de estudio. Preguntándole D. Elías Zerolo por la causa de esta preferencia, le respondió Berthelot: «Tengo ahí ese título porque creo que es, de todos los que poseo, el que se me ha dado con más justicia; nadie puede poner en duda que soy isleño de corazón». Berthelot nació en Marsella, el 4 de Abril de 1794, y murió en Santa Cruz de Tenerife, el 18 de Noviembre de 1880. En su sepultura hizo él mismo grabar el siguiente epitafio:

«Esta fosa se ha abierto para mí:
Aunque dicen que he muerto, vivo aquí.»

El trabajo más acabado hecho hasta el presente acerca de la antropología de Canarias se debe al sabio Mr. Verneau, ayudante de la clase de Antropología del Museo de Historia Natural de París y comisionado durante cinco años por el Gobierno francés para estudiar la antropología de las Islas Canarias. Aparte de una raza braquicéfala, no bien determinada, de la cual sólo se encuentran escasos vestigios en una de las islas, resulta de las investigaciones de Mr. Verneau que á la llegada de Béthencourt vivían en el Archipiélago Canario dos razas distintas: una la llamada *guanche*; alta, robusta, dolicocefala, de cara ancha y órbitas bajas, que constituía la población más antigua y numerosa, y otra de estatura mediana, fina, también dolicocefala, de rostro largo y estrecho y de órbitas rasgadas. La primera es la antigua raza de Cro-Magnón, determinada y reconocida en Francia por Broca como cuaternaria y paleolítica, y en España después, por el Sr. Antón (1), como de los primeros tiempos de la edad neolítica. La segunda es la bien conocida raza llamada semítica ó siro-árabe.

(1) *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XIII.

El ilustre catedrático de la Central Sr. Antón, haciendo justicia á los grandes méritos de su maestro en el laboratorio de antropología del Museo de París, Mr. Verneau, deduce de los numerosos datos aportados por éste á la ciencia, y de los tomados por él directamente en los cráneos y momias canarios y peninsulares de la colección de antropología del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, que la primera de las dos razas de Verneau, es decir, la guanche, es la llamada por él libio-ibérica, que forma el núcleo de la población de la Península y del Norte de Africa, y parece una derivación de la de Cro-Magnón de la cual difiere por algunos caracteres; y en Canarias, como en España, se encuentra mezclada desde el período neolítico, anterior á la historia escrita, con la raza siro-árabe. De donde deduce que la población indígena de las Islas Canarias es la misma que la española peninsular, y por eso se asimiló tan prontamente la civilización aportada al Archipiélago por los peninsulares durante el siglo XV, y también por eso la población actual canaria no difiere de la peninsular en sus caracteres esenciales de raza. Los canarios no fueron mermados por la invasión castellana, como erróneamente algunos han supuesto. Aislados de la civilización antigua y

medio-eval por dificultades de la navegación, vivieron en plena civilización neolítica hasta el siglo XIV, y al adoptar la civilización hispánica, resultaron tan españoles por su aspecto y por sus aptitudes y caracteres, porque eran de la misma sangre y estaban formados por las mismas razas libio-ibérica y siro-árabe, que desde los primeros tiempos de la época neolítica puebla la Península, el Norte de Africa y las islas Canarias. Asimismo podrá observarse que los cráneos guanches ofrecen una mayor proporción de formas parecidas á las de Cro-Magnón que los actuales cráneos libio-ibéricos españoles; mas esta mayor proporción se encuentra también en los cráneos neolíticos peninsulares, y no altera, antes bien confirma, la verdad de esta teoría fundada por el señor Antón en una detenida comparación de los cráneos canarios y peninsulares, y desarrollada en el curso de Antropología de España que explicó el año 1897 en la Escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid.

Después de estos luminosos datos nada se puede añadir sobre estudio tan interesante; la verdad es que de las teorías expuestas ninguna descansa sobre bases tan firmes como los profundos trabajos de Mr. Verneau, gloria científica de la nación vecina, y las aplicaciones

que de ellos saca el docto catedrático español Sr. Antón.

De inmenso júbilo nos llenamos al consignar, que los peninsulares españoles y los canarios no son hermanos por decretarlo la ambición de una espada que colocara en aquellas islas la bandera que ondeaba en la Península; lo son, no solamente por la identidad psicológica y específica que á todos los hombres comprende, sino también por los accidentes que distinguen á unas razas de otras; parece como que Dios, en sus misteriosos designios, quiso que aquellas islas fueran perlas reservadas para que la gran Isabel las engarzara en la corona que se iba á extender sobre dos mundos, y así ya tenía hecha para España la conquista de este hermoso archipiélago por el sanguíneo lazo, que es lo único que da solidez á esta clase de empresas. La heroica resistencia de los guanches en nada contradice este aserto; la civilización diferente que ambos pueblos profesaban tenía como oculto el afecto de raza, y por esto sólo veían los canarios en los españoles á los invasores de la patria amada; pero, una vez puestos en contacto, pasó lo que siempre ocurre, la superior cultura dominó á la inferior, y postrados los dos pueblos ante la Cruz sacrosanta, y dirigiendo á ella una oración en la

misma lengua, no quedaba en lo íntimo del corazón ningún rescaldo de venganza y odio, pues todos palpitaban impulsados por la misma sangre y vivificados por idéntico oxígeno.

VIII

Nada habla tan en favor de la raza indígena canaria como las expresivas líneas que á estos primitivos pobladores dedican Bontier y Le Verrier: «Id por todo el mundo, dicen los ilustres capellanes de Béthencourt, y casi no hallaréis en ninguna parte personas más hermosas ni gente más gallarda que la de estas islas, tanto hombres como mujeres, además de ser de buen entendimiento si hubiese quien los cultivase» (1).

No obstante la comunidad de origen, existían diferencias características entre los habitantes de unas islas y los de otras, no solamente en tipo, sino también en religión, cons-

(1) *Conquista de Canarias*, cap. 58.

tituciones, costumbres, etc.; así es que, respetando el curso cronológico de la conquista, pues hasta entonces este pueblo era casi desconocido, comenzaremos por las primeras conquistadas, Lanzarote y Fuerteventura, terminando con la importante isla de Tenerife, último baluarte de la independencia guanche.

Según las noticias suministradas por Bontier y Le Verrier, los habitantes de Lanzarote eran gente hermosa; los hombres, dicen, iban desnudos del todo, excepto un manto ó capa hasta la corva, y no se avergonzaban de sus miembros, y las mujeres, bellas y honestas, vestían grandes hopalandas de cuero que arrastraban por el suelo.

El valor y arrojo que demostraron cuando la conquista, les dió fama de valientes, lo mismo que se les reputó y ellos se preciaban de ser buenos arqueros.

Las mujeres eran muy fecundas, existía la degradante poliandria, teniendo la mayor parte de ellas tres maridos, que servían por mes, y aquel que debía tenerla después la servía todo el mes que el otro la poseía y de este modo continuaban turnando. Refieren también que no tenían leche para criar á sus hijos, acostumbrándoles á mamar de las cabras.

En Lanzarote había un Rey gobernando bajo

un régimen absoluto, y según Galindo y Viera, era ornato de su alta jerarquía el bonete real, la corona de pieles cabrinas esmaltada de conchas, lo que copió en parte Bêthencourt cuando tomó el título de Rey de las Canarias, adornando su toca de barón con conchas.

Se sabe por Martín Ruiz de Avendaño, que en 1377 reinaba en Lanzarote Zonzamas, y que sucedían los hijos varones según su edad, exceptuando á las hembras.

Cultivaban la cebada, mantenían ganados y recogían las aguas llovedizas en grandes cisternas; vivían reunidos formando pueblos y las personas de posición tenían sólidas viviendas, existiendo en la actualidad ruinas del palacio de Zonzamas (1).

La afición que mostraban al canto y al baile era propia del carácter africano, como hace notar Berthelot.

Dice Viera que se engañan tanto los que afirman que los habitantes de las Canarias eran idólatras, como aquellos que pretenden librarlos de este borrón; no eran, en su autorizada opinión, más que deístas, ó, si se quiere, profesaban alguna idea obscura de un Ente

(1) Véase *El castillo de Zonzamas*, por D. Antonio María Manrique.

Todopoderoso y Eterno, á quien deben su existencia las criaturas, sin nociones de la inmortalidad del alma ni idea de otra vida más que la presente.

Sin faltar al respeto que nos merece el insigne Viera, no participamos en un todo de su opinión; él mismo se contradice, añadiendo á continuación que los guanches de Tenerife profesaron puras las opiniones en orden á la Esencia Divina, conservando la tradición de un infierno situado en el centro del Pico. Y el embalsamamiento de los cadáveres ¿quién es el que se atrevería á negar que no tuviese el mismo objeto que entre los egipcios, los que creían que al cabo de tres mil años de bienandanza tornaba el alma á animar el cuerpo primitivo para vivir otra vida humana? Además, pueblos presenta la historia, de muy inferior cultura que el guanche, profesando ideas en una vida sobrenatural; ésta es una aspiración esencial en todas las almas, manantial de consoladores bálsamos para sufrir resignados todos los infortunios de esta vida, y que Dios, en su infinita misericordia, no niega á ninguna criatura racional al surcar el proceloso mar de este mundo, que siempre deja ver en su horizonte la redentora luz de la esperanza.

Los habitantes de Lanzarote convertían sus

montañas en altares, y subían á las cumbres á rendir culto á Dios, é imploraban su protección levantando las manos y derramando jarros de leche como ofrenda.

La población de Fuerteventura ofrece una gran semejanza con la de Lanzarote, hasta el punto de confundirse muchas veces estos pobladores de las dos islas gemelas.

Los naturales de dicha isla eran fuertes y valerosos: Galindo dice que vestían con más regularidad que los de Lanzarote, siendo los tamarcos ó casaquillas de más gusto, ofreciéndonos su indumentaria, como hace notar Viera, un pueblo bárbaro, pero respetable y heroico.

Esta isla tenía una muralla gigantesca, de Oriente á Occidente, por espacio de cuatro leguas, y dividía el país en dos principados: el de Májorata, al Norte, que comprendía la mayor parte, y el de Jandia, al Sur, en la parte de la península del mismo nombre.

Los capellanes de Bêthencourt omiten los usos y costumbres de los habitantes de Jandia, no encontrándose en sus profundos barrancos vestigios de habitación, y esto hace presumir que vivían como los guanches del Occidente del Archipiélago, que tenían las cavernas por moradas; pero aún las observaciones hechas

no han tenido el éxito que en las otras islas.

Los de Majorata se distinguían por su elevada estatura y agilidad; Galindo nos describe los ejercicios gimnásticos, en que manifiestan estos isleños no tener rivales en saltar.

Tenían frecuentes desafíos, y empleaban los campeones el venablo; en medio de la rudeza de costumbres, abrigaban nobles sentimientos; la traición era castigada con pena de muerte; no así otros actos reprochables de osadía verdaderamente criminales, como el no poder alcanzar la ley á aquel que penetraba por la puerta en casa del enemigo, aunque le hiriese ó matase.

Sus alimentos eran análogos á los usados por los de Lanzarote: leche, carne, higos, dátiles y el grano reducido á harina después de haberlo tostado, que llamaban *gofio*, alimento que hoy se usa en las islas, designándosele con el mismo nombre, y se diferencia del de los guanches en que este era sólo de cebada; desconocían las demás clases, siendo en la actualidad de maíz y trigo, por más que también se usan otros cereales (1).

(1) El *gofio* es el sostén de la clase pobre en Canarias, y á la manera que el infeliz mendigo aspira en la Península sólo á un pedazo de pan, allí piden un

Galindo refiere que los de esta isla eran grandes nadadores y que se servían de dardos para arponar los pescados á lo largo de la costa.

Obtenían el fuego frotando un palito duro sobre un pedazo de madera tierna y muy seca, utilizando el humo para curar la carne.

Se medicinaban con hierbas, extrayendo el jugo, haciendo de las piedras cortantes bisturíes y aplicaban muchas veces el fuego, curando después la parte que dejaban en carne viva con manteca de cabra.

Sus viviendas no dejaban de ser originales; las casas eran de piedra, pero subterráneas; aún existen algunas, que los isleños llaman casas hondas.

El culto que éstos profesaban nos recuerda algunas prácticas y costumbres de la Mitología griega y romana: además de los *esqueues* ó adoratorios de piedra, donde sacrificaban al Todopoderoso gran parte de leche y manteca, se hicieron muy célebres dos mujeres llamadas

poco de gofio, limosna que siempre alcanza, hasta el punto de que podemos los canarios tener la cristiana satisfacción de ver que nadie se muere de hambre en las islas, pues hasta en tiempo de escasez, de la raíz del helecho se hace gofio, que sustituye al de cereales, que es el corriente.

Tamonante y Tibabrin, que desempeñaban los mismos papeles que la Pitonisa y la Sibila.

Bontier y Le Verrier notaron en los habitantes de Fuerteventura ritos supersticiosos, que atribuyeron con fundamento á la malicia de estas farsantes.

IX

Al ocuparnos de los usos y costumbres de los habitantes del Hierro, tenemos que guiarnos por Galindo, que escribió según las tradiciones, lamentando mucho que Bontier y Le Verrier hayan dicho muy poco sobre los naturales de la mencionada isla.

Los habitantes del Hierro eran de mediana estatura, pero fuertes, ágiles y animosos, predominando en las expansiones de su espíritu la nota melancólica.

Sus costumbres respecto al matrimonio son mucho más dignas que las que hasta ahora conocemos; la degradante poliandria y envilecida poligamia no se avenían con sus hábitos, en este particular los más puros que podía observar un pueblo prehistórico; practicaban la

monogamia y respetaban para los enlaces la afinidad de sangre, siendo requisito indispensable que el corazón del novio se sintiera esclavizado por la mujer que amaba y tener algunas cabezas de ganado que regalar á los padres de ésta.

El pueblo tenía una organización política verdaderamente patriarcal; un solo Príncipe gobernaba toda la isla; sus súbditos no le creaban dificultades, y todos contribuían con un tributo, en armonía con la riqueza que poseían, para el sostenimiento de este paternal estado.

Sus trajes eran casi idénticos á los de Fuerteventura.

Las viviendas consistían en edificios circulares sostenidos por un muro y cubiertos con ramas de árboles, por más que por la parte del litoral habitaban las grutas, moradas predilectas del pueblo guanche en general.

Los alimentos eran los mismos que ya conocemos, teniendo una afición muy particular por la carne de lagartos y sentían aún más predilección por las ovejas gordas, que denominaban *jahaques*, lo mismo que por los mariscos.

Se dice que los herreños fabricaban una bebida espirituosa, obteniendo ésta de cierto jugo de una fruta silvestre parecida á la cereza, opi-

nando alguien que este licor lo extraían del fruto del mocan.

La isla del Hierro es pobrísima en agua, privándola así la naturaleza de uno de sus dones principales, y hé aquí el lugar oportuno para decir algo del famoso árbol que fué para los habitantes de esta isla lo que el maná al pueblo hebreo, cuando se purificaba en el desierto para ser digno de pisar tierra de promisión.

Textualmente copiaremos la relación hecha por el P. Fr. Juan de Abreu Galindo, que refiere hizo en persona una visita al árbol y pudo observar con asombro lo que á continuación se consigna:

«El lugar y término donde está este árbol se llama Tihulahe, y es una cañada que va por un valle arriba, desde la mar á dar á un frontón de risco, donde está nacido el árbol santo, que dicen llamarse en su lengua Garoé, el cual por tantos años se ha conservado sano, entero y fresco, cuyas hojas destilan tanta y tan continua agua que da de beber á la isla toda: habiendo proveído naturaleza esta milagrosa fuente á la sequedad y necesidad de la misma tierra. Está de la mar como legua y media, y no se sabe qué especie de árbol sea, más que quieren decir es tilo, sin que de su especie haya otro árbol allí. El tronco tiene de circuito y grosor doce palmos y de ancho cuatro pal-

mos, y de alto tiene cuarenta desde el pie hasta lo más alto, y la copa, en redondo, ciento veinte pies de torno. Las ramas, muy extendidas y coposas, muy altas de la tierra. Su fruto es como bellota con su capillo y fruto como piñón, gustoso al comer, aromático, aunque más blando. Jamás pierde este árbol la hoja, la cual es como la hoja de laurel, aunque más grande, ancha y encorvada, con verdor perpetuo, porque la hoja que se seca se cae luego y queda siempre la verde. Está abrazada á este árbol una zarza que coge y cierra muchos de sus ramos. Cerca de este árbol, en su contorno, hay algunas hayas, brezos y zarzas. Desde su tronco ó planta, á la parte del Norte, están dos tanques ó pilas grandes, cada una de ellas de veinte pies de cuadrado. y de hondura de diez y seis palmos, hechas de piedra tosca que las divide, para que, gastada el agua del uno, se pueda limpiar sin que lo estorbe el agua del otro.»

«La manera que tiene de destilar el agua de este árbol santo, ó Garoé, es que todos los días por la mañana se levanta una nube ó niebla de la mar, cerca de este valle, la cual va subiendo con el viento Sur ó Levante por la marina la cañada arriba hasta dar con el frontón, y como halla allí á este árbol espeso, de muchas hojas, asiéntase en él la nube ó niebla, y

recógela en sí, y vase deshaciendo y destilando el agua que recogió, y lo mismo hacen los brezos que están en aquel contorno cerca del árbol, sino que como tienen la hoja más disminuida, no recogen tanta agua como el tilo, que es muy ancho, y esa que recogen también la aprovechan aunque es poca, que sólo se hace caudal del agua que destila el Garoé, la cual es bastante á dar agua para los vecinos y ganados, juntamente con la que queda del invierno, recogida por los charcos de los barrancos, y cuando el año es de muchos levantes, hay aquel año mayor copia de agua; porque con este viento levante son mayores las nieblas y las destilaciones más abundantes. Cógense cada día más de veinte botas de agua.»

»Está junto á este árbol un guarda que tiene puesto el consejo, con casa y salario, el cual da á cada vecino siete botijas de agua, sin la que se da á los señores de la isla y gente principal, que es otra mucha cantidad. Serán los vecinos de esta isla del Hierro como 230, y en ellos más de 1.000 personas, y á todos sustenta de beber este árbol (1); y porque junto al

(1) Jerónimo Cardano, calculando la cantidad de agua que debía sudar este árbol para el abasto de los isleños, hace cómputo de 79 libras por día.

pueblo que antiguamente llamaban Amoco y al presente Valverde no había otra agua de que se proveer, la llamaron los antiguos que escribieron Ombríos, dando á entender que de solo agua llovediza se sustentaban.»

Infinidad de pareceres se han emitido sobre esta narración del famoso árbol, produciéndose, como siempre acontece cuando se discuten cosas que no son las corrientes en la vida, el acaloramiento y la pasión de ánimo, ya en un sentido afirmativo ó negativo; ambas opiniones las sustentan hombres de reconocida autoridad, pero nadie trata el particular con la serenidad de juicio é imparcialidad que nuestro Viera, y al ocuparse de este árbol extraordinario, cuya ruina se creyó efecto de un huracán, después de examinar una por una las diversas opiniones de los críticos, concluye diciendo, sin temor de ser desmentido, que «la bebida de los antiguos herreños corría en cierto modo por cuenta de una Providencia poco común, y que los isleños circunvecinos debían mirarlos como á unos hombres favorecidos de la naturaleza».

Los herreños creían que la Divinidad bajaba desde el cielo y les oía en sus súplicas sobre dos peñascos que están en Bentaycas, que por este motivo divinizaron, hasta el punto de ju-

rar por ellos, llamándolos Eraozanhan y Moreyba, el primero reverenciado por los hombres y el segundo por las mujeres.

Cuando tardaban las lluvias iban en procesión á estos riscos, rodeándolos y haciendo rigurosos ayunos, á la par que dando voces lastimeras con el fin de ablandar en su beneficio al Supremo Ser, y si esto no bastaba, entonces el más hipócrita se retiraba á la cueva de Asteheyta invocando al Superior Numen, fingiendo se le aparecía un cerdo que él traía de antemano en su tamarco, y presentándose á la asamblea del pueblo, quedaba preso el intercesor hasta que llovía en abundancia.

Los habitantes de la Gomera, en estatura y fisonomía, casi no se diferenciaban de los del Hierro; únicamente la tez era en los gomeritas más morena.

El carácter de los moradores de esta isla era muy distinto del de los herreños: todo lo que éstos tenían de pacíficos tenían los gomeros de belicosos, adquiriendo celebridad por la gran ligereza é intrepidez que los distinguía, debido á la educación guerrera, parecida á la espartana, que se les daba desde los primeros años (1).

(1) La manera que tenían para aprender á saltar,

Se hallaban divididos en cuatro tribus que reconocían una autoridad suprema; mientras esta confederación existió, fueron poderosos; pero una vez roto este vínculo, cosa conveniente para la dominación, ellos mismos, inconscientemente, hacían la causa de los conquistadores, destrozándose entre sí; y con todo, cuál sería el espíritu belicoso é independiente de estos habitantes, que ni Bethencourt ni Maciot lograron conquistarles, y Hernán Peraza se veía en aprieto para contener las insurrecciones que los jefes gomeras suscitaban.

Los trajes que usaban se diferenciaban del de sus vecinos: el tamarco era más largo, y lo teñían de encarnado ó violado con la raíz del taginaste; las mujeres hacían sus sayas de piel de carnero y se calzaban con sandalias de piel de cerdo.

Las grutas naturales les servían de viviendas.

Utilizaban análogos alimentos que los demás isleños; la fertilidad de su suelo les suministraba en abundancia medios de vida, creciendo en

que les hacía lucir su extraordinaria ligereza en los combates, no deja de ser original. Sin separar los pies del espacio marcado, se les arrojaba primero bolitas de arcilla; familiarizados con esto, se les tiraba piedras, luego venablos sin punta y, por último, venablos aguzados por un extremo.

los hermosos valles la palmera, de cuya savia sacaban la miel de palma, rico licor fermentado que aún en la actualidad se cultiva.

Lástima que pueblo tan independiente y valeroso tuviera un concepto erróneo de la honra de la mujer, poniendo á la disposición de sus huéspedes y amigos los hñores del lecho nupcial (1); á esto atribuye Viera la preferencia que tenían los hermanos para la sucesión sobre los hijos.

Respecto de la religión de los gomeros, escasos datos nos proporcionan los historiadores; según Azurara (2), no tenían «ninguna enseñanza de ley, sino sólo la creencia en que hay Dios». Sin embargo, describiendo la meseta de basalto llamada *La Fortaleza*, en los términos de Chipude, dice D. Juan Béthencourt y Alfonso: «Cuando concluimos de recorrer la meseta, que bautizaríamos con el nombre de *Montaña sagrada* si tuviéramos autoridad para ello, á

(1) Galindo da noticia de esta costumbre. En un pasaje del *Tratado de las navegaciones y de los viajes*, de Bergeron, edic. en 8.º, pág. 209, también se menciona; por este motivo los hijos de las hermanas, no los suyos, eran herederos, como en Calicut y otros puntos de Oriente.

(2) Gomes Eannes de Azurara, *Conquista de Guinea*.

duras penas podíamos contener nuestra emoción al contemplar desde aquellas alturas el singular paisaje que por todas partes se descubre, y al trasladarnos con la imaginación á aquellos tiempos remotos en que los antiguos gomeros, á semejanza de los primitivos persas, tenían por Dios á las sorprendentes y poderosas manifestaciones de vitalidad de la Naturaleza, por templo una montaña, por altar un tosco pireo y por ofrendas cabritos y libaciones de leche (1).

(1) *Notas para los estudios prehistóricos de las islas de Gomera y Hierro* (Revista de Canarias).

X

Los habitantes de Gran Canaria, á juzgar por la descripción de los cuatro prisioneros hechos en la expedición llevada á cabo por Angiolino dei Tegghia, tenían hermosas facciones, sus cabelleras largas de un rubio dorado, membrudos, atrevidos y vigorosos, y con igual estatura que los europeos.

El piloto de esta célebre expedición dice que en su mayoría andaban desnudos los indígenas, cosa que no debemos admitir, pues Gran Canaria era una de las islas más adelantadas, y no iban las otras, de inferior cultura, á poseer ideas de honestidad desconocidas por éstos; tribus hay hoy mucho más bárbaras que lo fueron los canarios, con una indumentaria decorosa y hasta si se quiere estética; así es

que no podemos asentir con una afirmación que, de no incluirla en el número de las falsas, por lo menos se tiene bien ganada la calificación de ligera.

Vestían toneletes de pieles de cabra y tejidos de junco ó palma, diferenciándose el delantal del jefe en que era de hojas de palmera, mientras que los otros eran de junco pintado de amarillo ó rojo. Viera habla de las gorras de piel de cabra hechas de una sola pieza, noticia que toma de sus antecesores, de las sayas cortas que usaban las mujeres, y de los juncos pintados que entrelazados en los cabellos les servían de adorno.

Bontier y Le Verrier hacen notar que estos insulares se pintaban la piel de sus cuerpos, y llevaban divisas dibujadas sobre sus carnes de diferentes modos, cada uno según su capricho.

En Gran Canaria la ley no permitía al hombre sino una sola mujer; éstas tenían que ser hermosas, las delgadas no tenían aceptación y las podía repudiar el esposo; así es que los padres, desde que sus hijas eran prometidas, todo su anhelo consistía en nutrirlas, con objeto de que llevaran al matrimonio el mérito de la gordura.

Esta costumbre parece de primera intención inmoral, pero bien examinada, está justificada

en un pueblo de índole guerrera; con esto se quería evitar el raquitismo, que hace degenerar á las sociedades que todo lo esperan de la fuerza y destreza de sus individuos.

La monogamia, que tan en favor habla de los pueblos que sin haber recibido las primeras luces de la verdadera civilización la han practicado, queda en esta isla como manchada, y viene á ser flor que ha perdido todo su perfume; el derecho de primicias que disfrutaban los personajes desvirtúa tan hermosa costumbre haciendo que la que iba á ser madre ingresase en el hogar prostituída.

Existía una práctica que merece mención aparte por las deducciones que de ella se han sacado: á los recién nacidos se les lavaba la cabeza por una mujer de la c'ase de las *Maguadas*, y así como unos han querido ver en esto restos de un antiguo cristianismo, otros lo desmienten en absoluto.

Los canarios, como los guanches de las otras islas, tuvieron por viviendas favoritas las cuevas, pero no por eso desconocieron superior arte de construcción, como lo atestiguan restos de sus monumentos verdaderamente notables para el estado inculto de esta isla, que sobresalió muy por encima de sus hermanas en la edificación.

Los navegantes de Alfonso IV se asombraron de los edificios que construían estos isleños, dice la relación de estos expedicionarios; «las puertas que cerraban las habitaciones era de lo más sólidas, puesto que los aventureros se vieron obligados á romperlas á pedradas para poder entrar; añadían: las casas eran todas muy hermosas, cubiertas de bonitas maderas, y tan limpias por dentro que se hubiera dicho que habían sido blanqueadas con yeso». Había pueblos que contenían cerca de 400 casas como las indicadas, formando población.

Conocidos los alimentos empleados para la vida por los habitantes de una isla, casi se conoce el de todas; pero los de la Gran Canaria sacaban grandes recursos al hallarse más adelantados en la agricultura; así es que los enviados de Alfonso IV encontraron excelentes manjares.

Preferían la carne al pescado, que también lo tenían inmejorable, y entre sus gustos particulares figuraban en primera línea los lechones asados y los perritos castrados, que era el bocado de mayor estima; desconocían las bebidas fermentadas, y sólo hacían uso de la abundante agua, que tanto hermosea la isla.

Gran Canaria estuvo dividida en un princi-

pio en diez tribus independientes: Gáldar, Telde, Agüimes, Tejeda, Aquejata, Agaete, Tamaraceite, Artebirgo, Artiacar y Arucas; estos pequeños reinos fueron reducidos á la unidad por la célebre Andamana, heroína de la historia indígena canaria, que supo con su audacia y habilidad convertirse en una diosa de la isla y á la vez hacer de sus palabras sentencias oraculares. Se casó con Gumidafe, intrépido guerrero que dirigió con gran valor el ejército que ella reclutaba para imponer su autoridad soberana á la diez tribus, como al fin lo consiguió.

La jerarquía social estaba constituida por el Guanarteme ó Rey, los guayres ó nobles y los achicasna ó plebeyos, que llevaban el cabello corto.

Azurara nos da algunas noticias de los privilegios que gozaban los guayres, quienes á su vez eran los ministros, en número de seis, elegidos por el Guanarteme, siendo curiosa la manera que tenía el Faican ó gran sacerdote de armarlos caballeros, y se descubre, en medio de la rudeza de costumbres, un espíritu de gentileza que expresaba claramente las bellas cualidades que debían adornar al noble.

Se reunían en asamblea, que denominaban *sabor* ó *tabor*, donde celebraban consejo y sus

fiestas principales; también era el lugar donde cada jefe administraba justicia.

Eran los canarios muy aficionados á ejercicios de fuerza; ¿quién no sabe lo que se cuenta de Adargoma, el que abatía de una pedrada la palma que tomaba por blanco, y el que llevaba á su boca una vasija llena de agua y no derramaba una gota, aunque otro hombre, con la fuerza de sus dos brazos, quisiera impedirselo? Lo mismo que lo que hizo en un combate singular, que cayendo debajo de su enemigo, le estrechó con tanta fuerza que se oyó el crujido de los huesos de su adversario Gariraygua, que no tardó en exhalar el último suspiro. Este Hércules fué hecho prisionero por el alférez Sotomayor en el combate de Guinguada, y enviado á Sevilla, fué admiración de los españoles.

El pugilato era muy usado en Gran Canaria; pero en lo que Abreu Galindo cree que los canarios no reconocían rivales fué en el trepar, sentando la planta estos indígenas en sitios donde las mismas aves, con el poderoso auxilio de sus alas, parecía imposible detuvieran su vuelo; asegura haber visto postes en las crestas más elevadas de la isla, y en sus riscos, al parecer inaccesibles, dando fe y recordando una agilidad y arrojo nunca vistos.

Gomara, en su *Historia de las Indias*, habla

de los bonitos pájaros y del expresivo baile canario, introducido en Andalucía por los cautivos isleños.

Á pesar de lo que dice Viera respecto á que los canarios embalsamaban sus cadáveres atados con listones de piel, envueltos en tamarcos, y colocados de pie en las grutas que hacían de sepulcros, cree Berthelot que esto se desvanece considerando que jamás se han encontrado momias en las cuevas de Canaria, verificándose en esta isla las inhumaciones en forma distinta y muy particular. Los habitantes de dicha región elegían el terreno volcánico para cementerios, como la península de la Isleta, y en grandes fosas de 6 á 8 pies de profundidad colocaban el cadáver con la cabeza hacia el Norte y alrededor del cuerpo ponían muchos frutos de la Orijama de los aborígenes, con objeto de retrasar la putrefacción; así se han encontrado muchos esqueletos en esos sarcófagos, que tenían por lápida piedras acumuladas afectando la forma de pirámides, detalles que con seguridad no han pasado inadvertidos á los que sostienen, como el Sr. Antón, la igualdad de raza entre los guanches, pobladores del Norte de África y los de la Península española.

Los indígenas de esta isla reconocían la existencia de un Ser Supremo, fijándose más en el

carácter de conservador que en el de creador, a quien llamaban *Alcorac*, y le tributaban culto en lo alto de las cumbres ó en pequeños adoratorios, donde los navegantes de Alfonso IV encontraron el ídolo que llevaron á Lisboa. Andrés Bernáldez (1) en sus anotaciones describe un cuadro de naturalismo grosero, cuyas figuras de madera eran ídolos de adoración. No desmentiremos á Bernáldez ni es nuestro afán idealizar lo material y obscuro disculpando así las ideas profesadas por los de Gran Canaria; pero no hay que olvidar que aun los pasajes de nuestra Biblia, donde no se debiera ver otra cosa que escenas de espiritualidad tan hermosas que nos acercan al cielo, han sido tergiversadas por la mala fe ó ignorancia de algunos comentadores que han hecho del divino libro, tan admirablemente sentido y comprendido por el inmortal Donoso, una obra material é inspiradora del sensualismo que por todas partes intenta invadirnos.

Presidía el culto el Faican ó gran sacerdote, que tenía autoridad de príncipe, tomando parte las harimaguadas, que eran como unas vírgenes vestales ó monjas, que vivían recogidas, se alimentaban de limosnas y se vestían con

(1) *Historia de los Reyes Católicos.*

grandes pieles blancas, describiéndonos D. Pedro del Castillo sus viviendas, tan parecidas á los conventos, de la siguiente manera: «La entrada es un grande arco, al que sigue un largo salón, y á uno y á otro lado se ven con perfecta simetría ciertas celdillas ó aposentos, colocados unos sobre otros, cada cual con su ventana al barranco. Están en la misma entrada dos torreones á los cuales se sube por dentro. Las hijas de los nobles se educan en estos seminarios hasta los veinte años, de donde no salían sino para casarse» (1). El convento que él examinó se halla sobre la eminencia de un peñasco en el barranco de Valerón, abierto en sus concavidades.

Las ofrendas de estas vírgenes consistían en libaciones de leche, así es que el culto, por lo que respecta á las harimaguadas no podía ser más poético; también quemaban olorosos frutos, y por la dirección del humo pretendían adivinar las cosas.

Las altas cimas de Tirma y los riscos de Umiaya tenían carácter sagrado; se juraba por ellos, y en las grandes calamidades se iba en procesión á uno de éstos, rompiéndose vasijas

(1) Castillo y Ruiz de Vergara, *Descripción histórica y geográfica de las islas de Canaria*.

llenas de leche y manteca, ofrenda que hacían para que se oyeran sus ruegos. También azotaban á las olas y entonaban tristes endechas.

Hé aquí la más esencial de las ideas y prácticas religiosas de los de Gran Canaria; todas sus creencias y ceremonias dejan ver un pueblo con temperamento de artista; las ofrendas y libaciones no podían ser más bellas; la blanca leche y el humo de frutos olorosos, grato tenía que resultar á los ojos del Altísimo, considerando que eran tributados por un pueblo que no había oído las notas que David arrancó á su arpa ni la evangélica parábola, y también la casta vida de las harimaguadas que, sin haber recibido del cielo la verdadera gracia, sabían con su conducta mitigar sus iras y con sus expresivos rostros y blancas túnicas causar envidia á las mismas estrellas.

XI

La población primitiva de la isla de la Palma pertenecía á la gran tribu de los hoaurythes; según Viera, «los palmeros eran robustos y de más sobresaliente estatura que los otros isleños, y sus mujeres (que también estaban dotadas de un gallardo talle) eran tan varoniles que solían eclipsar con sus proezas las grandes hazañas de los hombres».

«Hay también obscuridad en las necesidades morales de los guanches palmeros. Ignórase cómo se verificaban sus matrimonios, si la fidelidad conyugal era observada, si el hombre era monógamo, polígamo ó las mujeres poliandras, como en muchas de las otras islas. Si existía el divorcio ó el repudio, si era admitida la prostitución y cuál era el concepto so-

cial de la palmera. No se tiene seguridad completa de cuáles eran los vínculos de la familia, ni si el padre era respetado por el hijo, ni si aquél era amado por éste. Sábese tan sólo por tradición que la mujer defendía su honor del extranjero, prefiriendo antes morir que la deshonra; que en las guerras retiraban los ancianos á las cumbres juntamente con las mujeres y los niños, lo que demuestra que tenían sentimientos humanitarios y no querían exponerlos á una muerte de la que no podían defenderse por su edad y condiciones» (1).

Se hallaban establecidos en cuevas; la de Carias era de las más espaciosas y fué morada del Príncipe de Tedote (2).

Hacían sus vestidos de pieles de ovejas y cabras y se calzaban como los gomeros. Las espigas de pescado les servían de agujas con punzones de hueso sumamente pulimentados. De barro cocido hacían cuentas para adornarse, y de dos piedras circulares perfectamente labradas, los molinos que movían por medio de un palo.

(1) Pedro J. de las Casas Pestana, *Historia de la Palma*.

(2) En ella se celebró después de la conquista el primer cabildo presidido por el Adelantado.

El barro lo utilizaban también para construir vasijas, y depositar los líquidos, lo mismo que la piel de los cabritos para hacer los zurrones donde guardaban el gofio (1).

Sus alimentos consistían en leche mezclada con gofio, carne de cabra y frutas silvestres; no conocían las legumbres ni los cereales, así es que el gofio era de la semilla de la planta llamada amegante y de la raíz del helecho; la pesca y la caza también la ignoraban lo mismo que la agricultura (2).

Según Abreu Galindo, la Palma se hallaba dividida entre doce capitanes, por consiguiente había doce cantones ó reinos, recibiendo las denominaciones de Aridane, Tihuya, Tamanca, Ahen-guareme, Tigalate, Tedote, Tenagua, Adeyamén, Tagaragre, Galguén, Hiscaguán y Aceró.

Viera denomina á estos insulares los espartanos de las Canarias, pues encontraba en

(1) En el Museo de Santa Cruz de la Palma se conservan infinidad de objetos guanches que revelan cierto gusto. La isla de la Palma tiene este centro de cultura que para sí lo quisieran muchas capitales de provincia, por consagrarse á él con perseverante entusiasmo D. Laudelino Barreda y Brito y D. Luis Vandewalle y Pinto.

(2) Pizarroso, *Los aborígenes de Canarias*.

ellos muchas cualidades comunes con los lacedemonios.

Lo que no deja de ser una afirmación gratuita es la nota de cobardes que algunos les dan; como Núñez de Peña y Espinosa; pero Galindo y Viera refutan de una manera incontestable tal inexactitud: las guerras civiles sostenidas por los cantones mencionados y las proezas de las célebres mujeres, la hermana de Guarehavu y Guarynfanta, lo mismo que la resistencia que hasta la conquista presentan á todo invasor, habla muy en favor del valor de este pueblo, que si bien tuvo once reinos débiles ante las miras de Alonso de Lugo, le bastó uno solo, el de Aceró, para escribir la página más brillante de la independencia guanche.

Es casi seguro que estos isleños conocían la escritura; la inscripción de Belmaco, cueva habitada por el príncipe de Tigalate, presenta grandes semejanzas con la encontrada por don Antonino Pestana en el sitio llamado la Cruz de la Pasión, cantón de Guelguen (hoy Garafía), siendo esto un sólido fundamento para inclinarnos á creer que fijaban el pensamiento, pues es raro que, siendo como algunos opinan estas inscripciones dibujos de fantasía, se asemejen tanto.

El carácter de los palmeros era muy me-

lancólico, hasta el extremo de que cuando se sentían enfermos sin esperanzas de recobrar la salud, se negaban á medicinarse, y después de despedirse de los parientes que nunca contradecían sus deseos, se hacían llevar á las cuevas que elegían, donde se les acostaba, en camas cubiertas con pieles, con la cabeza hacia el Norte, y se les ponía á su lado un poco de leche antes de tapiar la entrada, y allí morían con un estoicismo nunca visto ni practicado, que el mismo Epicteto admiraría.

Los palmeros creían que Dios, á quien llamaban *Abora*, habitaba en lo más alto del cielo y que desde allí ponía en acción todo el Universo. Esta idea grandiosa de concebir al Supremo Ser, propia de un pueblo civilizado, no fué expresada en el culto externo con la fidelidad que exigía tan pura concepción, por más que, como representaban tan alta idea, tampoco nos autoriza para afirmar con Galindo que dice fueron idólatras.

Cada reino ó cantón tenía una elevada pirámide de piedras sueltas, concurrían á su alrededor los días solemnes todos los que vivían en su término ó jurisdicción y practicaban devociones que nada tenían de austeras, como bailes, músicas, luchas y otros juegos por el estilo; pero hay que hacer constar que *Abora*

no era el ídolo pirámide, él continuaba habitando en los cielos, con esto se le reverenciaba, y á la verdad, ya que no tuvieran las luces necesarias para adorarle en espíritu, ó contemplando la gran obra de la naturaleza, mirándola siempre como efecto de su omnipotente poder; lo que guardaba armonía con ese monoteísmo hermoso para un pueblo bárbaro como el palmero, mil veces preferible es, la exteriorización de sus creencias, que aquellas practicadas por la mayoría de los pueblos orientales, por el mismo Egipto postrado ante un hipopótamo y por aquella Roma, cuyo estado moral refleja perfectamente Juvenal en su fina sátira cuando los admiraba por la facilidad con que de sus huertos sacaban dioses.

En el famoso reino ó señorío de Aceró la misma naturaleza había hecho esta pirámide; se levanta entre dos arroyos un elevado peñasco que mide cien brazas, al que llamaban *Idafe*. En el culto que practicaban á este risco tenía más parte el miedo que la religión, como hace notar el insigne Viera, pues recibían que si llegaba á desprenderse arruinaba toda la comarca, y para tenerlo de su parte iban á ofrecerle las asaduras de los animales que mataban, presentándose dos con esta ofrenda y entablándose este brevisimo diálogo:

Iguida iguan Idafe (¿cosa que caerá, Idafe?), respondiendo la otra: *Guerye iguan tanó* (dale lo que traes y no caerá). La ofrenda se arrojaba al peñasco y los cuervos se beneficiaban de esta superstición, que tanto afea con las orgías de los otros cantones el culto tributado á Abora, que para ser del todo poético hubiesen bastado algunas penitencias como las de los herreños y las ofrendas y libaciones de los de Lanzarote, pues así la gran idea concebida hubiera tenido digna representación.

XII

Los guanches de Tenerife se distinguían, en su aspecto físico, por su hercúlea fuerza, gran agilidad, estatura bien desarrollada y una expresión sumamente agradable.

Los que habitaban la parte Sur de la isla, según Espinosa y se observa en la actualidad, tenían la piel morena, predominando el color blanco en los del Norte, cuyas mujeres llamaban la atención por su hermosura y rubios cabellos.

Vestían casi igual á los de las vecinas islas, el tamarco, y además éstos usaban las *huir-mas*, que eran especie de mangas para cubrirse los brazos y las piernas, que con lo que llamaban recreos ó sandalias, como las usadas en muchas regiones de España, constituyen el traje general.

Las mujeres tenían en esta isla cierta coquetería para vestir, revelando en algunas cosas buen gusto; el tamarco lo usaban corto y ajustado á la cintura, lo que les daba esbeltez, arrollando á sus cuellos sargas de conchitas entretejidas con ámbar, adorno que hacía resaltar más la atractiva belleza que les era peculiar.

Ya hemos señalado la predilección tan grande que tenían estos indígenas canarios para hacer de las cuevas sus viviendas, pero en ninguna isla fué ésta tan acentuada como en Tenerife. Verdad es que aquí la naturaleza volcánica del terreno las ofrecía espaciosas, prefiriendo los guanches las del litoral para invernar, y para los meses de estío las del interior, próximas á sus montes, notándose en las que aún se conservan en el litoral, ó sea las de invierno, que en su mayoría las ha hecho la mano del hombre en la roca viva. Están reputadas como las mejores las de Guimar, denominadas «Cuevas de los Reyes».

No por esto desconocieron los guanches tenerfeños la construcción de casas, hechas con piedras y cubiertas con paja y helechos, según asegura Viera; pero estas habitaciones no estaban generalizadas.

Los alimentos usados por los habitantes de

Tenerife casi que ya los conocemos después de haber tratado de los de las otras islas; basta decir que era próspera en todos, y que sus moradores sentían gusto particular por los cabritos y conejos salvajes, lo mismo que por las sabrosas frutas, como la del mocán, que designaban con el nombre de *hoya*, y que también les servía para sacar de su jugo un rico y exquisito licor. Asimismo se entregaban á la pesca desde la playa, pues no tenían idea de la navegación, cosa que debió advertir á Bory de Saint-Vincent que las canciones que consigna en sus *Ensayos* están huérfanas de fundamento, por más que pródigas de poesía.

Estos isleños eran muy industriosos, fabricaban esteras, cestas, tabiques de cañizos, redes de junco, vasijas de arcilla ó de madera dura, agujas y anzuelos de hueso; de tierra cocida hacían granos cilíndricos que les servían para collares, no teniendo rivales en el Archipiélago en los curtidos y preparación de pieles, llamando también la atención el color y brillo que les daban, que, como dice un distinguidísimo historiador, no desmerecían comparándolas con las de Mogador y Taflete.

Viera y otros escritores refieren que conocieron el arte del dibujo, y Viana nos habla del retrato de la Princesa Guacimara, «pintado

sobre madera con negro de carbón, ocre, jugo de yerbas y leche de higuera salvaje» (1).

Parece natural que, conociendo el dibujo y la pintura, como afirman algunos, poseyesen el arte de la escritura. Mi respetable maestro, el erudito hijo de la ciudad de San Cristóbal de la Laguna D. Manuel de Ossuna, es autor del trabajo más importante sobre esto. Da cuenta en su célebre *Inscripción de Anaga* de ciertos signos grabados en una piedra en los siglos III ó II antes de J. C., cuyo descubrimiento parece desmentir las aseveraciones de Sedeño, Gómez Escudero, Espinosa, Mesa y Benítez, Abreu Galindo, Viera, Berthelot, Millares y demás historiadores que aseguran que los antiguos guanches desconocieron en absoluto el arte de representar sus ideas por medio del jeroglífico dibujado ó la palabra escrita (2).

(1) Antonio de Viana, *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, canto III:

Ponen los ojos todos al instante
en la tabla y figura bien pintada
con tinta de carbón, almagro y zumos
de varias yerbas y la blanca leche
de silvestres higueras, y aunque toscos
los matices, curiosa la hechura,
y al vivo la figura semejante.

(2) Ossuna y Vandenheede, *La inscripción de Anaga (Tenerife)*, 1889.

Conocida á grandes rasgos la vida exterior y rudimentaria de estos guanches, fáltanos lo más esencial para formarnos perfecto concepto de ellos con relación á la verdadera civilización y, por consiguiente, tratar de la familia, el estado y la religión, siendo esto último la síntesis de la vida entera y el mejor barómetro para apreciar su cultura.

Dice el P. Espinosa que existía el matrimonio por el mutuo y libre consentimiento de las partes. De él transcribimos lo siguiente: «En agradando al varon alguna mujer, fuese doncella, viuda ó repudiada de otro, pedíala á sus padres, si los tenía, y si ellos consentían, sin otra ceremonia ni concierto quedaban casados con el consentimiento de ambos; y tenían las mujeres que querian y podían sustentar» (1).

Expresándose en estos términos Espinosa y en otros parecidos Cadamosto, diciendo ambos que tuvieron ocasión de hablar con algunos guanches y saber directamente sus usos y costumbres, no seremos nosotros los que neguemos que practicaron la poligamia estos isleños; pero debemos consignar cómo esto se halla en visible contradicción con el respeto que á la mujer se tenía, llegando al extremo de

(1) Espinosa, pág. 12.

que el hombre, al encontrarse en su camino con una mujer, debía pararse y dejarla pasar sin dirigirle la palabra(1). Sabido es que en los países donde desgraciadamente impera la poligamia, la pobre mujer es un ser despreciable y, disfrutando libertad, la acosan todos los peligros, tiene que encarcelarse en un harem ó compartir con otras el lecho nupcial para que se las considere; pero este falso respeto no es á ella, sino el temor que infunde el tirano que la envilece y degrada, haciendo de quien tan augusta misión le está encomendada un propio instrumento de placer.

Tal vez diera lugar á esta creencia la facilidad del repudio, cosa negada por Viana, y aun aquí la ley de estos guanches no es censurable del todo, pues si bien autorizaba el desmoronamiento del hogar, no permitía que al contraer nuevos lazos los hijos de éstos se equiparasen á

(1) La prueba de este respeto hacia la mujer nos la dan los antiguos cronistas al referir la aparición de la imagen de la Virgen de la Candelaria en las playas de Güimar. Descubierta por dos jóvenes pastores, trataron por medio de silbidos y gestos de advertir á aquella mujer que veían á lo lejos que se apartase para pasar ellos con sus rebaños, y como no lograban ahuyentarla por estos medios, empezaron á arrojar piedras, no con ánimo de hacerle daño, sino con el fin de que huyera y no verse en la necesidad de dirigirle la palabra, con lo que faltaban á la consideración que merecía la mujer según ellos.

los primeros; la legitimidad quedaba en los frutos del primer amor, y al llamar ilegítimos á los segundos incurrían en una contradicción manifiesta, pues consideraban legal el medio, pero no el fin á que afluye aquél irremisiblemente, y esto viene á ser como que comprenden su error, y al tratar de rehabilitarse, pagan los infelices hijos el gran pecado cometido por sus padres.

El origen de la sociedad se lo explicaban los guanches, según Espinosa, en estos términos: «Al principio del mundo, dicen ellos, Dios crió cierto número de hombres y de mujeres con tierra y agua, y les repartió los baños necesarios para su subsistencia. Después creó otros y no les dió nada: entonces éstos, habiendo reclamado su parte, Dios les respondió: «Servid á los otros y ellos os darán». De aquí proceden los amos y los criados, es decir, los nobles y los plebeyos».

Esta creencia daba carácter sagrado á la nobleza guanche, y hacía que los plebeyos sufrieran resignados su suerte, ya que esta división era de origen divino.

La jerarquía se hallaba establecida en la siguiente forma: el *Quebehi* era el *Mencey* que ejercía cierta supremacía entre los nueve que se repartían el gobierno de la isla; los achimenceyes eran inferiores, pero descendían de familia

reinante; los sigoñes eran los grandes vasallos, acompañaban á los príncipes ó menceyes, y tenían el privilegio de ocupar asiento en el Tagóror ó tribunal de justicia, y los achicaynas ó plebeyos formaban la masa general, cediéndoles los señores el usufructo de las tierras que cultivaban.

La misión del Mencey en esta sociedad no puede ser más hermosa: es el gran padre de las tribus que reconocen su soberanía, él reparte las tierras en armonía con las necesidades de cada familia, y muerto el individuo que las disfrutaba, volvían al Estado para hacer un nuevo repartimiento; el dominio por la ambición de intereses no podía vivir dentro de tan patriarcal régimen, y así se deslizaba la vida dulcemente, mil veces más felices aquellos pastores con sus flautas, cantando las hazañas de sus mayores, que los acaparadores del presente, que explotando al pobre, se roban á sí mismos la tranquilidad de sus conciencias.

No por lo que dejamos consignado váyase á creer que los guanches de Tenerife no eran entusiastas del combate y valientes campeones en la refriega; toda la paz que disfrutaban por lo general en sus pequeños cantones se trocaba á veces en guerra con el vecino, y entonces desplegaban sus grandes condiciones para la pelea;

el lugar para dar la acción era objeto preferente en sus cálculos; empleaban en sus estratagemas y emboscadas el mismo sistema de guerrillas que los españoles cuando han luchado por su independencia; las armas que utilizaban era la maza ó magado, la lanza hecha de madera endurecida al fuego, de 8 á 10 pies de largo, y que en manos de estos isleños hacía á los hombres aves, trepando en lo imposible, como anteriormente hemos visto; el hacha, cuya parte cortante era un trozo de obsidiana; el venablo, que arrojaban muy hábilmente, como el *banot*, especie de dardo; pero nada tan general como las piedras, lanzadas por estos guanches del Archipiélago Canario con una fuerza y puntería tal que donde ponían el ojo caía la piedra; los escudos hechos con la corteza del drago les servían de defensa, lo mismo que las trincheras naturales que ofrece el país. Se comunicaban sus avisos en tiempo de guerra por silbidos y por el fuego que encendían en lo alto de sus montañas.

Pero donde resalta más el espíritu de nobleza de este pueblo era en la conducta observada con los prisioneros; en el cautiverio se les respetaba, y se canjeaban en la primera oportunidad.

Los guanches de Tenerife honraban á los

muertos, no con supersticiones como lo han hecho muchos pueblos, que bien examinadas resultan profanaciones; sí con hechos que proclaman en alta voz cómo los habitantes de esta isla tenían conocimientos científicos; esto lo acredita la manera que tenían de embalsamar, á la vez que la veneración y respeto que merecían los cadáveres, sin infundir temor y miedo, como en otros países que presumen de cultos.

El Padre Espinosa dice sobre el particular lo siguiente: «El cuerpo del difunto era colocado sobre un banco de piedra para proceder desde luego á su disección, extrayéndole los intestinos. Se le lavaba dos veces al día con agua fresca mezclada con sal, teniendo cuidado de empaparle las orejas, las ventanas de la nariz, los dedos de las manos y de los pies y todas las partes delicadas; se le untaba enseguida con una composición de manteca de cabras, de hierbas aromáticas, corteza de pino machacado, resina, polvo de helecho, piedra pómez y otras materias astringentes y disecantes; después se le exponía al sol por espacio de quince días. Durante este intervalo, los parientes del difunto cantaban sus alabanzas y se entregaban al dolor. Cuando el cuerpo se hallaba bien disecado y ligero, se le envolvía en pieles de ovejas y de cabras, curtidas ó crudas, según

su rango, y se le hacía una marca para reconocerlo en caso de necesidad. Después de esta operación era llevado á una de las cuevas sepulcrales destinadas á este piadoso uso, y situadas en parajes casi inaccesibles. Los cuerpos que se encerraban en sepulcros eran colocados de pie contra las paredes de la cueva; los demás dispuestos los unos al lado de los otros, sobre especies de andamios de ramas de enebro, de mocan ú otras maderas incorruptibles». Las momias se hallan en un estado perfecto de conservación, algunas se han encontrado en simples camas de pequeños leños.

Todos los Museos de importancia tienen algún ejemplar de momias guanches, pues en las cuevas sepulcrales de esta isla se han encontrado bastantes, y el carácter hospitalario y obsequioso hasta la exageración que distingue á sus habitantes ha contribuído mucho á que se repartan por Museos nacionales y sobre todo extranjeros, facilitando medios para que las comisiones científicas que han ido á las islas á estudiar el interesante pueblo *guanche* regresen satisfechas de sus estudios é investigaciones. Lo lamentable es que en el extranjero se conozca mejor la historia de estos indígenas que en la nación que conquistó las islas y llevó á ellas los elementos primeros de cultura; en Es-

paña no se han protegido los estudios de las ciencias naturales, y mientras que en el extranjero se pone á disposición de los que se dedican á esta rama del saber valiosos medios que les permiten la realización de sus proyectos, á nuestro Estado le ha preocupado mucho más destinar cantidades respetables con el fin de ganar unas elecciones y subvencionar unos cuantos periódicos para que defiendan la moralidad de hechos que claman contra la justicia, negando, en cambio, á los que en realidad trabajan por la grandeza de la patria toda protección y estímulo.

Los guanches de Tenerife adoraban á Dios en espíritu, llamándole Achguayaxiraxi (conservador del mundo), Achachurahan (gran señor), Ahicanac (sublime), procurando en sus calamidades, como dice Viera, moverle á misericordia con ceremonias tiernas y ritos lúgubres.

Hombres, mujeres y niños, cuando las nubes no les enviaban el agua necesaria para fertilizar la tierra, se congregaban en el fondo de un valle, separaban de sus madres á los corderos y cabritillos que todavía mamaban prorrumpiendo en tristes lamentos, que se confundían con los inocentes balidos de estos animales, y en esta actitud permanecían hasta que la súplica era oída.

¡Á cuántos comentarios se presta esta ceremonia y qué hermosas analogías encuentra en ella la imaginación! Los candorosos animales que elegían, con sus balidos llamaban á sus madres para recibir el calor y la vida de sus ubres, lo mismo que aquellos hombres, mujeres y niños también llamaban á las suyas, que eran las nubes del cielo; sin ellas, los amenos valles se convertirían en desiertos páramos, la hirviente sangre que corría por sus venas no tendría medios de renovar sus glóbulos y por consunción se iría extinguiendo la llama de la corporal vida; la sequedad atmosférica ahuyentaría á la canora ave, la fuente no murmuraría y todos los encantos naturales irían desapareciendo; por eso el guanche tinerfeño, para mí, quería decirle al Supremo Ser: nosotros te invocamos con el amor y dulzura con que el cordero huérfano llama á su madre, y así como para ésta no hay sierra ni montaña que la detenga en su carrera al oír el filial balido, ¿pues qué obstáculos tiene la naturaleza para detener el corazón de una madre! para Dios no hay imposibles y nada niega á sus hijos cuando le llaman Padre nuestro é imploran su misericordia.

Los guanches de Tenerife creyeron en un espíritu de maldad, que llamaron Guayota, como

los Haonarythas de la Palma, que lo denominaron Iruene. También profesaron ideas de inmortalidad, convicciones tan saludables para que un país sea virtuoso: sin los temores que les infundía el famoso Pico, á buen seguro que hubieran tenido en su ética preceptos tan puros como éstos: «Huid de aquel que sus vicios lo hacen despreciable á los ojos del mundo, si no quereis ser el escándalo y la peste del género humano». «Sed buenos para que os amen; despreciad á los malos y merecereis la estimación de todos los hombres de bien, que honran el país por sus virtudes y valor.»

Nada se puede añadir á estas frases más que el tributo de admiración que en justicia le corresponde á un pueblo que supo concebirlas y practicarlas.

Ni nuestros propósitos ni las dimensiones de este libro permiten mayor extensión al tratar la historia interna del pueblo indígena canario; lo dicho basta para formarnos una idea general de ella, y al hacer la crítica total nadie negará al pueblo guanche, sin olvidar que vivía en la edad de piedra, sus grandes condiciones, que le singularizan en la Historia; tal vez por eso la Providencia colocó el Teide en el hermosísimo Archipiélago Canario, como para llamar la atención y distinguirlo de los del res-

to del planeta, simbolizando en esa colosal maravilla todas las virtudes del pueblo que vivió en su falda, y de aquellos que agrupados á su alrededor supieron por sus indiscutibles méritos ser dignos de perpetuar su memoria en esa sorprendente obra que por voluntad divina ostenta la naturaleza en las Islas Afortunadas.

XIII

La conquista de las Islas Canarias duró desde 1402 hasta 1496. Se divide en tres períodos. 1.^{er} período: Béthencourt y sus sucesores, conquistadores de Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro. 2.^o período: Rejón y Vera, conquistadores de Gran Canaria. Y 3.^{er} período: Alonso Fernández de Lugo, conquistador de La Palma y Tenerife; siendo digno de notar que la Gomera nunca fué conquistada; sostuvo, sí, relaciones aprovechadas por Maciot de Béthencourt; pero no dominaron las armas como en las otras islas. Esta se fué españolizando poco á poco, más por el trato y la comunicación que por el imperio de la fuerza, observación rara tratándose de una de las islas más pequeñas del Archipiélago, y que habla muy en fa-

vor del culto que á la independencia profesaban los gomeritas.

Todas las expediciones que con tanta frecuencia se sucedieron, eran precursoras de la conquista de las Islas Canarias; los viajes y exploraciones que distinguen entre otras cosas á la Edad Moderna de la Edad Media, iban á derrocar aquellas columnas de tan antigua historia, y á borrar el *non* de su famoso lema; pero á la vez tenían que buscar un lazo de unión entre dos continentes desconocidos, y éste fué por su situación las Islas Canarias, que sirvieron á Colón de orientación cuando arribó á sus playas con sus inmortales carabelas, y quién sabe si el ver aquella tierra, en gran parte parecida á la que él se forjaba más allá, contribuyera á confortar su espíritu, que, aunque magnánimo, iría agobiado por alguna duda, compañera inseparable del hombre en las empresas de la vida y condición de nuestra humana naturaleza.

No eran españoles los que mandaron la primera expedición que fué á conquistar las Canarias; Viana asegura (1) que los primeros franceses que pisaron Lanzarote venían mandados por Serban; y Zurita y Salazar (2) creen

(1) Viana, obra citada, canto II.

(2) Jerónimo de Zurita, *Anales*, libs. VIII y XX.—

que fué Rubín de Braquemont el que obtuvo la orden para conquistar las islas. No por ser ellos extranjeros dejaron de reconocer el derecho de España sobre el Archipiélago, y prueba lo dicho que pedían autorización á sus Monarcas, según dicen los citados escritores. Lo que es extraño es que las crónicas de la época á que nos referimos no mencionen nada de esto, por lo que nos inclinamos á creer que se trata de usurpar al Barón normando la gloria de haber sido el primer conquistador de las Canarias.

Juan de Béthencourt, Señor de Granville-la-Teinturière, abandona su antiguo palacio de Normandía, siguiéndole algunos gentileshombres y sus capellanes Pedro Bontier, religioso de San Jovin-de-Marne, y el presbítero Juan Le-Verrier, los que tomaron parte en esta empresa, según sus propias frases, «para honra de Dios y sostenimiento y aumento de nuestra fe», siendo á la vez cronistas de la misma.

El navío que los condujo salió del puerto de La Rochela el 1.º de Mayo de 1402, teniendo que arribar á Vivero, Coruña y Cádiz, reduciéndose los expedicionarios á cincuenta y tres

Salazar de Mendoza, *Monarquía de España*, caps. VII y VIII.

personas por las deserciones de veintiséis tripulantes.

A los ocho días de salir de Cádiz, por el mes de Julio, llega á la pequeña isla de la Graciosa é intenta luego un reconocimiento en Lanzarote sin resultado; se retira al islote de la Alegranza, celebra consejo con los suyos, y se acuerda volver de nuevo, verificándose entonces la entrevista con Guadarfia, el Rey de la isla, que admitió la nueva amistad que se le ofrecía, pero jamás el ser súbdito.

Béthencourt aprovecha estas buenas relaciones y construye el castillo de Rubicón en la parte SO. de Lanzarote, dejándolo bajo la custodia de Berthin de Berneval y dirigiéndose él á Fuerteventura, empresa que fracasó, más por la mala voluntad de los que seguían al caballero normando que por la resistencia de los naturales; viéndose en la precisión, después de llegar á Lanzarote, de regresar á la Península en busca de refuerzos para poder continuar sus proyectos, quedando Gadifer de la Salle, su lugarteniente, de gobernador de Lanzarote durante su ausencia.

Béthencourt sale de Canarias, y al llegar á Cádiz tiene noticia de que la Corte se hallaba en Sevilla, adonde se dirige, y hace pleito homenaje del Archipiélago Afortunado al Rey de

Castilla, Enrique III, el Doliente, quien le recibió muy gozoso, diciéndole, entre otras cosas muy lisonjeras para su persona, que se congratulaba que de tan lejos como el reino de Francia viniera con nobles propósitos de adquirir gloria y honor.

Enrique III dió á Béthencourt el señorío de las islas por conquistar, con otros muchos derechos, y un buque bien armado y provisto, que fué expedido á Gadifer.

Mientras Béthencourt se hallaba en España, ocurrieron en Canarias acontecimientos de importancia, y aunque aquí no los tratemos con la extensión que merecen, no debemos omitirlos en absoluto.

Aprovechando Berneval la ida de Gadifer á la isla de Lobos á pescar lobos marinos, por necesitar sus pieles para calzado de sus compañeros, se pone al frente de unos amotinados y se apodera por sorpresa del Rey de Lanzarote y de veintitrés de los suyos, con el fin de embarcarlos en la carabela española la *Tajamar*, logrando escaparse Guadarfia.

Lo dicho da lugar á una serie de luchas que nacen por la enemistad de franceses é indígenas y por las rivalidades que se entablan entre los dos bandos de Berneval y Gadifer; esto trae consigo el entorpecimiento de la con-

quista y á su vez cuesta la vida á un sinnúmero de aventureros que, encontrándose aislados, fueron muertos por los indígenas, ataques homicidas que Gadifer quiso vengar, ocurriendo lo que casi siempre acontece en estos casos, donde pagan los inocentes por los culpables, y después de sacrificar algunos naturales en pago de la contrariedad de la huida de Guadarfia hacen prisioneros algunas mujeres y niños, buscando el resto de la población refugio en las cuevas.

Utilizando Gadifer el buque y los socorros que le envió Béthencourt de España, se dirigió sobre Fuerteventura y Gran Canaria; costea las playas del Hierro, llega de noche á la Gomera, aborda La Palma y regresa á Rubicón á los tres meses de ausencia, después de haber hecho en Gran Canaria algún comercio con los naturales y hacer prisioneros en las otras islas.

Vuelve Béthencourt de España, y pocos días después cautiva á Guadarfia con diez de los suyos. Pidió y obtuvo merced, considerando su causa perdida, sometiéndose toda la población el 26 de Febrero de 1404, fecha memorable en que recibió el Rey indígena el bautismo de manos de Le-Verrier, y llamándose Luis, nombre de grata memoria para todo

francés, que nunca olvidará al santo hijo de D.^a Blanca de Castilla.

Gadifer censura á Béthencourt por haberle cedido al Rey de Castilla sus derechos, exigiendo por cuenta suya la cesión de tres de las islas por conquistar y, al no ser satisfecho en sus pretensiones, rompe con Béthencourt y regresa á Francia.

La conquista de Fuerteventura tropieza con los inconvenientes que Gadifer había sembrado; Béthencourt no sólo tiene que luchar con los naturales, sino con el proceder de Andrac y Anníbal, que creaban obstáculos por odios mezquinos al fin que perseguía el conquistador. No obstante, sale victorioso en todos los encuentros, sometiendo á los dos Príncipes que se dividían el gobierno de la isla, presentándose el 18 de Enero el Rey de Majorata con un séquito de cuarenta y dos hombres en el fuerte de Ricorroque, cuartel general de Béthencourt, donde recibió el bautismo, y el 25 del mencionado mes el Rey de Jandía, acompañado de cuarenta y siete de los suyos, que fueron bautizados en Valtarahal, el fuerte construído en la otra parte de la isla, conducta que luego siguió el resto de la población, quedando toda la isla sometida.

Béthencourt, después de estas conquistas,

siente el deseo de visitar su país, y el 31 de Enero entrega el gobierno á Juan de Courtois y se embarca para Europa, llegando á Horfleur á los veintiún días de su salida de Fuerteventura. Fué recibido con entusiasmo; todos admiraban su intrepidez, y durante su estancia le mostraron sus compatriotas con infinitos agasajos la alta estima que profesaban hacia su persona, regresando á las Islas Canarias después de una corta permanencia en sus primitivos dominios, con gentes de todas clases que voluntariamente se ofrecían, sin exigir gages algunos, y entre éstos los hidalgos Juan de Rouillé, Juan de Plessis y Maciot de Béthencourt.

Si grande fué el regocijo de los paisanos de Béthencourt y la satisfacción por él sentida al reconocerse autor de los valientes hechos que motivaron el unánime aplauso de sus compatriotas, no admite comparación su llegada á Normandía con el entusiasmo que despierta su regreso á Canarias. Allí fué recibido el compatriota emprendedor y decidido, mientras que aquí se da la bienvenida al Rey triunfante, pues así le llamaban los indígenas isleños, resultando pálido cuanto se diga acerca de la alegría experimentada por europeos é isleños cuando desembarcó el Barón en la playa de

Rubicón (Lanzarote) con el brillante séquito que le acompañaba.

Realizada ya la conquista de las dos islas del grupo del Este, fija sus miradas en Canaria; pero aquí, como en la Invencible, «pudieron más los elementos que la fuerza», siendo arrojadas las tres galeras que se dan á la vela el 6 de Octubre de 1405, por efecto de una tempestad, á la costa africana, donde desembarcaron é hicieron una excursión por el interior sin resultados; nuevamente se dirigen á la isla de Canaria, y el mal tiempo vuelve á dispersarlos; pero al fin, unidas dos galeras, se verifica un desembarco en dicha isla. Los naturales de ésta los recibieron bien; pero al tratar los invasores de atravesarla se rompen las hostilidades, ganando los canarios una singular victoria, que valió á dicha isla el calificativo de Grande que le aplicó Béthencourt.

Los que sobrevivieron á esta derrota, capitaneados por Béthencourt, se dirigieron á la isla de la Palma, donde suponían se hallaba la otra galera; efectivamente, allí estaba, y después de permanecer en sus costas treinta y seis días entablado pequeños combates, sin resultado para sus miras, salió para el Hierro, donde realizó una verdadera perfidia, engañando mise-

rablemente al Rey de dicha isla, que redujo á inhumana esclavitud, como á los demás isleños, que, confiados en la palabra ofrecida, venían tranquilos á tratar la paz.

Béthencourt dejó en el Hierro 120 familias de las que fueron de Europa, muy entendidas en agricultura; pero esto no justifica ni disculpa en lo más mínimo la violación del derecho que cometió con este pueblo patriarcal, digno de otra consideración y suerte que la observada por el conquistador.

Lamentable es esta laguna en la brillante historia de Béthencourt, cuyo retrato, trazado por la mano maestra de Viera, no puede ser más lisonjero para el barón normando. La descripción del gran banquete de despedida, celebrado el 31 de Diciembre en el castillo de Rubicón, es la página que más honra á Béthencourt en su conquista; allí, en fraternal convite, se confundían los europeos con los isleños, tributando todos alabanzas al conquistador. Y ¡cuál sería su goce al escuchar estas palabras, articuladas en bocas indígenas: «Legítimo señor nuestro, ¿por qué nos dejáis? ¡Ya no volverás á vernos! ¡Ay, qué será de este país faltándole un señor tan sabio, tan prudente y que ha puesto tantas almas en camino de salvación!»

Una despedida en esta forma dice mucho en favor de un conquistador; puede servirle de honroso epitafio, y es, sin disputa, laurel hermoso para que la Historia le immortalice.

XIV

Maciot de Béthencourt, primo del conquistador y heredero de sus poderes para administrar las islas, tuvo un comienzo de mando digno de aplauso, como lo acredita su amor al culto, cuidando con especial interés de la construcción de las iglesias, la energía que desplegó en castigar á los culpables que en el Hierro se entregaron á excesos en perjuicio de los naturales, y el haber contraído matrimonio con la hija de Guadarfia, imitando así la diplomática conducta observada por el gran Alejandro y pareciéndose mucho también al hijo de Filipo en no prestar atención á los consejos de sus fieles, desoyendo las amonestaciones del sabio y virtuoso prelado D. Alberto de las Casas, para entregarse al despotismo que le denunció

como tirano ante la Reina D.^a Catalina, regente durante la menor edad de Juan II.

De acuerdo la mencionada Reina con el conde de Niebla, hizo salir de Sanlúcar de Barrameda tres carabelas de guerra al mando de Pedro Barba de Campos, señor de Castro Fuerte, con dirección á Canarias, y al llegar á dichas islas, Maciot se vió obligado á ceder su mando, embarcándose para la Madera, vendiendo al Infante D. Enrique de Portugal sus derechos sobre aquel archipiélago.

Esta vituperable conducta observada por Maciot al disponer de lo que no era suyo más que para administrarlo en forma muy distinta á como él lo había hecho, trajo consigo una serie de complicaciones entre los muchos que se disputaban el derecho á estas islas, hasta que, muerto Guillén de las Casas en el año 1440, pasó el señorío de las Canarias á su yerno Fernán Peraza, señor de Valdeflores, el que tomó posesión de estos dominios acompañado de su joven hijo Guillén, prodigio de valor.

Para terminar la primera parte en que se ha dividido la conquista sólo falta hablar de la Gomera, isla que no fué conquistada, como han creído muchos, sino sometida después del año 1488, no por el predominio de las armas,

pues, como dice Azurara (1), Maciot comenzó la conquista, pero no pudo acabarla, y Fernán Peraza á duras penas logró establecerse y resistir las insurrecciones de los naturales.

El acontecimiento más importante durante el gobierno de Fernán Peraza en la Gomera es la expedición que fué á la isla de la Palma, siendo víctima Guillén de su arrojo al pretender hacer frente á los palmeros, perfectamente atrincherados y peritos en el modo de lanzar piedras, que arrojadas por sus manos eran ciertas balas; una de éstas hirió á Guillén en la cabeza y le ocasionó la muerte. Gracias á Hernán Martel pudo retirarse su cadáver de la refriega, donde los indígenas llevaban la mejor parte, con el propósito de trasladarle á la Gomera, que sentía por el joven Guillén verdadera idolatría; prueba evidente del cariño que le reprofesaban son las endechas que corrían de boca en boca el día de sus exequias y que aquí produciremos, por ser fiel reflejo de las maldiciones que lanza el corazón cuando humanas causas le privan bruscamente del ser á quien consagra toda su amor. Véanse á continuación:

«Llorad las damas,
si Dios os vala!

(1) *Conquista de Guinea.*

Guillén Peraza
quedó en la Palma,
la flor marchita
de la su cara.
No eres Palma,
eres retama,
eres ciprés
de triste rama;
eres desdicha,
desdicha mala.
Tus campos rompan
tristes volcanes,
no vean placeres,
sino pesares,
cubran tus flores
los arenales.
¡Guillén Peraza!
¡Guillén Peraza!
¿Dó está tu escudo?
¿Dó está tu lanza?
Todo lo acaba
la mala andanza (1).

Muerto Guillén, el heredero inmediato de Fernán Peraza era su hija D.^a Inés Peraza de las Casas, que se casó con D. Diego García Herrera, quienes tienen que sostener sus derechos ante las invasiones portuguesas, provo-

(1) Véase Abreu Galindo, *Historia de la conquista*, libro I cap. XXII; y Castillo, *Descripción histórica y geográfica*, lib. I, cap. XIX.

cadadas por la conducta que había observado Maciot, hasta que las Cortes de Castilla y Lisboa, de común acuerdo, reconocen los derechos de D.^a Inés Peraza y de su consorte D. Diego de Herrera, terminando esta cuestión como generalmente acababan entre casas reinantes, casándose D. Diego de Silva, jefe de la expedición portuguesa, con D.^a María, hija de D.^a Inés y Herrera.

El país sufrió grandes perturbaciones por la ambición de Herrera, y después de infructuosos combates librados en Gran Canaria, estalló una rebelión contra Herrera, viéndose obligados á intervenir los Reyes Católicos Fernando é Isabel, los que mantienen en sus derechos señoriales á D. Diego Herrera y á D. Inés Peraza, sobre las islas de Lanzarote, Fuerteventura, Hierro y Gomera, agregando á la corona, para dicha de ellas, supuesto se evitaban estas luchas parciales, las islas de Gran Canaria, Tenerife y Palma, y recibiendo Herrera por renunciar á esta conquista la indemnización de cinco millones de maravedises, y, según algunos historiadores, el nobiliario título de Conde de la Gomera, bien que el verdadero primer Conde de este título fué D. Guillén Peraza de Ayala, nieto de Herrera.

XV

El segundo período de la conquista del Archipiélago Canario comienza por orden de los Reyes Católicos, encomendándose la dirección de la empresa á Juan Rejón, descendiente de una ilustre familia leonesa, el que tomó el mando de seiscientos soldados de infantería y treinta caballos, sin contar los nobles que voluntariamente se alistaron y otros aventureros, partiendo la expedición del puerto de Santa María el 28 de Mayo de 1478, y desembarcando en la playa de la Isleta el 24 de Junio del mismo año.

Reseñaremos, como se ha hecho en la conquista de las otras islas, lo más saliente, sin detallar los mezquinos odios y envidias, que tanto parecido dan á esta conquista con las llevadas á cabo en América.

Refiere Viera, que lo primero que hizo el ejército conquistador fué oír con gran devo-

ción el santo sacrificio de la Misa, haciendo de templo una choza formada de ramas de palmeras, y cuando todos confiaban en la asistencia divina y marchaban á ocupar la fortaleza construída por Herrera, se les apareció una vieja canaria, personaje considerado como milagroso, aconsejando al general español que fijase por de pronto su residencia y la de todo su ejército en la embocadura del barranco Guiniguada, sitio ameno, de abundante agua y sembrado de palmeras é higueras, donde más tarde se había de levantar, para orgullo de Canarias, la hermosa población de Las Palmas.

El primer combate se verificó en Guiniguada; 2.000 canarios con escudo, lanza y espada, al frente de los que se hallaban el gran Doramas, guanarteme de Telde y el príncipe de Galdar Tenesor Semidán, se presentaron en dos cuerpos de ejército. Rejón envió un parlamentario á Doramas para pedirle su amistad, pero este altivo príncipe contestó, como si la sangre espartana corriera por sus venas: «Decid á vuestro capitán que mañana le llevaré la respuesta», y así pasó. Pero la aurora de aquel memorable día no fué de paz, sino de guerra. Enardecidos los canarios por las palabras de Doramas, el héroe sublime para aquellos indígenas, como lo fué Viriato para los lusitanos,

lucharon como fieras, estando la victoria indecisa durante tres horas, decidiendo el triunfo á favor de las fuerzas conquistadoras el caer en la refriega los más valientes canarios y la ventaja de la artillería española, que obligó á Doramas á tocar retirada, después de dejar tendidos en el campo 300 de los suyos, siendo las pérdidas españolas de 7 muertos y 26 heridos.

El ataque de Tirajana desquita en parte á los naturales de la derrota de Guinguada, costándoles caro en esta ocasión á los invasores la emboscada repentina en los desfiladeros de la costa, que les proporcionó una completa derrota, contándose 22 muertos, 100 heridos y 80 prisioneros, que lograron la libertad debido á la generosidad del guanarteme de Telde.

Á Juan Rejón había comenzado á nublársele la buena estrella, no por derrotas que declarasen su ineptitud, sino por los obstáculos que sus mismos le creaban, siendo su principal enemigo el canónigo Bermúdez, deán de San Marcial de Rubicón, quien tuvo á sus órdenes la caballería en el importante encuentro de Guinguada. Bermúdez aprovechó las circunstancias para hacer un partido poderoso contra Rejón; acusaban á éste de la paralización de la conquista y de la carestía de los ví-

veres, atribuyendo todo á su mala administraci3n; Rej3n, para apaciguar los 3nimos, se embarca para Lanzarote á pedir socorros á don Diego Herrera; pero 3ste le neg3 toda acogida, desconfiando le llevaran all3 otras miras.

El astuto Bermúdez aprovecha la ausencia de Rej3n para solicitar de Espa3a un gobernador militar que examinara la conducta de 3ste, y consigue que env3en á Pedro de la Algaba, el que se presta á secundar los 3mbiciosos planes de Bermúdez y embarcan á Rej3n para la Península cargado de cadenas. Logra rehabilitarse en la corte espa3ola, y con el fin de castigar á los culpables que tal perfidia y ultraje hab3an hecho á su persona, regresa á Canarias en un nav3o bien provisto, vengando las ofensas recibidas, decapitando á Algaba despu3s de ser juzgado por un tribunal militar y desterrando al can3nigo Bermúdez á Lanzarote, donde muri3 al poco tiempo.

La decapitaci3n de Algaba fu3 la causa de ser Rej3n destituido. La Reina Isabel, conmovida por los lamentos de la infeliz viuda y de sus hijos, crey3 injusta la pena aplicada y reemplaz3 á Rej3n, mandando en su lugar á Pedro de Vera, saliendo de C3diz con tres buques, ciento cincuenta ballesteros y veinte caballos, y llegando á Las Palmas el 18 de Agosto de

1480, donde se apoderó del mando y embarcó á Rejón para la Península.

Inauguró Pedro de Vera su política con una traición que contribuyó á excitar más los odios entre invasores é invadidos. A su llegada al Real de Las Palmas, más de doscientos canarios bautizados acudían al campo español, sosteniendo cordiales relaciones; desconfía de ellos Vera y les invita á embarcarse en una de sus carabelas para ir á hacer la conquista de Tenerife, dando orden secreta al capitán del buque de que los condujese á España, donde les esperaba la suerte de ser vendidos como esclavos. En alta mar entran ellos en recelos, se imponen á la tripulación, y desembarcan en Lanzarote, donde Herrera les dispensó una buena acogida.

¡Cómo pasar en silencio la muerte de Doramas, siendo la primera figura del pueblo canario en el sangriento período de la conquista! Cuando Vera mandó atacar las montañas de Arucas, Doramas, jefe de las de Telde, envió al general español un desafío concebido en estos términos: «Si entre esos extranjeros afeeminados se encuentra uno que quiera combatir conmigo, podrá evitarse una batalla». Esta provocación pone de manifiesto el valor de Vera; pero los suyos se oponen á que éste

acuda presentándose en el campo de batalla solo á contestar tal arrogancia. El momento crítico de la encarnizada pelea no iba á dejarse desear; Doramas hacia proezas de valor separándose de su gente para desafiar á los contrarios, que ya le preparaban una estratagema que iba á ser la red de sus bríos; Diego de Hozes lanza su caballo por detrás, y le hiere á mansalva por la espalda; Doramas, al sentirse herido, de un revés le quebró la pierna izquierda, momento y actitud que aprovechó Vera para atravesarle el pecho con una lanza, mientras un soldado español le hería con la bala de su arcabuz en un brazo.

El intrépido canario cayó de rodillas, y tuvo aún fuerzas para decir al general español: «Jamás me hubieras vencido sin ese traidor, que me ha atacado por la espalda.» Y con las ansias de la muerte, desangrándose por sus dos heridas, empezó á pedir agua á grandes voces.

Viera dice que trajeron agua en un casco de hierro y que le bautizaron; pero Marín y Cubas consigna que estas ansias no eran por percibir las aguas redentoras, sino la sed propia de la fatiga del combate, expirando casi en el acto de beber.

También refiere Viera en sus noticias, siguiendo á autores anteriores, que el ejército in-

vasor le tributó exequias con asistencia de todos, y entregaron su cuerpo á los canarios, quienes lo enterraron en una montaña que lleva su nombre.

Le bastaba á Vera sólo la cabeza de tan insigne caudillo, que ordenó la cortasen del cuerpo para entrar en su campamento de Las Palmas con el trofeo más codiciado de esta conquista, exhibiéndola en la plaza del Rey, donde tal vez á alguno, al contemplarla, le causaría su gesto cruel remordimiento, de esos que martirizan las conciencias, hasta los mismos que al parecer se muestran más satisfechos.

Quién sabe si por un presentimiento los compatriotas del *último canario*, como llamaron á Doramas, amigos y adversarios eligieron una frondosa y pintoresca montaña para con sus bellezas cubrir los gloriosos despojos de quien tan alto concepto tenía de independencia y libertad. Si el mármol ó el oro hubieran guardado sus cenizas, éstas no estarían de continuo transformándose en bellisimas flores y combinadas al acaso resultan coronas, homenaje perpetuo que la naturaleza tributa al que pasó á la inmortalidad después de derramar su sangre por una de las santas causas que más enaltecen al hombre.

La muerte de Doramas, aliento de los natu-

rales, dejaba á las armas españolas dueñas de Telde, Santanejo, Arucas y Moya; pero no obstante, los indígenas, fortificados en las alturas de Galdar y Tamaraceite, á la vez que el valiente arrojo de Bentaguayre, dan que hacer á los conquistadores, por más que al fin salieron victoriosos, contribuyendo mucho á estos triunfos los auxilios de Hernán Peraza, que en unión de Alonso de Lugo derrotó al enemigo en el camino de Artenara, acción que cuesta bien cara á Tenesor Semidán al caer prisionero y enviado á la corte de España con sus guayres para demostrar las victorias de Vera.

No por esto se amilanaron los canarios, antes bien la tenacidad de este pueblo persiste, y proclamaron á Bentejuí guanaterme. Tenía éste por guayres á Tazarte y Hecher Hamenato, que tomaron la dirección de la guerra, dando á la vez Tazarte fe á los siglos de la lealtad de este pueblo en el siguiente pasaje. «Cuando Tenesor Semidán regresa en la expedición que mandaba Miguel de Mújica é intenta, secundando los planes de Vera, entrar en su reino de Gáldar para pacificar el país haciendo á sus compatriotas ciertas proposiciones que evidenciaban su españolismo, escuchó por respuesta frases tan duras como éstas: El que habíamos apellidado el Bueno se ha pasado al partido de nuestros

perseguidores. ¡Ah, guanarteme degenerado, indigno de tu raza y de tu nombre, regresa al lado de los pérfidos que te engañan, regresa para adular á esos perros hambrientos!... ¡Vete y déjanos morir con honra!» Tenesor protestó, diciendo que era prisionero de guerra, que ellos en su caso hubieran hecho lo mismo, respondiéndole el valiente Tazarte: «Quédate con nosotros, recupera tu dignidad; encontrarás hombres que combatan y mueran; Canaria no está destruída; mira, siempre está de pie sobre esos riscos».

Un pueblo que se expresaba en estos términos aún tenía vida, y la prueba está en la victoria alcanzada en Bentayga, donde Vera tocó retirada, pero se desquitó de esta derrota en el puesto de Titana, en las cercanías de Cendro, y apoderándose de la montaña de Amodar, viéndose en esta ensangrentada pelea mujeres canarias precipitarse desde lo alto de aquellos desfiladeros, antes que caer prisioneras, y á Tazarte, contemplando su causa perdida por la entrega de Aytami, arrojarse desde la cima de Tirma al mar, suicidio más heroico que el de Catón, pues éste no quiso sobrevivir á la institución que amaba, mientras que aquél cayó exánime en el momento que peligraba la independencia de su patria.

El ataque á Ajodar es de triste recuerdo para las armas españolas; Miguel de Mújica y la mayor parte de los vizcaínos que le acompañaban perdieron aquí la vida; pero éstos eran ya los últimos resplandores del valor canario, que se rindió en el valle de Ansité á los ruegos de Tenesor Semidán, sellándose esta epopeya cuando Guayarmina, la prometida del desgraciado Bentejuí, acompañada de los canarios desarmados, dirigió al general español estas frases: «Unos pobres isleños hace poco independientes entregan su país á los Reyes Católicos, y ponen sus personas y bienes bajo la poderosa protección de sus nuevos señores». El obispo Frias entonó el *Te-Deum*, y el alférez Alonso Jáimez subió á lo alto de la torre del campamento y, desplegando el estandarte Real, dió los gritos de ordenanza.

Así terminó la conquista de Gran Canaria, y el mayor elogio que podemos tributar á sus primitivos moradores es decir que ninguno de sus héroes entregó la isla, todos murieron por defender la independencia de su patria: sólo una mujer, débil como su padre Tenesor Semidán, articuló palabras renunciando á un derecho que jamás cede el corazón á nadie, digan lo que quieran los hipócritas labios.

XVI

El conquistador de la isla de La Palma fué D. Alonso Fernández de Lugo, natural de Galicia, provincia de Lugo. Antes de acometer la empresa de conquistar la Palma y Tenerife, tenía ya brillante historia militar, comenzada en la guerra de Granada y continuada á las órdenes de Vera en Gran Canaria, donde alcanzó honores y provecho, lo que en otro espíritu menos guerrero que el suyo era suficiente para ver realizadas sus aspiraciones: así es que mérito tiene renunciar á todo el bienestar que disfrutaba para ir en busca del laurel inmortal, sin escondérsele, supuesto conocía los peligros de la guerra, que muy bien podía servirle de mortaja.

En el mismo campamento en que visitó

Colón á los Reyes Católicos obtuvo Fernández de Lugo la autorización para conquistar las islas de la Palma y Tenerife. Allí también recibió los socorros y la orden para equipar en Cádiz una escuadra que le condujo á la Palma el 29 de Septiembre de 1491, desembarcando en la costa de Tasacorte, parte occidental de la isla.

Mucho favorecieron á Fernández de Lugo las relaciones que sostenían los habitantes de la isla del Hierro, ya conquistada, con los palmeros, casi que con esto se había dado un gran paso para la conquista de la Palma; muy llano encontraba Fernández de Lugo el terreno preparado de antemano por los herreños, y así se explica cómo sus proposiciones al príncipe Mayantigo fueron aceptadas al instante, reconociendo éste la autoridad de los Reyes Católicos y adoptando tanto él como los suyos la religión cristiana, en vista de lo cual, y obrando Lugo con recíproca caballerosidad, le aseguró en el gobierno de su principado, colmándole de prerrogativas.

Este proceder, como fácilmente se comprende, no iba sólo á premiar la actitud de Mayantigo, sino á su vez atraerse las simpatías de las tribus Haonarythas, cuyos jefes admitieron las mismas condiciones aceptadas por el de Aridane.

Encontró Fernández de Lugo algunas dificultades en Tigalate, país sometido á los príncipes Jariguo y Garehagua, favoreciéndoles el terreno montañoso para defender su independencia, que peligró por la habilidad guerrera del conquistador, que con acierto feliz dirigió la campaña, rindiendo á todos los príncipes de la isla en breve plazo, á excepción del Rey de Aceró, el inmortal Tanausú, que es la culminante figura en la historia indígena palmense.

El reino de Aceró está en la famosa Caldera; Tanausú había jurado combatir hasta el último extremo, y para que su resolución no fuera quebrantada por la tristeza del anciano y el lamento del niño, los ocultó en cuevas donde los españoles no pudieran penetrar. El primer ataque de Lugo fué desgraciado para las armas españolas; pero no desmayó por eso, y con el auxilio de los isleños sometidos realizó proezas de valor, hasta reconocer la imposibilidad de derrotar á Tanausú, defendido por la naturaleza y la intrepidez de su heroico pueblo.

Ante estos obstáculos comenzó el conquistador á desfallecer, y concibió una estratagema miserable, que puso en práctica. Fingió una retirada hacia el territorio de Aridane para tra-

tar en este lugar las condiciones que pusieran término á la guerra; Tanausú le creyó, pero Lugo deja en Adamacansis un grueso destacamento con el objeto de cortarle la retirada cuando acudiese á la cita; Lugo no le aguarda en el sitio convenido; sale á su encuentro, y al hallarse próximo á los confiados palmeros, les ataca villanamente, y sorprendidos los hijos de Aceró, pero no acobardados, pelean como héroes, permaneciendo la victoria indecisa hasta que los traidores del desfiladero de Adamacansis vienen á reforzar los suyos y dan al ejército español una completa victoria, terminando con esta acción la conquista de dicha isla el 3 de Mayo de 1493.

Lástima que Lugo, siendo dueño de todos los Estados, menos del de Aceró, por precipitar la conquista, echara cieno á su historia militar, cuando, más tarde ó más temprano, Tanausú tenía que rendirse. El engaño de que es víctima el príncipe de la Caldera es uno de tantos episodios de los que las conquistas traen consigo y con frecuencia se encuentran en las hojas de servicio de los caudillos que dirigen estas empresas; pero, ahora bien, su comportamiento como hombre deja mucho que desear si se observa la conducta que empleó con Tanausú al hacerle prisionero y alejarle de su

peña con el fin de esclavizarle, gozándose en que este valiente fuera el trofeo de su traición y la paloma mensajera de su villanía.

El ilustrado palmero Pedro J. de las Casas Pestana, al ocuparse de este personaje (1), le dedica un inspirado párrafo que á continuación copiamos, considerando que ningún otro le aventaja en admiración y elocuencia: «Tan pronto como Tanausú dejó de ver las costas de su patria, se negó en absoluto á tomar alimento y pereció de hambre durante el viaje. ¡Fin heroico, admirable, sublime el del valeroso soberano de Aceró! El cautiverio en su isla lo podía soportar; pero, lejos de ella, prefirió la muerte antes que vivir ausente de su suelo y antes que presentarse á otro soberano como un triste cautivo. Su tumba es el Océano; sus aguas, la inmensa losa que cubre sus restos; pero ni en esa inmensa bóveda hay espacio para su nombre, ni esa extensa losa ha podido cubrir su memoria, que vivirá siempre, y siempre será venerada por recordarnos á aquel que murió víctima de la independencia de su patria.»

(1) En su obra modestamente titulada *Bosquejo histórico* de la isla de San Miguel de la Palma y que con tanto derecho dió entrada en la Real Academia de la Historia, como socio correspondiente, á su autor.

XVII

El 30 de Abril de 1493 salió D. Alonso Fernández de Lugo de Gran Canaria con quince bergantines, y en la madrugada del día siguiente desembarcó en la costa de Añaza con más de 1.000 hombres y 120 caballos.

No fué el preludio de esta conquista tan lisonjero para Lugo como había sido el de la isla de la Palma; Quebehi-Bencomo, mencey de Taoro, les recibió arengando antes á los suyos con estas palabras: «Mirad esa gente pusilánime, se detiene á nuestro solo aspecto. Por el Echeyde y por los huesos de mi abuelo, juro que se acordarán de mí», frases que por sí forman una trinchera muy difícil de tomar, entusiasmando á los guanches de Nivaria para la pelea contra el enemigo invasor.

Desde el primer momento comprendió Lugo la actitud hostil de los hijos de Tenerife, al ser rechazado el parlamentario que envió á Bencomo, proponiendo un tratado de alianza en idénticas condiciones á las aceptadas en la Palma; así es que impaciente aguardaba la resolución de los que con tanta altivez y energía se presentaban.

La confederación de jefes indígenas, al frente de la cual se hallaba Bencomo, impuso á Lugo, y ante esta colectiva fuerza no precipita la conquista, á pesar de los servicios ofrecidos por Añaterve, mencey de Güimar, disidente de la poderosa confederación por los consejos del ermitaño Antón.

El encuentro se verificó al fin, librándose la batalla de Acentejo, donde ambos ejércitos pelearon con un valor heroico, siendo en esta ocasión la suerte adversa para las armas españolas, que perdieron 900 hombres, y de los 200 que entraron en el campamento, todos estaban heridos, y gracias á la generosidad de Bencomo se pudieron recuperar los prisioneros.

El ataque que realizaron los guanches mandados por Tayneto, en número de 400, hizo comprender al general español, á pesar de salir victorioso, que eran necesarias más fuerzas

para continuar su empresa, y decidió Lugo trasladarse á Gran Canaria, donde fué auxiliado en sus pretensiones; regresó á Tenerife con 1.100 infantes y 70 caballos. Bencomo, al tener noticia de este desembarco, se estableció en la laguna de Agüere con 5.000 guanches, acudiendo los demás jefes con sus respectivos contingentes y librándose una de las batallas más encarnizadas, en la que murió el famoso Tinguaro, hermano del mencey Bencomo, después de sostener él solo una pelea defendiéndose con una alabarda de siete soldados de caballería española, refriega que ganaron las armas conquistadoras, en tales términos, que algunos historiadores, exagerando la nota, hacen subir el número de guanches muertos á 1.700.

La batalla de la Laguna trajo consigo calamidades mil para el pueblo indígena, pues no sólo sufrió una sangrienta derrota, sino las tristes consecuencias de una pestilencial epidemia motivada por el número de cadáveres insepultos, que en su descomposición llevaron á la atmósfera gérmenes de muerte, convirtiendo á Tejina y Tegueste en verdaderos cementerios.

Digna es de no ser omitida en esta conquista la aventura conocida por el nombre de los *doce valientes*, pues su heroicidad nos recuer-

da la de aquel puñado de cristianos que entraron en Córdoba antes de conquistarla el Rey Santo, y también guarda semejanza con aquellas valientes correrías realizadas por los españoles á Granada, cuando Boabdil se hallaba en vísperas de exhalar el célebre suspiro y de entregar las llaves de su paraíso.

La aventura á que nos referimos se desarrolló en esta forma. Alonso de Lugo permanecía en Añaza y no quería que su ejército invadiera los valles atacados por la epidemia; pero doce oficiales se arrojaron á expuestas correrías, llegando á Igueste y penetrando en Taganana, donde se apoderaron de seis pastores, haciendo un rico botín de ganado. Al regresar á Añaza, en el valle de San Andrés, son cercados por 200 isleños, acaudillando á éstos Beneharo, contemplando aquí á esos *doce valientes* que no se intimidan ante el respetable número de sus contrarios.

Se colocaron en orden de batalla, y uno de ellos, llamado Rodrigo Barrios, tan intrépido como el de Vivar, grita á los guanches: «¡Bárbaros, rendíos, pues ya hemos hecho nuestra cuenta y sabemos cuántas cabezas deben caer bajo cada una de nuestras espadas!» Esta audacia fué admirada por Beneharo, dando así un mentís al calificativo que le aplicaron, aconse-

jando á los suyos que dejasen el campo libre á estos decididos campeones; pero la ambición de otro de los doce, llamado Juan de Llarena, hace que los españoles se abalancen espada en mano sobre los guanches, después de hacerles una descarga de mosquetería y de ballestas que acribilló á algunos, haciendo huir á los demás en precipitada fuga á las montañas, quedando solo el magnánimo Beneharo frente al enemigo batiéndose como un león; y cuando se consideró perdido, antes que caer prisionero de aquellos ingratos, se arrojó á un barranco, ganando estos *doce valientes* en las islas Canarias la misma fama de valor, aunque no de nobleza, que aquellos almogávares conquistaran en Oriente con la venganza catalana.

El ejército español se hallaba muy falto de medios de vida. Las pequeñas excursiones que realizaban no bastaban para adquirir suficiente botín, así es que no pudo ser más oportuna la llegada de Gran Canaria de Lope Hernández de la Guerra con un buque cargado de provisiones, reanimándose el abatido espíritu de las tropas conquistadoras, cambio que aprovechó Lugo para salir en busca del enemigo y librar la importante batalla de la Victoria, que costó á los guanches más de 2.000 pérdidas, con-

tándose entre ellas el príncipe Badeñol y quedando Bencomo herido después de cinco horas de sangrienta refriega.

Alonso Fernández de Lugo muy bien podía después de triunfo tan completo avanzar sobre el enemigo, pero acertadamente ordenó retirarse á su campamento de Añaza hasta que pasara la estación de las lluvias, y á la vez á esperar los recursos que le envió de España el Duque de Medina-Sidonia. Permaneció en esta pasiva actitud hasta el 1.º de Julio, en que da comienzo á su belicosa faena penetrando en el valle de Araitápala, donde Bencomo se hallaba bien atrincherado. Pero después de variar de posición Bencomo y meditar el resultado de una batalla, contando con las fuerzas y elementos de que disponía, acuerda someterse, evitando un día de mucha sangre derramada inútilmente, comunicación que recibió Lugo con inmensa alegría, pues la deseada hora de terminar la conquista iba á sonar.

La interesante figura de Bencomo reflejaba en su rostro la expresión más acerba del dolor, su tristísima mirada exteriorizaba los lamentos más hondos de un corazón apenado, y su trémula voz, al pronunciar palabras de sumisión, si no pueden negar que es un hombre heroico el que las articula, tampoco ocultan el

desfallecimiento de un alma que sigue al destino, teniendo antes que renunciar al ideal amado por todo su ser : «Hombre valeroso, sentimos haberte hecho una guerra tan dura, á pesar de que te mirábamos como á nuestro más cruel enemigo. En la actualidad deseamos suscribir las condiciones que nos propusisteis en varias ocasiones. Nos sometemos á los Reyes Católicos, á quienes rendimos obediencia y homenaje, y les entregamos con esta isla la herencia del gran Tinerfe, nuestro abuelo; queremos ser cristianos, pero júranos por todo lo que conozcas de más sagrado que nuestros hijos, y aun nosotros, jamás seremos esclavos, y que conservaremos esa libertad tan querida que tanta sangre nos ha costado ya.» Lugo, conmovido ante esta hermosa rendición, hizo traer un misal y juró respetar íntegro el convenio; pero la elevación de propósitos que él abrigaba en aquellos solemnes momentos para con los naturales, se convirtió luego en la pérfida satisfacción de enviar á España cautivo á Bencomo.

El 29 de Septiembre de 1496 se hallaba toda la isla pacificada, celebrándose en acción de gracias una misa y solemne *Te-Deum*.

XVIII

Ya puede el estandarte que cayó en Barbate por los vicios de los hombres y se levantó en Covadonga por la virtud de los mismos, viniendo de triunfo en triunfo hasta Granada, y así ondear en toda la Península, desplegarse en el famoso Teide, pues tierra suya es ganada con la sangre de los que le tremoiaban, y mirar desde aquella colosal altura los mundos más allá por explorar, á la manera que la imperial águila, al emprender su majestuoso vuelo, elige desde los espacios infinitos, con su penetrante mirada, bien las ramas de un árbol frondoso ó la solitaria peña bañada de espuma, para buscar el descanso que todo cuerpo fatigado necesita al trasladarse de un lugar á otro.

Noventa y dos años de combate le cuesta á

la Nación, que preparaba el siglo de oro de su historia, el dominio de unas pequeñas islas. ¿A qué obedece este fenómeno, si lo comparamos con la conquista americana, tan fácilmente conseguida, tratándose de inmensos territorios y de millones de habitantes? El espíritu del pueblo guanche puede darnos una explicación. El amor frenético que á la independencia y á la libertad profesaban estos moradores de Canarias, es sólo comparable con aquel que sintieron los helénicos pechos al ver invadidos sus hogares por los ejércitos de Jerjes, y por eso los triunfos de los griegos en las guerras Médicas no nos parecen milagrosos, pero sí nos hace ver la Historia en esta página, como en ninguna otra, de cuánto es capaz el entusiasmo de un pueblo consagrado á santos ideales.

Nada tenían que envidiar los guanches á los belicosos huéspedes que arribaron á sus playas, hombres como ellos eran, y esta raza, varonil por excelencia, no se postraba ante estos falsos ídolos, como los indígenas de otras regiones que veían en el conquistador á la postre un ser superior, hasta el extremo de divinizarlo.

Sobre todo la hermosísima patria que Ahora les había dado, embalsamada con el aroma de sus montes, cariñosa con el céfiro de sus in-

comparables riberas y llena de armonías con el gorjeo y trino de sus pájaros, digna era de ser defendida palmo á palmo, como acreedora es toda madre á que su hijo la cubra con su pecho para recibir el mortal golpe que á su corazón se dirige.

Triste destino es el de la humanidad al tener que valerse de sangrientos medios para implantar la civilización donde no existe, por más que se profesen algunos nobilísimos sentimientos, como le pasaba al pueblo indígena canario. Por eso no conviene embargarse con el sentimentalismo, que es peculiar á muchos historiadores, jeremías que sólo saben llorar las ruinas de un pueblo, sin fijarse en que éstas van á hacer los cimientos de otro superior, á la manera que el oro y el brillante necesitan perder sus primitivas envolturas para que la mano del artista forme la preciosa joya que parece ha robado su luz á las estrellas y al fuego su color.

Lo mismo que pasa en la naturaleza física, acontece en la psicológica; y así como en la primera es indispensable que las materias explosivas desgarran las entrañas de la sierra para que la locomotora la traspase, la libertad de un pueblo ha de sucumbir muchas veces, aun á costa de acerbas lágrimas, antes que pa-

ralizarse el progreso, ley que rige los destinos humanos, pues los estacionamientos, como el del pueblo chino, producen iguales efectos que las aguas de los pantanos, miasmas insalubres que infestan la atmósfera, donde se respira el microbio mortífero.

Faltaríamos al cumplimiento sagrado de la imparcialidad, impuesto á todo aquel que se permite comentar los hechos históricos, si una vez que se han censurado determinados procedimientos puestos en práctica por los conquistadores, aplicándoles calificativos poco honrosos, no enumerásemos los beneficios que realizaran conquistando las Islas Canarias.

Ellos llevaron á Canarias la Cruz y la bandera Española, dieron el verbo de la lengua que había de servir á Cairasco para escribir el *Templo Militante*, á Iriarte sus *Fábulas Literarias*, á Galdós los *Episodios Nacionales*; enseñaron la agricultura, multiplicando las cosechas y aclimatando frutos que daban riqueza al país; islas incomunicadas entre sí y con el resto del mundo, la navegación las relacionó, y estrechando los vínculos fraternales formaron á la vez parte del concierto culto, pudiendo decirse que aquellos pedazos de africana tierra fueron transformados en europeo suelo, sin perder por esto las prodigalidades con que la Naturaleza

las había dotado y de las que los indigenas sacaron escaso partido.

Recientes aún las guerras separatistas provocadas por hijos ingratos, y la sostenida con los Estados Unidos, efecto de la absorbente ambición de esta raza, que despojó á España de su legítimo imperio colonial, con el mismo derecho que asiste al ladrón para robar á mano airada sin inducirle á ello necesidades agobiantes, más que el impulso de criminales instintos, sírvale de consuelo en sus amarguras, al recordar la iniquidad de que fué víctima y al ver sus heridas á medio cicatrizar, la idolatría que los canarios han sentido siempre por ella. La tierra del Archipiélago Afortunado tiene sustancia y calor que favorecen el desarrollo de todas las semillas; por esto la llamó un gran tribuno *estufa del Paraíso*; pero carece en absoluto de todos los principios que necesita para vivir el germen del separatismo. Sus poetas han dedicado á ella los más inspirados acordes de sus liras, sus oradores los discursos más entusiastas, sus músicos las notas más alegres y á la vez las más tristes, según el motivo de sus canciones; sus pintores han copiado los cuadros mas famosos de los museos peninsulares y á las islas los han llevado para que se admiren y se amen; sus es-

cultores han levantado en los sitios que recuerdan algo grande de la conquista monumentos que perpetúen su memoria, y sus arquitectos han llevado en la imaginación la catedral de Segovia para hacer la de Las Palmas, hermana gemela suya, y así castellanos y canarios, postrados bajo idénticas bóvedas, elevan las mismas preces al Supremo Ser.

¿Qué mayor fe de españolismo se puede exigir á unas islas que han sido cuna de un Pimienta, combatiente en Lepanto; de Bahamonde de Lugo, defensor de Cartagena de Indias contra Drake; del segundo Adelantado Fernández de Lugo, conquistador de Tierra Firme; de un Benavides, modestísimo hijo del pueblo, que llegó por sus propios méritos al generalato, dejando el nombre de España en los diferentes cargos que desempeñó, con sus rasgos de valor y la práctica constante de su acrisolada virtud, á más altura que el mismo Teide que le vió nacer; y del gran O'Donnell, que parece se llevó consigo á la eternidad la trompa épica de nuestras glorias.

Desde que el Archipiélago Canario fué conquistado por España, sostuvo hasta el siglo XVIII inclusive una constante pelea, muchas veces heroica, defendiendo el dominio de la bandera que llevó á las islas los sacrosan-

tos destellos de la civilización cristiana española. La derrota de Nelson en Tenerife, (1) la de Drake y Vanderdões en Gran Canaria y Gomera, como las precipitadas fugas de aquellos corsarios, franceses é ingleses, que invadieron la Palma y Lanzarote, y las frecuentes visitas de berberiscos á Fuerteventura, Lanzarote, Hierro y Gomera, hablan muy en favor de aquellos isleños que supieron salvar con su bizarría el tesoro que allí llevaron sus ascendientes, sin intimidarles las amenazas ni prestar oídos á las lisonjeras promesas, y consultando sólo el corazón y cerrando los ojos al peligro, no descansaron, sabiendo que muchos de ellos tenían que morir, hasta llegar á arrebatár al enemigo sus propias banderas, presentes que los isleños canarios ofrecen á su metrópoli la Península, con el clamor de vítores y palmas y con los suspiros de los moribundos que en estas refriegas perdieron la vida por ir á la vanguardia, quienes al partir de este mundo llevaron como principal atavío

(1) Don Mario Arozena es el afortunado autor de la reseña más completa y justificada de cuantas han visto la luz pública acerca de los acontecimientos de Julio de 1797. Con justicia premió este trabajo notable el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife en el primer centenario de la derrota de Nelson.

de sus espíritus la fidelidad y amor profesado á su madre España.

El descubrimiento y conquista de América prueba también cómo el pueblo canario compenetró con la vida nacional de tal suerte, que es sin disputa la primera provincia española en servicios prestados para lograr la colosal empresa de la adquisición de un Nuevo Mundo. Canarios acompañaron á Colón cuando el genio de la Geografía surcaba los mares, llevando por estrella polar su imaginación poderosa, y por aguja imanada los latidos de su creyente corazón. Ochenta familias canarias fundaron la hermosa capital de Montevideo, y cuando el grito de rebelión brotó en aquellos países, que todo lo que son á España se lo deben, canarios combatieron las insurrecciones de las modernas Repúblicas, agotando un Monteverde todos los recursos defendiendo la integridad de la Patria, y un Francisco Tomás Morales, canario también, fué vencedor de Bolívar, y al ser vencido en Santa Margarita, no consiguió la adversa suerte que la derrota fuese completa para España, pues si su bandera roja y gualda dejó de flotar en aquella isla, lo mismo que en los demás países rebeldes, ondeó como nunca en lo íntimo de Morales, que quiso más á España al verla desgra-

ciada que triunfadora, y cuando un solo corazón ama al ser sacrificado, la expresión de su cariño sobrepuja con mucho al afecto que millones profesen al que está en el zenit de su poderío; éstos suelen con hipocresías engañar al tirano, mientras que los fieles en el dolor son como los que latían en los pechos de aquellas santas mujeres que encontramos al pie de la Cruz consolando á la Inmaculada Madre, y mirando á Jesús clavado en el madero, para que éste descargase en ellas parte de los pesares que tuvo que apurar para redimir al género humano.

El sentimiento religioso arraigó tanto en el pueblo canario, como seguramente no se imaginaron los ilustres capellanes de Béthencourt, Bontier y Le-Verrier. Antes de la conquista ya había algunos santuarios, objeto de gran veneración hasta por parte de los naturales, y establecida la fusión de ambos pueblos, el número de éstos se hacía infinito, injertándose en los canarios todo el entusiasmo y fervor de la Nación, que cuenta por miles santos y vírgenes, siendo innumerables sus mártires; preclaros y excelsos títulos que la hacen la predilecta hija de la sacrosanta Iglesia.

Todos los grandes ideales que fueron llevados á las islas conservaron la misma esencia

de sublimidad, pero las bellezas de los accidentes ganaron mucho con la trasplantación. Las hermosas noches de Canarias hacen resaltar las sorprendentes maravillas del mundo sideral y aproximan al contemplador á los espacios infinitos, pareciendo que los refulgentes astros que tachonan el firmamento proclaman como en ninguna otra parte el orden admirable y el poder creador de quien da el movimiento y traza su órbita, sacando á la vez de la pequeña nebulosa todo un sol de un sistema planetario.

Aquella parábola del Evangelio redentor, cuando Jesús, fijándose en la serie de necesidades que el hombre se crea, aconseja á sus hijos sólo la paz del alma y que dejen á la misericordia del cielo el sustento del cuerpo, presentándoles por ejemplo á los pajarillos del campo, en Canarias se cumple no sólo en espíritu como en todos los lugares de la tierra, sino también en la materialidad de su aplicación, pues la fertilidad de su suelo y la benignidad de su delicioso clima no dejan que nadie sea víctima del hambre ni de las inclemencias de la cruda naturaleza.

Y si de estas contemplaciones pasamos á la perspectiva que nos ofrece el Océano Atlántico, mar que tiene toda la vida del Cantábrico

y el azul del Mediterráneo, arrullando á veces con cariñosa espuma las riberas del Archipiélago y enviando á sus playas aires de agradable brisa, y otras azotando sus abruptas rocas, formando sus olas montañas imponentes que pretenden sobreponerse á las naturales, que tienen á su falda la gentil palmera, el frondoso laurel, el almendro, el plátano, el naranjo, y estando sus cúspides cubiertas de hermosos bosques, ¿qué de extraño tiene que, reconocida por todos la influencia del ambiente que se respira, contribuyan los referidos encantos, aunque la fe sea la misma, el dogma universal y la doctrina idéntica en todos los lugares, que aquí estos atractivos exciten de tal suerte la sensibilidad, iluminen con mayor intensidad la inteligencia y muevan poderosamente la voluntad, buscando al Autor de tanta magnificencia? Y así ya nos explicamos á un Fray José de Anchieta, apóstol del Brasil, que dió al cielo tantas almas como bellezas concedió éste á las peñas donde él nació; á un Fray José de Arce, apóstol del Paraguay, el que con la unción de su palabra y la ejemplaridad de su vida atraía los espíritus del error á la verdad con la misma suavidad que descenden de los montes de su país aires purificadores; y á un Fray Pedro de Alarcón, misionero católico, que

derramó su sangre en el Japón predicando las máximas sublimes del cristianismo, cuyo martirio fué tan pródigo en multiplicar las conversiones á su fe como fecundos y exuberantes són los amenísimos valles de su patria afortunada.

Las Islas Canarias también han tenido hijos que, como un Cairasco de Figueroa y un Antonio de Viana, pulsaron el laúd que de las musas recibieron para cantar con genial inspiración todas las bellezas de la patria amada, no habiendo ni un solo acorde en sus liras, aun aquellos que tanto poetizan al pueblo indígena, de recriminación ni odio contra la Nación que no es responsable de los abusos que cometieran los conquistadores, y sí la autora de todos los beneficios. Nadie como Cairasco supo aplaudir en inmortales estrofas el valor de sus compatriotas, rechazando al extranjero invasor, y todo un Lope de Vega, padre del gran teatro español, á Viana dedicó un soneto, que muy bien puede servirle á este insigne vate de inmarcesible corona (1).

(1) Lope escribió también una comedia titulada *Los Guanches de Tenerife*, inspirándose indudablemente en el poema de Viana, su amigo: se halla impresa en la *Décima parte* de sus comedias (1618).

Nuestro gran Viera y Clavijo y otros historiadores citados dejan ver en sus notabilísimos trabajos cómo la seria escuela española de Salamanca y Alcalá tuvo su hermosa representación en este Archipiélago, donde también brilló la teología, la filosofía y la elocuencia, que enseñó la España de Carlos V y Felipe II al mundo entero, á quien tenía entonces por discípulo.

Iriarte, con sus célebres fábulas, ocupa predilecto lugar en la literatura española, y Clavijo y Fajardo, traductor de Buffón, es inmortal en el Museo de Historia Natural de Madrid, organizando este centro, que, si bien no puede competir con los buenos del extranjero, no por eso se escatimará el mérito al que hizo mucho, donde tan poco había, en pro de la cultura nacional, como Clavijo luchando con imposibles.

Además, en el Canto III de *La Dragontea* dedicó unas cuantas octavas á la invasión de Drake en Gran Canaria.

XIX

Omisión imperdonable sería no dedicar algunas líneas á las Reales Sociedades Económicas de *Amigos del País*, establecidas en el Archipiélago canario. Los servicios que han prestado á la Nación se pueden considerar infinitos. Con su celo y patriotismo han respondido á los fines para que fueron creadas, preocupándose del desarrollo moral y material de las respectivas regiones en todos los órdenes progresivos, y cooperando á la vez con entusiasmo constante á la disposición de los Gobiernos que han solicitado su concurso, para la realización de empresas, que han redundado, no sólo en beneficio de las Islas, sino también en el de la Península.

Los notables trabajos que las cuatro So-

ciudades del Archipiélago han consagrado al perfeccionamiento de la agricultura, digna labor se puede considerar para la causa nacional, pues los moradores de aquellas Islas, enriqueciendo su suelo, contribuyen con mayores cantidades á la tributación del Estado, y al hacerse ellas prósperas ingresan en el Tesoro público poderosos medios, que llevan el bienestar á otras provincias que no participan de sus prodigalidades.

Hoy que todos estamos convencidos de lo que se falsea el parlamentarismo, y de los perjuicios que ocasionan á las regiones los representantes cuneros, quienes por lo general desconocen las necesidades de sus distritos (y mucho más si son ultramarinos, que entonces ni ligeramente los visitan), debiéramos, pensando con elevación de miras, dar, si cabe, mayor importancia á las mencionadas Sociedades, y ampliar todo lo posible su esfera de acción, en la seguridad de que las Económicas que ostentan títulos de talento, patriotismo y desinteresada laboriosidad, mucho pueden hacer por la tan decantada regeneración, que prescinde de medios, ó por lo menos los mira con indiferencia, cuando ellos sean tal vez los llamadas á devolver prosperidad y gloria á la castigada Nación que tanto amamos.

Los pueblos que todo lo han confiado al predominio de las armas, y por engrosar dichas filas han restado hombres á la agricultura, pronto han sido anonádados por otro superior, cuando no se han hecho víctimas ellos mismos, como le aconteció á Cartago á raíz de su derrota en Sicilia, pues el hambre en los ejércitos trae consigo la dispersión ó la guerra civil, y ambas calamidades empobrecen las naciones y dejan reducido al hombre á una condición miserable que le incapacita para concebir la elevada idea y para abrigar el noble sentimiento.

Aun los pueblos más militares han comprendido por fin que el influjo de la espada se tiene que solidarizar en otra cosa que no sea guerra ni sangre; el redentor sudor del campesino es factor indispensable para la duración de los imperios. Si nos fijamos en la aludida Roma, bien podemos decir, sin temor de ser desmentidos, que el inmortal poema *Las Geórgicas* proporcionó días más felices á la patria de César, que toda aquella sangre derramada entre patricios y plebeyos que arruinó las instituciones y empobreció la República.

En este monumento por excelencia del genio latino y en otros muchos de que se vanagloria la Literatura, tienen su fundamento las So-

ciudades Económicas de Amigos del País. Ahora bien, como las épocas varían, y por fortuna las aficiones útiles están más propagadas, no se necesita impresionar la imaginación de los pueblos con sonoras estrofas para apoderarse de la voluntad de los mismos, pues con la aridez y monotonía de una estadística, con el estudio y análisis de un abono, se presta un inmenso servicio á la patria, y esto nadie lo ha hecho en las Islas Canarias con el entusiasmo y desinterés que las Económicas de Amigos del País.

Los centenarios de las preclaras figuras nacionales, estas Sociedades los han celebrado, y prestando su valioso concurso á las Corporaciones oficiales, han dado brillantez á tales fiestas. Sus salones se han abierto y en ellos se han verificado certámenes científicos, literarios y artísticos, donde se han premiado notables trabajos, y con este honroso estímulo sus autores han continuado cultivando el árbol santo que produce el fruto de la sabiduría.

Estas mismas corporaciones han fundado centros de instrucción, como el colegio de segunda enseñanza de Santa Cruz de la Palma, entre otros varios, cuyos servicios han sido fecundísimos para la cultura, y ellas debieran trabajar los medios de que estos organismos,

ya que son poderosos auxiliares, contribuyan á la creación de escuelas de Artes é Industrias pudiendo ser también, toda vez que algunas asignaturas son comunes, establecimientos donde se cursen las carreras de Náutica y Comercio, y así sus aplicaciones responderían con ventaja á los sacrificios que siempre impone un decoroso sostenimiento. (1)

También han acudido muy solícitas á los llamamientos benéficos. El corazón canario no sólo hace suyas las penas y calamidades regionales, sino que á la vez ha procurado siempre contribuir con su óbolo á que las provincias peninsulares, al ser azotadas por epidemias, terremotos é inundaciones, contaran con un lenitivo enviado allende los mares, auxilio tanto más de agradecer, cuanto que la frialdad

(1) La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de la Palma inauguró una Exposición de Bellas Artes, Agricultura é Industria el 24 de Diciembre de 1876, verificándose su clausura el 7 de Enero de 1877.

Todos los objetos que se presentaron llamaron la atención, luciendo el pueblo palmense su ingenio y habilidad, distinguiéndose la sección de Agricultura, y eso que en la actualidad se encuentra mucho más adelantada, toda vez que se han introducido nuevos cultivos.

de las aguas no han logrado apagar en lo más mínimo el fuego del fraternal amor.

La misión de estas Sociedades en la actualidad ha adquirido mayor importancia al descentralizarse la Administración del Estado, y esto contribuye irremisiblemente á que sus iniciativas puedan llevarse á la práctica con mayor facilidad.

Perseveren en tan patriótica actitud los entusiastas de estos beneficiosos organismos, y truequen su indiferencia en actividad algunas clases, que aún falta mucho por hacer para la prosperidad moral y material de las Canarias.

Las ciencias y las artes, lo mismo que la agricultura, la industria y el comercio, estrechan sus vínculos fraternales en los estatutos de las Económicas, en ellos no impera más que aliento y amor para todo lo que sea progreso, su amplia denominación y miras les dan carácter de madres, que es todo el mayor elogio que se les puede tributar.

*
* *

La Literatura, si bien unas veces se apropia el carácter conservador, arrebatando al tiempo preciosos monumentos para inmortalizarlos en sus páginas, otras muchas desempeña el papel

de revolucionaria, y es provocadora de graves trastornos sociales. El germen del separatismo ha nacido siempre, primero en la mente del poeta, donde también se ha formado imaginativamente, para luego posarse en la del político, que es quien lo hace viable y logra encarnarlo en las masas, elemento social más predispuesto á obrar que á pensar la razón de su obra, donde bien trasparente se manifiesta cómo el brutal mecanismo se halla falto de directora inteligencia. Esta observación tan aplicable, no sólo á regiones como España, sino también á todos los países, en las Islas Canarias da un resultado contradictorio. Sus moradores blasonan de no haberse contentado con la construcción de una choza para cobijarse, como les ocurre á otros pueblos, pues ellos se albergan por derecho propio en el gran edificio de la Literatura nacional. Innumrables son los hijos del Archipiélago que han labrado muchas de las piedras de sillería del suntuoso palacio que guarda los tesoros del ingenio español.

El *Gabinete Instructivo*, de Santa Cruz de Tenerife, centro que habla muy en favor de la cultura de la capital de la provincia, consagra una velada á Cervantes todos los años el 23 de Abril, pues así se ordena en su reglamento,

y si las paredes de tan ilustre Sociedad reprodujeran el sinnúmero de poesías y discursos que en honor de la Península española se han pronunciado desde su tribuna, formarían las alabanzas tributadas con la apología anual que se hace de aquellos bravos isleños que heroicamente sucumbieron defendiendo el pabellón nacional, victorioso á la postre, el 25 de Julio de 1797, un himno solemne digno por su grandeza y majestad de una nación soberana como lo es España para los canarios.

Cosa análoga ocurre en Las Palmas con la ilustre Sociedad denominada *El Museo Canario*. Los trabajos científicos que ven la luz en su revista ponen de manifiesto la vasta cultura de los redactores. Sus mismos miembros cultivan la novela regional, que ha adquirido en Gran Canaria un gran desarrollo; distinguiéndose los hermanos Millares, dignos hijos de tan ilustre padre; Rafael Ramírez Doreste, ingenioso y notable literato, en cuya obra *Donde nació* se saborea un hermosísimo prólogo de Angel Guerra, escritor brillante y sugestivo, pluma de oro del periodismo canario.

Esta manifestación de la literatura en Canarias es otra prueba evidente de su verdadero españolismo. En estos cuadros de costumbres regionales, nunca tratan de sobreponerse en

simpatías y nobleza sus tipos, comparándoseles con los de otras partes; narran sus vidas, describen el medio que respiran, y sus propias virtudes les hace merecer, lo que demuestra que en lo íntimo del alma canaria no hay ningún resentimiento de esos que, si temen convertirse en motín callejero por la Guardia civil, muy bien podían traducirse en fina sátira, ya que á ciertas obras literarias (y en éstas están comprendidas aquéllas) siempre les acompaña una inmunidad completa.

El centenario que España dedicó á Calderón de la Barca se celebró en Canarias con un entusiasmo no aventajado por ninguna otra provincia. La pintoresca y bonita ciudad de Santa Cruz de la Palma se distinguió en el Archipiélago por las inmejorables fiestas con que honró la esclarecida memoria del príncipe del teatro español.

La profunda impresión que en más remota época causó en el mismo Archipiélago la guerra de la Independencia es otro timbre de la compenetración de afectos é intereses que siempre han existido entre las Canarias y España.

La noticia de hallarse la Península invadida por los ejércitos napoleónicos causó indignación en las Islas, que de tener alas en aquella

memorable ocasión, se hubieran considerado felices.

Respetable fué el número de canarios que surcaron el mar para derramar la sangre en la Península por la gran Patria, y todos los que en las Islas quedaran tenían su atención en los triunfos y en las derrotas de acá; así es que el 2 de Mayo se hallaban al lado de Daoiz, Velarde y Ruiz; en Zaragoza y Gerona no padecieron el hambre física de sus heroicos moradores, pero el espíritu canario sintió ansias de fiera para devorar á los pérfidos que nos querían arrebatarse la patria y la Pilarica. La fortaleza de la tierra ibérica, simbolizada en la columna de Zaragoza, se reservaba para demostrar á los franceses cómo el alma del Cid fluctuaba sobre los españoles que en franco combate les recordó á los invasores que eran compatriotas del Gran Capitán en Bailén, Arapiles, Vitoria y San Marcial y en mil encuentros de imperecedera memoria, auras triunfales que las brisas marinas llevarán á Canarias para despertar en los isleños indescriptible alegría, que experimenta siempre el filial corazón al ver recobrar á la madre moribunda la vida y la libertad.

Posteriormente, la guerra de África volvió á exaltar el patriotismo. Cabe la honra á las Canarias de haber sido cuna del caudillo que

dirigió la campaña; canarios acompañaron á la víctima de la calle del Turco en sus inmarcesibles proezas y también en la intimidad de su vida, y ahora que todo esto parece un sueño si el ilustre Alarcón no diera fe de su verdad, ha vibrado la lira pulsada por un vate insigne hijo de Canarias, prorrumpiendo en sonoras quintillas (1):

Día de eterna memoria,
cuyos vívidos reflejos
iluminan nuestra historia...

Valle de los Castillejos,
teatro de tanta gloria.

¡Surgid á mi evocación
y dad á mi pobre acento
la vida y la animación
y el brillo y el ardimiento
de la pluma de Alarcón!

¡Intrépidos cataíanes,
que hicisteis temblar la tierra
vengando fieros desmanes:
para el trabajo titanes,
colosos para la guerra!

¡Hijos de Roger de Flor,
venid la hazaña é escuchar
del almogávar mejor;

(1) D. Antonio Zerolo es el autor de estas hermosas quintillas. Su vida literaria está llena de laureles que le proclaman el Pindaro de las Canarias.

en vuestras *cortes de amor*
quiero mis trovas alzar!

Sombra augusta del gigante
que en las espléndidas horas
de su existencia brillante,
alfombras holló triunfante
de laurel y lunas moras.

Alma de aquel gran soldado
que, tras los rudos azares
de su vivir agitado,
duerme en Atocha, cercado
de trofeos militares.

Perdona mi atrevimiento:
la gloria que te acompaña
inflame mi pensamiento,
y al pie de tu monumento
calle el mundo y llore España!

¡Era un cuadro aterrador!
El sol del Africa ardiente
cegaba con su esplendor,
y se aspiraba el vapor
de la sangre en el ambiente.

Desplegados en guerrilla,
pelean en campo abierto
con valor que maravilla
los leones de Castilla
y los trigres del desierto.

.....
.....
.....

¡Ira de Dios! ¿No ha probado
nuestra raza valerosa
que está el triunfo de su lado?
¿No se acuerda del «Salado»

y las «Navas de Tolosa»?

¡A Tetuán! ¡Y que mañana
brillen, á la par del sol,
en la ciudad musulmana
los colores de oro y grana
del estandarte español!

¡Y de nuevo en lid sangrienta
se traban, chocan y hieren,
y tanto su furia aumenta,
que no hay nadie que no sienta
envidia de los que mueren!

.....
.....
.....

¡Ahí no vale el bajo ardid
ni la cobarde asechanza;
los descendientes del Cid
toman siempre su venganza
cuerpo á cuerpo en franca lid!

.....
.....
.....

¡No desmayéis, sucesores
de aquellos conquistadores
que han sido en tiempo lejano
monarcas del Oceano
y de dos mundos señores!

Toda la morisma tierra
contra un puñado no más
de hombres de la hispana tierra.
¡Oh tú, rayo de la guerra!
¡Marte español!—¿Vencerás?...

.....
.....
.....

Y mostrando el sacro emblema
á sus valientes diezmados,
héroes de aquel poema,
con energía suprema
prorrumpe fiero: «Soldados,

¡Vosotros podéis dejar
esas mochilas, pues son
vuestras, mas no abandonar
esta bandera sin par,
símbolo de la Nación!

Con ella voyme á meter
en el círculo infernal
de los moros... ¿Podréis ver
muerto á vuestro general
y esta insignia en su poder?...»

.....
.....
.....

¡Con qué empuje, con qué brío
aquella viviente masa
arrolló al árabe impío! ..
No tiene más fuerza el río
cuando su cauce traspasa.

Fué un combate sin segundo,
pecho á pecho y cara á cara,
decisivo, furibundo;
si dura más tiempo, el mundo
aún su relato ignorara!

¿Y Prim?... Prim, transfigurado,
con su indómita bravura,
magnífico, arrebatado,
tenía el sable encorvado
rojo hasta la empuñadura!

¡Oh triunfo!... ¡Nunca se vió

otro en la historia más grande;
si sangre en él se vertió,
el cielo te la demande,
moro, que por ti corrió!...

* * *

El periodismo militante en Canarias no cede su puesto á nadie en patriotismo. Enumerar los cultivadores de esta poderosa palanca del progreso sería tarea interminable, y daría lugar á omisiones que seguramente lastimarían. Basta decir que todos, sin ninguna excepción, son, primero españoles, y después isleños (1).

(1) Faltaría á un deber de sincera amistad y á la vez de justicia si al ocuparme del periodismo en Canarias no mencionara el nombre del distinguido catedrático y académico D. Adolfo Cabrera Pinto. El ejercicio de su honrosa profesión le tuvo largos años alejado de las Islas, pero esto sirvió para que su seudónimo de *Fraimón* adquiriera en la prensa de Madrid popularidad y fama.

La ciudad de Avila siente su ausencia, pues quien tan brillantemente supo en sus escritos ocuparse de la Doctora Carmelitana, los hijos de esa histórica población le consideran compatriota, profesándole inmensa gratitud.

Hoy se encuentra en Canarias, dedicado á su cátedra, pero esto no le impide honrar la prensa de su país con la cooperación de su ingeniosa pluma.

Sobre todo, recientes aún nuestras guerras, ¿quién no recuerda con orgullo aquella solicitud, aquel amor demostrado por todo el Archipiélago al regresar á sus playas los buques llenos de enfermos de las tristes y desdichadas campañas? La benemérita asociación de la Cruz Roja cumplió al detalle su humanitario fin, pero á sus espaldas seguía todo un pueblo anheloso de prestar socorro á los mártires de la guerra; con vítores y palmas se despedía á los hijos del país que partían al combate, enardecidos por la popular marcha de *Cádiz*, y con abrazos y sollozos se les recibió cuando las charangas enmudecieron en señal de nuestra derrota.

El venerable P. Cueto, Obispo de Canarias, habilitó su palacio de hospital, y aunque este caritativo rasgo nació en corazón peninsular, pronto le secundaron en su cristiana obra todos sus diocesanos, y unánime aplauso resonó en la provincia al Pastor de Cristo que tan bien supo llevar los bálsamos de la misericordia á los infortunios de la Patria.

Perdió España las Antillas, donde tantos intereses canarios corrían peligro, y á pesar de ser Cuba y Puerto Rico mercados que proporcionaban á las Islas un bienestar general, sin vacilar éstas un solo momento ante tan hondo

problema (como en su caso hubieran hecho otros países mercantiles), pospónenlo todo á su deber y siguen á España en su tribulación y destino, cuando maltrecha retornaba al mar de sus antiguas glorias, convertido entonces en calle de la Amargura, refugiándose en sus primitivos límites, de donde con el tiempo surgirá, pese á sus enemigos, radiante y poderosa.

XX

Interminable sería la lista de canarios ilustres que en los tiempos contemporáneos han rendido tributo de amor á España, consagrando á ella las primicias de sus geniales aptitudes; la pluma gloriosa de un Millares, cuya labor fecundísima le da sobrados títulos de sabio maestro; los escritos del malogrado Pinto, nuestro primer pensador, el que supo con su magistral descripción del *Castillo feudal* trasladarnos á las épocas medioevales, y con la profundidad de su pensamiento en *Un caso*, del mundo de la ilusión al de la realidad; Carballo Wangüemert con su claro talento repre-

sentando á España en Congresos extranjeros, autor de un tratado de *Economía política* notable que tiene por mira enriquecer su país; los científicos trabajos de un Chil, que llevan su nombre más allá de las fronteras nacionales, asociando el de su patria; huellas que han seguido Eduardo Rodríguez Núñez, muerto en lo mejor de la edad, Elías Santos, Anatael Cabrera, Miguel Maffiotte y Antonio María Manrique, sobresaliendo los dos primeros en conocimientos botánicos, distinguiéndose Cabrera en las ciencias naturalistas, Maffiotte en las geológicas y Manrique en las geográficas; el gran Díaz, palmero que pasó por el mundo amando á Dios, al arte y á los pobres; un Leoncio Jordán, águila de la ciencia teológica, que recuerda aquellos grandes padres españoles que han brillado en los Concilios; las elocuentísimas palabras de un López Martín y un Silverio Alonso en la cátedra del Espíritu Santo, haciendo el panegírico de un San Isidoro, una Santa Teresa y del artillero San Ignacio de Loyola, hablando de nuestra mística, ó de la gran epopeya de la Reconquista; González Méndez, Félix Poggio, Sanz y Robayna, demostrando en sus lienzos poseer el arte que en un Velázquez, con su realista pincel fué toda una naturaleza viviente, á la

vez que en la ideal paleta de Murillo un diáfano espejo donde se reflejó el cielo; Teobaldo Power expresando en sus populares *Cantos canarios* lo que no han podido decir los poetas, propagando por el mundo los sonidos que se perciben en los valles de su patria, y Juan Padrón, con sus marchas y pasos dobles, llevando á sus islas el fuego y entusiasmo español, logrando que el mar que las separa de la Península no enfrie el sentimiento en lo más mínimo de unas notas compuestas en Canarias, pero inspiradas por recuerdos nacionales; los eruditos estudios bibliográficos de Luis Maffiotte, que le inmortalizarán, y ponen de manifiesto su claro talento; el presbítero Ireneo González, dedicando preferente atención á la lengua de Cervantes, y haciendo ver en su notable gramática cómo el verbo de Castilla encarnó en las atlánticas rocas; los Martínez de Escobar que en tantos órdenes del humano saber son ilustres campeones; Manuel Carballo Fernández, querido y admirado de los maestros de la Central, pasando de las aulas á la cátedra por rigurosa oposición, y los hermanos Fernández Ferraz, profundos lingüistas y propagadores en Costa Rica de la historia y literatura española, donde son oídos con autoridad de eminentes catedráticos; lo mismo que la

hermosísima poesía de Nicolás Estévanez, Rodríguez López, Tabares y Barthlet, Cosmelli, Acacio Cáceres, Viera, Figueroa, Perera y Carmona, dejando ver siempre el Parnaso genuinamente español que la inspira, entusiasmado un Antonio Zerolo á Reus cantando las hazañas de Prim en los Castillejos, á la vez que un Fernández de Béthencourt con sus trabajos heráldicos prestando un inmenso beneficio á la ciencia histórica, descifrando blasones ignorados, convertidos, por su clarísimo talento y laboriosa investigación, de inútiles objetos en espléndidas joyas de nuestra grandeza, y no menor favor, si es que favor se dispensa á la Patria, la hábil y discreta diplomacia de un León y Castillo, el que con tanta justicia lleva el glorioso título de marqués del Muni, y por fin un Galdós con sus *Episodios nacionales*, los libros que respiran más patriotismo de todos los que se han escrito en esta última centuria; páginas hermosísimas, que cual ninguna narran la derrota napoleónica en España, siendo á su vez la condenación más implacable, hecha con primores de estilo, de nuestras funestas y fratricidas guerras civiles, bien en alta voz proclaman ante el mundo entero que son españoles, con alma, vida y corazón, y al apreciar el árbol por su

fruto, rico y exquisito es en patriotismo el que produce Canarias (1).

Pero ante las iniquidades de los siglos, que consignan en la historia el reparto de la infeliz Polonia; el sangriento reinado del Terror, página neroniana de una revolución que blasonó de fraternal; la cautividad del Romano Pontífice dentro de su legítimo estado, que apoyan y favorecen á la despótica Turquía contra la humanitaria Grecia, que permiten con glacial indiferencia que en Armenia se asesine á cristianos indefensos y en la India mueran de hambre millares diarios de humanos seres, que no protestan de la infamia que con España se ha hecho, robándola lo que le dió el genio que protegió Isabel la Católica, y que silenciosos contemplan lo que pasa en el Sur de África, donde se sacrifica á un honrado y heroico pueblo para saciar otro su sed de oro, análoga á la sentida por Craso al luchar con los Partos, la población canaria siente fundados temores, y los presentimientos que en ella se despiertan son de funestos augurios para los ideales que

(1) Las glorias del foro canario y de la medicina, lo mismo que los que han sobresalido en la literatura política, se omiten, por no tener estas páginas carácter tan general.

ama. Las máquinas de destrucción pueden hoy, por desgracia, más que los corazones enardecidos por el fuego sagrado de la Patria, lo que muy presente debe tener el Estado español, pues aquéllas han vencido á éstos en la última guerra. Ya no son los pechos de los moradores las mejores murallas para defender las ciudades; éstos, en antiguas épocas, luchaban con hombres iguales, pero hoy tienen por enemigos explosivos exterminadores que consideran como ignorancia lo que se tuvo por patriotismo.

Cualquier invasor encontraría igual resistencia, ó mayor (si es que tal heroísmo puede ir en aumento), que la que derrotó á Nelson; pero ahora no daría satisfactorio resultado como entonces; sólo se conseguiría con esta gallarda actitud que luego no fueran respetados en el alto grado que merecen ni el hogar ni la propiedad, consideraciones éstas no ignoradas por ninguno de los que en las Islas tienen puestas sus miras, que hacen que el pueblo canario viva intranquilo, no sea que le aguarde el triste porvenir de ser extranjero en su propio suelo ó tener que emigrar, dejando al ave de rapiña las sepulturas que guardan queridas cenizas y las cunas que mecieron el plácido sueño de la candorosa niñez.

Nuestros gobernantes, ahora en serena paz, debieran fijar su atención previsora en las nubes del horizonte del mañana, no sea que alguna de éstas vaya á descargar su electricidad en las Islas Canarias, y bajo la acción de la sorpresa se haga una infecunda quijotada, ó lo que es peor, se muestre una debilidad indecorosa, que termine de una vez con el prestigio nacional.

Improvisar en estos momentos una escuadra poderosa es imposible, fortificar todo el Archipiélago, sumamente costoso é inútil, si estas fortificaciones no están á su vez defendidas por buques de guerra; por eso no hay otro medio viable que la diplomacia, y si ésta fracasa al solicitar una alianza que garantice la integridad del territorio, entonces confiemos sólo en la Providencia, leamos la Sagrada Biblia para consolarnos, que nadie mejor que ella nos describe el fin de los tiranos, y si la población canaria tiene que huir para no ser cautiva de quien odia, entonces, ¡oh, Dios mío! oye la maldición de todo un pueblo ávido de justicia, que te pide desde el fondo del alma conviertas aquel Océano en un mar Rojo, como el que ahogó al lobo de Faraón cuando persiguió al cordero de Israel, y haz con tu omnipotente poder que un nuevo cataclismo—

¡que quién sabe si para esto conservas ardiente lava en el Teide famoso!—sepulte en las profundidades de los mares las Atlánticas Islas, y así no se profanarán ni los sepulcros de nuestros padres, ondeando sobre ellos el pabellón que combatieran, ni extranjeras manos de mujer tocarán las cunas que mecieran nuestras madres, en la seguridad de que los vivos que á las playas peninsulares arriben traerán la inmaculada bandera de la infortunada España con igual amor que aquellos hebreos llevaron á Jerusalén el Decálogo para guardarlo en tabernáculo sagrado.

Mientras aliente España, los canarios tienen patria, pues así como la muerte no puede hacer otra cosa en la humanidad sino que el polvo vuelva al polvo, y el espíritu á Dios, el invasor del lugar donde nacimos podrá apropiarse lo que constituye la materialidad de un gran afecto, pero jamás se hará dueño de la íntima esencia que lo vivifica; ésta, al instante, vuela anhelosa en busca de la madre, que redimió su alma, la que depositó en ella la palabra y el signo para que exteriorizara la idea y fijara el pensamiento, la que sembró en su sensibilidad los sentimientos de caridad cristiana y demás celestiales virtudes, y la que, á cambio del terruño perdido, si por desventura tal cosa

sucediera, daría á sus leales hijos, con su magnánimo corazón, todo el calor y cariño necesarios para hacerles ver y sentir que, si murió para ellos la pequeña Patria, les vive la grande, que es inmortal.
